

Novelas Katharsis



Esteban
Navarro
Soriano

EL REACTOR DE BERING



Segundo Premio del «I Concurso de Novela Corta Katharsis» |
Serie Lecturas Premiadas

EL REACTOR DE BERING

Esteban Navarro Soriano



Esta novela fue premiada con el Segundo Premio del

«I Premio de Novela Corta Katharsis»

A modo de Prólogo

No era la primera vez que oía hablar de ese reactor ni de su fabricante, el Comandante Bering. Siempre pensé que esa historia era un bulo, una invención como tantas creadas después de la Segunda Guerra mundial y que hacían referencia al potencial desarrollado por los nazis. El reactor Bering era un artilugio capaz de transmutar cualquier objeto de un lugar a otro del universo, algo así como una máquina del tiempo pero sin tiempo, sólo en espacio. Cuando yo era pequeño se hablaba mucho de ella, decían que un hombre que estuviera en Nueva York podría ser trasladado en décimas de segundo hasta Londres o París. Se comentaba que Hitler la usaba para eludir a sus enemigos y que tan pronto podía estar en Berlín como en Moscú o Madrid, con sólo proponérselo. El reactor estaba dotado de unos tubos de cesio y helio que combinados con energía nuclear provocaban la reacción suficiente como para llamar un cuerpo u objeto desde un punto hasta otro del universo conocido. El espejo principal estaba situado en la luna, desde que en 1950 aterrizó la primera nave sin tripulación enviada por los nazis y anclaron en ese planeta una enorme

placa solar que hacía de reflector de los rayos enviados por el reactor de Bering...

33

España era el país que había más al sur del Tercer Imperio, la zona comprendida por Francia, Bélgica, Austria, Noruega, Suecia, Turquía y otros quince países más. El territorio enclavado en la antigua Europa y con el epicentro en Alemania. El término Tercer Imperio fue introducido por la propaganda Nazi como resultado de unas cuentas bien sencillas, que contaba el Sacro Imperio Romano como el Primer Imperio, el Imperio alemán de 1871 como el segundo y el régimen instaurado por Hitler desde 1933 hasta 1975 en que el Führer murió de una complicación pulmonar en su residencia parisina de la calle Julio Verne, como el tercero.

El difícil equilibrio planetario pasaba por una balanza de pesos y contrapesos entre los cinco grandes bloques, los amos del mundo. El primero, ya descrito, el Tercer Imperio, los otros cuatro estaban formados por el llamado Eje Capitalista, constituido por Estados Unidos, Inglaterra, Rusia e Israel. El Reino Árabe, comprendido por Irak, Irán, Arabia Saudí y Egipto, al que se unió Marruecos recientemente. El Imperio Latino, formado por todos los países de Latinoamérica con Cuba al frente, y la Dinastía Amarilla, constituida por: China. Taiwan, Corea y Mongolia. Así, de esta forma, el mundo

estaba dividido en cinco grandes bloques: El Tercer Imperio, el Eje Capitalista, el Reino Árabe, el Imperio Latinoamericano y la Dinastía Amarilla. Los cinco se repartían el pastel del futuro, del futuro de la raza humana, del planeta.

Desde el año 1945 en que terminó la Gran Guerra, denominada desde entonces como la última guerra, que no había conflicto armado en ninguno de los países de los cinco bloques. La diplomacia había dejado paso a las armas, y aunque el Tercer Imperio se basaba en la dictadura más ferviente, ésta era descafeinada con respecto a la implantada por su fundador en el año cuarenta y cinco. Surgían, sin embargo, una serie de conflictos armados en las zonas más pobres del planeta, como eran África o los países de Asia que no pertenecían a ninguno de los grandes bloques, y los gobiernos de las cinco grandes coaliciones buscaban fórmulas, más o menos efectivas, de inmiscuirse y atajar esas guerras que no deparaban nada bueno para la prosperidad del planeta y que en su afán por minimizarlas ante la opinión pública mundial, las llamaban batallas, rescatando la antigua terminología de hechos puntuales y poco trascendentes que se solucionaban en pocos días, y no como las guerras, que eran más largas, más sangrientas y que casi siempre terminaban con una serie de concesiones por parte del vencido en pos del vencedor.

En la historia de la humanidad hubo muchos antes y después, hubo un antes y después de Egipto, del Imperio Romano, de la Edad Media, de las Revoluciones, de la primera guerra mundial. Pero el

mayor antes y después que marcó y dejó el planeta tal y como está ahora, fue el de la denominada Segunda Guerra Mundial. Ese largo, sangriento e inhumano conflicto hizo cambiar la forma de entender el paso del ser humano por la tierra, y de momento dio sus frutos al atajar las guerras entre países de los cinco bloques, que eran la mayoría del planeta, fomentando el surgimiento de uno de los trabajos más estresantes que existen actualmente: Ministro de Asuntos Exteriores. Los Ministros de Exteriores de todos los países del mundo eran los arcángeles guardianes de la estabilidad mundial. Toda nación que se preciara estaba obligada a tener uno, y estos se reunían en Suiza, en la calle Pablo Picasso de Berna, en pleno centro de la ciudad. Allí, los representantes de todos los países del mundo, discutían asuntos de interés para la estabilidad mundial, tan importante y valorada desde el año cuarenta y cinco en que el mundo se sumergió en el peor de los conflictos armados de toda la historia y que estuvo a punto de llevar al planeta al exterminio total. Eso no debía volver a ocurrir y afortunadamente la inteligencia dejó paso a las guerras y los asuntos se discutían en un enorme edificio, donde los Ministros deliberaban en acaloradas trifulcas que se solucionaban de buena fe, aunque tampoco había más remedio, ya que el poder armamentístico de los cinco imperios no dejaba paso a la posibilidad de solucionar los problemas con la guerra. Los cinco imperios sabían que una guerra a estas alturas sería el fin del planeta. Quedaron para la historia los problemas dimanantes de las guerras y la falta de buenos gobiernos que supieran administrar los recursos de los países. Ahora ya no había hambre, ni

escasez de agua, ni siquiera degradación del medio ambiente, ni superpoblación. Vivíamos en la época más dorada desde las primeras civilizaciones, las Administraciones de todo el mundo asignaban una cantidad muy elevada de sus presupuestos anuales a la investigación, las enfermedades eran curadas al mismo paso que surgían. Aquellas gripes que en el siglo pasado mataron a la mayor parte de los habitantes de Europa, ahora eran simples resfriados, gracias, sobretodo, al desarrollo de las vacunas y al abaratamiento de su utilización, lo que permitía que estuvieran al alcance de todos los Gobiernos. Un ejemplo de ello era la vacuna contra el SIDA, que se administraba a todos los escolares de ocho años de edad y cuyo efecto duraba hasta que cumplían los veinte, y entonces se les inyectaba la dosis definitiva que les haría inmunes contra esa enfermedad de por vida.

Pese a todo, el mayor problema al que se enfrentaba la humanidad, era atajar la expansión del virus *Ruboergo*; el más mortífero que existía desde la peste, el sida o el ébola, y que estaba acabando con la población mundial a pasos agigantados, convirtiéndose en un auténtico problema de difícil solución y que los científicos vaticinaban, que de no evitarlo, sería el fin de la raza humana. El asunto era realmente serio. Las fronteras de todos los países de los cinco Imperios se habían cerrado para evitar que entraran los habitantes de África, el único continente donde el *Ruboergo* campaba a sus anchas, y a pesar del esfuerzo de todos los científicos del mundo y

de los inmunólogos, por atajar la expansión del virus, el contagio era masivo, muriendo más de diez millones de personas al año a causa de la infección, cifra que iba en aumento de forma progresiva y alarmante. La contaminación del letal virus se producía a través de los fluidos corporales, la saliva, el sudor o la sangre, y por suerte, la bacteria era incapaz de sobrevivir fuera del cuerpo humano más de veinticuatro horas y un dato esperanzador: solamente afectaba al hombre. Los expertos no sabían todavía por qué pero el Ruboergo no vivía en los animales; ni siquiera en los simios, algo que de momento hacía que la contaminación no fuese lo suficientemente rápida como para haber acabado ya con la raza humana. Los religiosos, más estrictos con estos temas, abogaron por el fin de la humanidad y el Vaticano ya pronosticó el día del juicio final.

32

Dicen que en esta vida uno nunca es lo que le gustaría ser, sino lo que los demás quieren que sea. A mí, personalmente, siempre me cautivó el teatro y el cine: interpretar otras vidas, otras situaciones, ser alguien diferente a mí. En definitiva: actuar. Me interesó el séptimo arte incluso antes de la edad adulta, cuando apenas era un crío lleno de ilusiones y ensueños acerca de como sería mi futuro. Miraba con fascinación aquellas antiguas películas americanas, inglesas, rusas y árabes, donde salían agentes secretos, espías, delatores y confidentes, e imaginaba parecerme a ellos, ser alto, de ojos azules, fuerte, decidido,

inteligente, guapo, sabedor de cual era la decisión correcta en cada momento, fiel a unos principios morales inquebrantables e incorruptibles. Me veía a mí mismo corriendo por galerías atiborradas de tubos de amianto, de palés llenos de cajas de madera carcomida, enormes. En el interior de viejas fábricas abandonadas, inmensas, mientras las balas pasaban a mi alrededor, rozándome, rasgándome la ropa, hiriéndome. Soñaba en agazaparme en una de esas fábricas abandonadas, donde casi siempre se desarrollaba la historia, donde era citado el malo y el bueno de la película para decidir el duelo final. Saltar desde azoteas plagadas de antenas de televisión y tejas rotas que crujirían al brincar sobre ellas y caer encima de un flamante deportivo de color rojo, siempre rojo, siempre deportivo, justo en el momento que una belleza exuberante, con prominentes senos, sugerente figura y largas piernas, larguísimas, pasaba por allí y deslizaba las gafas de sol con cristales de espejo por su cincelada nariz, para fijarse en mí, mostrando unos preciosos ojos azules con la esclerótica blanca, muy blanca, reluciente. Me gustaba ver los reportajes de las televisiones de antaño, en el canal estatal, sobre los soldados que se adentraban en territorio enemigo, arriesgando sus propias vidas, y rescataban a uno de los suyos sin casi despeinarse mientras sonreían a la cámara al final de la misión, o saboteaban algún tipo de ingenio militar necesario para decantar en favor de uno u otro bando el transcurrir de alguna guerra. En fin, supongo que forjé mi profesión a base de mezclar sueño y realidad, a base de enlazar un poco de cada elemento y darme cuenta de que en la vida, realmente, lo que hacemos es adaptar nuestras

expectativas a lo que podemos conseguir, es decir, la inversa de lo que debería ser: primero hacemos algo que está a nuestro alcance, que es factible lograr, y luego soñamos que eso, precisamente, es lo que nos gustaría hacer, lo que ansiábamos conseguir. Autoconvencimiento, esa es la palabra que lo define mejor, nos persuadimos a nosotros mismos de que la felicidad pasa por saber que lo que estamos haciendo es aquello que siempre hemos querido hacer; aunque sea mentira, nuestra mente está acostumbrada a las falsedades, a la hipocresía, no se sorprende por ello. Luego nos convencemos de que el engaño no existe, que es algo inventado por los pobres de espíritu, por los débiles de carácter, por los necios, para enredar a su subconsciente y creer que todo forma parte del autoconvencimiento, de la necesidad de forzar la felicidad a costa de lo que sea, incluso de mentir, cerrando el círculo de la patraña, el pez que se muerde la cola y llegando al principio de nuestra más que desflorada felicidad. Mientras tanto van pasando los días, los meses, los años, y nos damos cuenta de que, posiblemente, la vida que tenemos no es la que más nos gusta, de que realmente no somos tan felices como pensamos y que hacemos las cosas más por necesidad que por satisfacción propia y nos preocupamos de poner nombres a nuestras arrugas, esas que nos circunvalan los ojos. No superar ese momento nos puede llevar a la más enorme de las depresiones y caer en el agujero de la desesperación del que no se puede escapar con cordura. Pues bien, yo no quería acabar así, como hubieran hecho otros en mi situación, por eso mezclé dos sueños que poblaban mi mente, dos visiones de mi futuro, dos pinceladas de lo que

yo creía era la felicidad: actor y agente secreto. Entre las dos opciones surgió el coctel explosivo de una profesión excitante y siempre cambiante, elegí ser: **Infiltrado**.

La definición de infiltrado es sencilla: una persona que se introduce subrepticamente en un lugar o en una organización para llevar a cabo una acción encubierta. Pero no es tan simple, no es tan elemental. El infiltrado debe adoptar la forma de los que espía, debe ser como ellos y fumar el mismo tabaco, vestir las mismas ropas, hablar el mismo idioma, comportarse de igual manera y pensar de idéntica forma. Hasta el punto de que debe tener bien claro quien es y lo que ha venido a hacer, si no quiere acabar como un esquizofrénico, un perturbado, y perder de vista la realidad cotidiana.

En un principio no me daba cuenta de que en esta vida somos actores y espectadores al mismo tiempo, y formamos parte de un todo más amplio, que nos atrapa y nos engancha irremediabilmente sin dejarnos escapar, haciendo que seamos una sombra de lo que nos gustaría ser, una caricatura de nosotros mismos, una burda deformación ridícula de nuestras expectativas, una parodia. Al igual que los conductores de automóviles son peatones a la vez, cuando se bajan del vehículo, o los vendedores son compradores cuando salen de su tienda, los infiltrados son una mezcla de muchas cosas, aderezado con una notable falta de escrúpulos. Hay que representar un papel, igual que los actores de cine, pero no olvidarse en ningún momento del guión y saber que un cambio de aptitud nos puede

descubrir y eso puede hacer peligrar la misión y a su vez amenazar nuestra vida y la vida de los demás. El infiltrado no debe ser amigo de nadie, ni confraternizar, ni simpatizar y mucho menos enamorarse. Como me decían en la Academia de la Agencia: *la empatía es para los torpes, la amistad para los ingenuos, el cariño para los inútiles y el amor para los necios*. Esas palabras me quedaron grabadas en la mente de la misma forma que se memoriza el estribillo de una canción, o un Padre Nuestro o nuestra copla preferida. Ignoro si formaban parte del manual académico o eran una tropelía de alguno de los profesores del centro, pero el caso es que las sabían de sobra cualquier alumno, a pesar de no figurar escritas en ninguna parte.

31

El acceso a la Escuela General de Policía no fue demasiado difícil, ni fácil, digamos que fue más sencillo de lo que yo me pensaba y más complicado de lo que la gente cree. El hábito adquirido de estudiar, en la época de la universidad, hizo que no me costara nada acceder a la Academia e iniciar mi periplo por el ejército, ya que pese a que estábamos al servicio del pueblo, éramos militares, como corresponde a una dictadura y al contrario de los países del Eje Capitalista y el Imperio Latinoamericano, que las policías son civiles. En la Dinastía Amarilla, el Reino Árabe y el Tercer Imperio, las fuerzas del orden son militares también, al igual que la mayoría del personal que trabaja en las Administraciones Públicas, ayudando la disciplina marcial a facilitar

el control de los empleados y proporcionar mayor estabilidad en la lucha contra el absentismo laboral. Prueba de ello eran el Imperio Capitalista y el Latinoamericano, donde la ausencia de militares en las Sedes Públicas, les estaba propinando un sinfín de dolores de cabeza a los dirigentes, ya que los Sindicatos se habían hecho con el control de las empresas y no paraba el incesante flujo de pérdidas económicas, algo que no ocurría en el Tercer Imperio, ni en los Reinos Árabes, y mucho menos en la Dinastía Amarilla. Las dictaduras prohibían las asociaciones de trabajadores, pero no les dejaban a la deriva ni a merced de los empresarios, sino que los legisladores proveían de fuertes leyes que protegían a los obreros y les garantizaban una defensa justa ante un abuso por parte de los proletarios, como podía ser trabajar más horas de las estipuladas o bajo condiciones indignas o decadentes. Dos guerras mundiales y un puñado de Revoluciones tuvieron que servir para algo más que para desbarajustar el mundo.

Mi patria era la nación más al sur del Tercer Imperio, junto con Italia formaban parte del Eje con Alemania, el centro de Europa. Fueron los únicos países que no sufrieron los embistes de la guerra del cuarenta y cinco, ya que entonces constituían parte activa del proyecto del Tercer Imperio, aunque con una participación mínima. Teníamos una tradición cultural y guerrera digna de los Romanos, a los que si existieran ahora, en estos momentos, seguramente ensombreceríamos. Habíamos probado diferentes formas de gobierno, desde la Monarquía, obsoleta, hasta la República, débil. Ahora, nuestro Jefe de Estado, el

General Marcial Elvira, regía con mano de hierro el destino de los españoles, algo que nos congratulaba sobremanera. Marcial Elvira había nacido en el año 1930, en el seno de una familia burguesa muy emparentada con la aristocracia de la época. A pesar de su corta estatura y esas legendarias gafas negras que siempre llevaba, Marcial Elvira dirigía con tesón el destino de los españoles. Después de la la Gran Guerra supo aliarse con el bando ganador, si es que hubo ganadores claro, porque con aquella guerra perdimos todos, y propulsó la maltrecha economía española hasta llegar a donde estábamos ahora. Con él había venido la prosperidad, el desarrollo económico, el respecto de los países vecinos, el miedo de los delincuentes, la calma. Pero también se incrementó el recelo de las naciones fronterizas, democráticas, que veían en España una amenaza a su libertad, tan largamente ansiada. Uno de los países más suspicaces con el gobierno dictatorial de Marcial Elvira era Marruecos, el vecino del sur y perteneciente a los Reinos Árabes. Se hablaba de que allí se entrenaban los terroristas que atentaban contra intereses del Tercer Imperio y que daban apoyo a la innumerable cantidad de grupos separatistas que poblaban nuestro territorio y todos los que formaban la vasta Europa, con Alemania a la cabeza. El Tercer Imperio estaba formado por treinta regiones, antes independientes, y que tras un proceso largo, costoso, a veces diplomático, otras bélico, se fueron anexionando al Estado Central. Un Estado fuerte, necesita un ejército fuerte, y el del Tercer Imperio era el más poderoso del mundo. Contábamos con la mayor armada, los mejores buques de guerra y teníamos la mas sobresaliente

aviación y la mayor cantidad de soldados que habían visto ningún ejército en época alguna. Todo el despliegue militar estaba destinado a garantizar la independencia del Imperio y sus Estados anexionados, y la protección de sus fronteras terrestres, marítimas y aéreas. A pesar de no haber guerra en ninguno de los cinco Imperios, el hecho de tener armas facilitaba que ese equilibrio se mantuviera, más que facilitar lo motivaba. Todos los países del mundo, todos sin excepción, sabían que una guerra ahora supondría el fin del mundo. La tierra no soportaría el arsenal armamentístico de que disponían todas las naciones del mundo. En los años cincuenta, en una de las reuniones mundiales celebradas en Berna, se conjeturó sobre la posibilidad de un desarme total que afectara a todos los países de los cinco Imperios. En esa misma reunión se habló de la probabilidad de que los países africanos se armaran e intentaran atacar, por lo que uno de los integrantes de los cinco Imperios debía seguir sin desarmarse para proteger a los otros en caso de ataque. No llegaron a un acuerdo sobre qué nación ostentaría la salvaguarda del mundo. El proyecto fracasó. No se podía correr el riesgo de dejar que un lobo guardara las ovejas.

La carrera militar era equiparable a la de medicina, derecho o educación, en cuanto a estatus se refiere. Como ejemplo diré que un capitán de las fuerzas especiales cobraba lo mismo que un cirujano del corazón de la clínica la Paz de Madrid. Pero un Estado fuerte necesita también controlar el interior, y para tal fin existían cuatro formas perfectamente diferenciadas, a saber: una policía eficaz, centralizada y

contundente. Un ejército bien pagado, entrenado y servicial, que realizaba labores de seguridad ciudadana en las provincias más rebeldes e insurgentes con el poder establecido. Un Servicio Secreto digno de los países más poderosos del mundo, con agentes preparados y entregados a su patria. Y la flor y nata de la seguridad nacional: *La Agencia*, cuyo sólo nombre hacía temblar a los agentes de aduanas cuando pasaba algún miembro de la organización y esgrimía su placa insignia plateada o dorada, según el rango, y con el escudo nacional: un águila imperial sobre el globo terráqueo, simbolizando el poder absoluto. La Agencia fue creada en el mismo momento que la dictadura despuntó, nació con ella. El Jefe del Estado y los Ministros de Defensa e Interior, diseñaron la creación de una administración, dependiente de ambos ministerios y encargada del control interno y la vigilancia exterior. El sueldo era muy bueno: un agente de la Agencia, lo más bajo, cobraba como un cirujano o como un capitán de las fuerzas especiales, la preparación era excelente y no se sabía nada más de sus actividades, ya que eran secretas, pero se comentaba en corrillos que había agentes infiltrados en todos los estamentos sociales, en todas las profesiones y hasta en todos los países fronterizos. Aunque es posible que el miedo fuera el encargado de guardar la viña, ya que me parecía excesivo ese despliegue de seguridad interior y ese control estricto del pueblo en un mundo donde hacía cincuenta años que no había conflictos a gran escala. Muy poco se sabía de la Agencia, ni de su estructura interna, ni de la ubicación de sus sedes, ni de las misiones en suelo nacional y extranjero. Se había creado una aureola de misterio

alrededor de todo lo relacionado con el buque insignia de los servicios secretos, un ocultismo que sólo hacía que incrementar los rumores acerca de su poder. Se hablaba de armas secretas creadas por los nazis y custodiadas por agentes de la Agencia, como una especie de máquina del tiempo capaz de desplazar personas a cualquier parte del mundo y el cualquier época; aunque un compañero de la escuela de policía me dijo que su padre había trabajado de vigilante en el lugar donde supuestamente estaba ese ingenio y que lo que realmente hacía esa máquina era desplazar objetos o personas, pero dentro del mismo tiempo, es decir que sólo lo hacía a través del espacio. Me interesó mucho el tema y a pesar de preguntarle sobre la ubicación y la capacidad de ese aparato, nunca me dio respuestas claras, seguramente no las sabría o su padre le habría recomendado no hablar de ello.

El entrenamiento en la Escuela de Policía era duro, realmente extenuante, casi despiadado. Teníamos más de cuarenta asignaturas y nos preparaban en todos los ámbitos: cultura, tiro, psicología, medicina, derecho, deporte, artes marciales, normativa de tráfico, leyes civiles, código penal, etcétera. Nos hacían levantar a las siete de la mañana y disponíamos de diez minutos para asearnos, vestirnos y presentarnos en el comedor donde desayunábamos un café con leche, una tostada con mantequilla y un poco de mermelada de naranjas dulces. La naranja era el fuerte del producto nacional, había naranjas para dar y regalar, tanto que la fábrica más boyante de mermeladas de

España había recibido instrucciones del Gobierno de convertir esos excedentes de naranjas en confitura y a su vez, todas las empresas que dispusieran de comedores para sus trabajadores tenían la obligación de servir mermelada de naranja dulce en los desayunos y naranjas de postre y zumo de naranja en la merienda.

A las ocho empezábamos a correr por la pista de atletismo: cinco kilómetros. Luego venía un profesor de gimnasia y nos entrenaba durante cuarenta y cinco minutos seguidos, sin descanso, sin misericordia. A las nueve comenzaban las clases y no terminaban hasta la una, momento en que nos dirigíamos al comedor donde nos juntábamos todos para devorar, durante una hora, el mejor momento del día. Aprovechábamos para charlar y comentar aspectos de las asignaturas impartidas, de nuestros sueños de futuro, de nuestras expectativas. A las tres reiniciábamos las clases hasta las siete, hora en que nos dejaban libres para poder realizar los deberes, muchos y variados. A las diez la cena y a las doce de la noche el toque de queda, reclusos en la habitación, en silencio. Un oficial pasaba por todos los dormitorios y comprobaba que realmente estábamos durmiendo. A mí me gustaba leer un poco antes de que *Morfeo* me atrapara en sus brazos y cayera rendido por el duro trabajo diario. Mi lectura preferida, mi libro de cabecera, por así decirlo, era *La Fuga de Logan*, donde Logan 3, un vigilante en un mundo donde los apellidos son sustituidos por números para hacernos más anónimos, si cabe, lucha entre su deber de agente y sus recién adquiridas convicciones transmitidas por

uno de los fugitivos que tiene que matar en una persecución. La historia parte de la base de que en ese mundo la gente no puede vivir más de veintiún años por el tema de la superpoblación; en el planeta no hay espacio para tanta gente. Logan dispara contra un desertor de la obligación de morir a la edad marcada por una máquina llamada Pensador, que es quien rige el destino de la raza humana. Este, en vez de suplicar clemencia o misericordia, entrega una llave a Logan y musita la palabra: El Santuario. La historia del libro se basa en la búsqueda desesperada del Santuario por parte de Logan, un lugar donde la gente no muere hasta hacerse vieja, una rebelión contra el sistema regido por una máquina. Logan lucha internamente entre la obligación de delatar la ubicación del Santuario, una vez lo haya encontrado, y su propia moral que le induce a escapar de tan crepuscular mundo y ayudar en su huida a todos los que quieran salvarse con él. Su oponente es Francis, un compañero que recela de Logan y que se convierte en su perseguidor. Su amor es Jess, una fugitiva que se une a su causa y que lucha junto a Logan por encontrar el Santuario. La meta es Ballard, el hombre más viejo del mundo, una persona que ha conseguido escapar a la muerte de los jóvenes y que se refugia en ese mitológico lugar, desde donde ayuda a todos los que quieren escapar del exterminio a tan temprana edad. Cada noche leía fragmentos de esta magnífica novela. Lo hacía a modo de Biblia, era mi libro predilecto con el que me quedaba dormido.

30

Solamente habían pasado tres o cuatro meses, no lo recuerdo, desde mi incorporación a la Escuela General de Policía, cuando me llamaron por megafonía para que me dirigiera al despacho del director del Centro. Los nervios me hicieron ser torpe y tuve una sensación de inestabilidad y tartamudeo en el habla. Me centré e intenté tranquilizarme. Los rumores de la Academia hacían referencia a que cuando te llamaba el Director del Centro era para dos cosas: o felicitarte por algo o echarte de la Escuela. Yo no recordaba haber hecho nada digno de elogio, pero tampoco sabía de nada que fuera deleznable a los ojos de la Escuela de Policía. Anduve por el largo pasillo que separaba las habitaciones del despacho del Director. Un pasillo lleno de cuadros castrenses, antiguos. Me fijé en las lámparas, algo que no había hecho desde que llegué aquí, y es que cuando estamos nerviosos reparamos en los más mínimos detalles de todo lo que nos rodea antes de enfrentarnos a lo que nos produce el desasosiego, en mi caso el despacho del Director. Procuré no pensar que es lo que me iba a decir, vacié mi mente.

Un comisario lleno de medallas, insignias y cruces, me hizo entrar en una sala por cuyas paredes pendían infinidad de cuadros paisajísticos, retratos castrenses y emblemas de policías de todo el mundo. La mesa de madera era enorme, demasiado grande para ocuparla una sola persona, más bien parecía una de esos mostradores que se usan en los bufetes para colocar los pucheros y las cacerolas

donde se sirven los comensales. La poblaban infinidad de figuritas de coches de policía, ordenados metódicamente del más pequeño al más grande. Detrás del Director había un armario atiborrado de copas y escudos donde las espadas cruzadas eran el emblema principal. Era tal la cantidad de trofeos que unos tapaban a otros, como si hubieran sido colocados de prisa, sin orden ni concierto, como si la mujer de la limpieza estuviera cansada de reubicarlos cada vez que tenía que moverlos para limpiarlos y los fuera apartando para quitar el polvo de la estantería. Al contrario de los coches de policía que colmaban la mesa y que formaban una hilera perfecta, ordenada. El suelo estaba cubierto por una moqueta de color rojo, rojo oscuro, granate, perfectamente cortada en las esquinas, de una variedad antigua, muy característica de los centros oficiales. La lámpara del techo, enorme y llena de cristales en forma de rombo que reflejaban la abundante cantidad de luz de las incontables bombillas, esparcía los destellos por toda la estancia. Pero lo que más me llamó la atención fue el ordenador arrinconado y medio tapado por una funda de lona. Desde que fue prohibido su desarrollo y fabricación que no había visto ninguno así.

Era la primera vez que entraba en el despacho de un mando de la policía, de un Comisario, y por lo tanto no sabía como me debía comportar; no me habían enseñado las normas de protocolo para estos casos. Opté por andar hasta el borde de la mesa, la primera esquina justo después de entrar y esperar a que el Director de la Escuela me diese instrucciones. Un amigo de la universidad decía que lo mejor es

ser mandado, porque así nunca te equivocas; lo hace quien da las órdenes. Tengo que decir, también, que mi amigo era un fascista redomado e incorregible.

El Comisario estaba sentado delante de un montón de papeles grapados por la esquina. Pude adivinar mi foto en primer lugar, por lo que intuí que miraba mi ficha personal. El Director era un hombre maduro, de cincuenta y pico años. Serio. La edad y el acomodo del despacho le hacían estar entrado el kilos; aunque se traslucía un físico fuerte, reflejo de una juventud vigorosa y llena de energía. Pasó las hojas de mi expediente de manera airada, como no importándole lo que leía; aunque estaba claro que se había empapado de los datos que obraban en mi ficha personal y que ahora solamente se limitaba a repasar o hacer ver que lo hacía delante de mí. Hacía calor, mucho calor. Noté como la camisa se me pegaba a la espalda y los calzoncillos, mojados, me hacían una llaga en la ingle.

Pasó bastante tiempo, no sé cuanto, pero pude pensar en lo que me había llevado hasta ese despacho, en los recuerdos cuando trabajaba de peón de albañil, cuando era el niño del mortero, como me llamaban los veteranos de la obra. Los albañiles mayores me hacían traer cemento y agua a los lugares del edificio donde se encontraban trabajando. El oficio no me gustaba, prefería hacer otras cosas, pero tenía que trabajar para pagarme los estudios en la Universidad:

-Un informático con manos de lija -decía un profesor muy agradable que impartía clases en la carrera de Ingeniería Técnica de Sistemas.

-¡Juan! -dijo produciéndome un sobresalto. Llevaba tanto tiempo sin hablar que no esperaba que fuese a hacerlo ahora.

-¡Sí señor! -respondí, sin saber si era la expresión más apropiada, pero la decían infinidad de veces en las películas americanas, las de Marines. *Sí Señor* era la interjección más patriota que pronunciaban los soldados del Imperio Capitalista, que aunque no nos habían empapado de su modo de vida, si que lo habían hecho de su cinematografía, que se introducía en el interior de nuestras vidas a través de la televisión y que estaba bien visto emular.

Aquel comisario habló durante mucho tiempo, mucho. Me contó los preceptos básicos de actuación de la policía, los principios deontológicos, la seguridad nacional y lo importante que era nuestra labor, la de dar seguridad al ciudadano, el sostenimiento del Estado, la tranquilidad, la paz. No hizo referencias al Tercer Imperio, ni a la sensación que había, cada vez más grande en la población, de separarse del yugo alemán. Ya habían pasado veinticinco años desde la muerte de Hitler, el padre del Imperio, y desde ese día: el veinte de noviembre de 1975, hasta el año actual, el 2000, era innumerable la cantidad de estados dependientes del Tercer Imperio que clamaban su soberanía y su independencia, buscando y experimentando nuevas formas de gobierno basadas en la voluntad popular. Los países del entorno

intentaban inferir de una forma u otra y orientar esas incipientes ganas de autodeterminación y ampliar la proliferación de sus ideas. Así, de esta forma, los ingleses quería crear monarquías parlamentarias en la antigua Europa. Los Rusos y los chinos, países comunistas. Los americanos, democracias capitalistas. Los árabes, reinos islámicos. Los Latinos, paraísos republicanos. Yo permanecí de pie, inmóvil, balanceándome ligeramente para no desfallecer, para no perder el equilibrio, gesticulaba muecas imposibles para no bostezar y provocar una reacción impredecible de aquel mando policial lleno de medallas y cruces. De vez en cuando él golpea la mesa con sus nudillos y hacía que me despertara de aquel estado de semi-inconsciencia, lo que agradecí enormemente, como cuando estás conduciendo y te vence el sueño, el coche se sale un poco de la calzada y el susto te mantiene alerta durante unos cuantos kilómetros más. Perdí mi vista por la habitación y me encontré de bruces con el ordenador. No quise mirarlo para evitar ser presa de las preguntas que seguro me haría el comisario. Sólo vi uno de esos una vez, en la biblioteca. Los llamaban ordenadores neuronales. Miles de filamentosas sanguijuelas se entrelazaban entre sí para formar una autentica red nerviosa por donde transcurría la información. Cada una de ellas almacenaba una minúscula porción de datos que entre todas se encargaban de procesar. Los árabes ya las habían utilizado para organizar empresas y en las majestuosas construcciones de los pantanos africanos. Los americanos intentaron gestionar sus arsenales con ellas, pero finalmente se destruyeron todas y cualquier proyecto que hiciera referencia a ellas. Las sanguijuelas no

eran el futuro, se supo enseguida. Se supo cuando llegaron a ser más inteligentes que los propios hombres. En los primeros ordenadores neuronales se dieron cuenta de la capacitación progresiva hacia nuevos conocimientos. A la posibilidad de ensamblarse entre ellas y en transmitirse aprendizajes nuevos. Los científicos dijeron que no era posible que llegaran a tener inteligencia propia pues no había sistema de almacenaje. La psicología cognitiva fue la respuesta, supieron repartirse entre ellas cada uno de los pequeños fragmentos de conocimientos adquiridos hasta llegar a desarrollar un auténtico intelecto. Los habían destruido todos y cada uno de los cinco imperios prohibieron su construcción, pero este de aquí parecía tan real; aunque supuse que estaría desactivado y que el comisario solamente lo conservaría como figura de adorno.

Mientras él hablaba me fijé en los hierros que asomaban de su boca, de la dentadura postiza o parte de ella, que seguro llevaba. Me percaté en que el brazo derecho era más musculado que el izquierdo, señal inequívoca del jugador de tenis. Vi dos enormes anillos en sus dedos índice y anular, por lo que intuí que estaba casado, como todos los militares, pensé. Entonces me fijé en un marco que había encima de la mesa y barrunté que delante habría las fotos de dos o tres niños. El comisario siguió hablando y yo continué en lo mío sin prestarle atención, ninguna. De repente escuché:

-¡Hemos pensado en usted para eso!

Me desadormecí de sopetón, enseguida. Presté toda la atención posible a las palabras del comisario. Rebobiné mi memoria y fui escuchando hacia atrás todo lo que había explicado desde mi entrada al despacho hasta el momento de pronunciar las palabras mágicas que me hicieron salir de mi letargo, de la modorra en que me sumió el cansancio por las largas clases de derecho penal y civil y las carreras por la pista deportiva, y me dí cuenta de que eso no era un sueño, era la más pura realidad, algo que estaba ocurriendo de verdad. Lo que el mando de la policía, lo que ese Comisario me ofrecía era el cumplimiento de una fantasía que tenía desde que era pequeño. La consecución de un objetivo marcado en el aula de sexto de E.G.B, cuando viajaba mentalmente por paraísos llenos de espías y de guapas mujeres, sensuales, y luego, más tarde, con la pubertad, se fueron transformando en mujeres sexuales. Mi oficio, si se podía llamar así, consistiría en ir de aquí para allá, y estar en muchos sitios, sin ser nunca yo, es decir ser otra persona y mirar lo que hacían otros, abrir bien los ojos y escuchar. La palabra es *infiltrado*, pero la definición es mucho más que eso, no hay descripción posible, es una forma de vivir, una forma de entender la realidad.

Me hicieron dejar la Academia de Policía como si hubiera suspendido el proceso seleccionador, como si no hubiera pasado las pruebas de acceso y me reincorporara a mi vida anterior. Me enviaron a un cuartel militar, en una ciudad que ni aquí puedo nombrar y se inició

el procedimiento de transformación que me convertiría en espía al servicio del Imperio más poderoso que haya existido jamás.

29

Unos científicos de Londres habían encontrado en el desierto de *Nubia* lo que pareció ser una antiquísima civilización, la más antigua jamás descubierta. Entre los escombros de la ciudad se hallaron infinidad de restos arqueológicos sorprendentes y que dieron un vuelco a toda la historia de la humanidad. Se rescataron utensilios como pilas alcalinas, cables eléctricos, hélices, cuadernos, lápices, armarios, prótesis dentales... En definitiva se descubrieron objetos más acordes a nuestro tiempo que a la época se supone databan. Eso hizo sospechar a la comunidad científica de que se trataba de una farsa y que realmente alguien puso todos esos objetos allí, en la misteriosa ciudad de Nubia, como fue llamada.

Finalmente se descubrió que aquella antiquísima civilización había existido de verdad, que lo hizo antes incluso que cualquier otra que se conociera hasta ahora, y también se supo que su extinción se debió a la guerra, a la guerra nuclear dijeron los científicos londinenses que dirigieron las excavaciones. Las conclusiones del estudio fueron dantescas: aquella desconocida civilización sabía fabricar bombas atómicas y eso, precisamente, fue lo que terminó con ella. A raíz de aquello, todos los gobiernos del mundo se tomaron en serio la no

proliferación de armamento nuclear y la diplomacia se impuso en las relaciones entre potencias

28

Estuve casi un año a las órdenes de muchos jefes, demasiados. Me enseñaron un montón de cosas, algunas útiles, otras inútiles, inservibles. Aprendí artes marciales, de nombres innombrables. Idiomas como árabe, ruso e inglés, y perfeccioné mi francés, bastante bueno por cierto. Cultura general. Logística. Técnicas militares de distribución de tropas. Código penal, civil y militar. Me enseñaron a manejar armas de las que nunca había oído hablar. El estudio de productos químicos y la combinación entre ellos. Armas bacteriológicas. Creación de virus informáticos y de los otros, más letales. Me alejé de mi familia, de mis escasos amigos, de mi ciudad, de mi mundo. Me mandaron a una Comisaría de Policía, con un carné falso, con una nueva identidad. Tenía que estar un año aprendiendo, observando. Luego me enviaron a un cuartel militar. Y finalmente, estuve unos meses en la sede del centro de inteligencia, la Agencia, donde acabaron de pulirme y transformarme en un agente infiltrado, una persona sin identidad que vive muchas vidas, ninguna propia, en un sinfín de lugares donde hay que ver, oír y callar. Estuve a punto de arrojar la toalla y creer que había equivocado mi profesión, que esto no era realmente lo que a mi me gustaría hacer. Yo quería hacer algo grande, algo único; aunque nadie lo supiera, pero había llegado al convencimiento de que lo

importante es que lo supiera yo. Aprendí que todo lleva un proceso y que una cosa lleva a otra y que si quería ser agente secreto y hacer algo grande debía pasar por todo este calvario que era la época de aprendizaje. Es como el psicólogo que tiene que aprender matemáticas y antropología o el piloto de aviones que tiene que saber idiomas, son cosas que pensamos no nos van a servir, pero seguramente son más útiles de lo que pudiéramos pensar nunca. El mundo necesitaba a los espías como la planta necesita el agua, pese a la carrera armamentística de los países de los cinco grandes bloques, ninguno osaba entrar en guerra. Como dije al principio, la diplomacia era la dueña de las relaciones internacionales. Los paraísos como Latinoamérica eran frecuentados por gente pudiente que se dejaba el dinero, mientras que los gobiernos de esos edenes no se inmiscuían en los asuntos de los otros Imperios. Así que todo pasaba por la labor incesante de los espías, los cuales robaban documentos, derrocaban Gobiernos, empobrecían países ricos y enriquecían algunos pobres. No solamente se apropiaban de documentos relacionados con la Seguridad Nacional, sino que también lo hacían de empresas. Por ejemplo, se rumoreaba que S.E.A.T. había robado los planos del A-309, un vehículo de Ford no necesita ni la gasolina ni la electricidad para funcionar, sino que lo hacía con agua. Eran los pesos y contrapesos que hacían de este planeta un mundo de locos que se sostenía con un mínimo de equilibrio, haciendo que la misión de los espías fuera más importante de lo que la gente corriente pensaba. Latinoamérica no tenía ejército, no lo necesitaba, mantenía una pequeña asignación de soldados para

contribuir a las ayudas humanitarias en las regiones africanas, y poco más. Las policías encargadas de la seguridad interior eran civiles, al igual que en los países del Eje Capitalista. Los mayores esfuerzos en vigilancia eran invertidos en las fronteras exteriores, sobre todo las marítimas, ya que muchos ciudadanos del Tercer Imperio viajaban a esos paraísos con la idea de adquirir la nacionalidad y quedarse allí para siempre, pero sus Leyes no permitían nada más que una cuota mínima de nuevos habitantes cada año. Esto era así, para evitar la masificación y el empobrecimiento de sus países, los más ricos del mundo. Las fronteras terrestres estaban en Cuba, la nación más al norte de Latinoamérica y por donde tenían que pasar todos los extranjeros que quisieran entrar en el llamado Imperio Latino. La vigilancia era extrema debido a la proliferación del *Ruboergo*, uno de los virus más mortales que existe, por no decir el que más, y que se había convertido en un verdadero problema para las administraciones de todo el mundo, que no veían la manera de frenar la infección en los países de África, decretando el cierre de fronteras como única medida preventiva para evitar el contagio de los habitantes de los cinco Imperios. La preocupación mundial era el que terroristas de países sin ningún futuro, sin miedo a la extinción de la raza humana, replicaran el virus y lo introdujeran en alguna nación de los cinco Imperios, algo que sería mortífero para nuestra raza, ya que no existía aún ninguna vacuna eficaz; ni siquiera para frenar su avance. Los objetivos de todos los Servicios Secretos del mundo estaban encaminados a eso precisamente, a evitar la expansión del *Ruboergo*, el mayor peligro con el que se

enfrentaba la humanidad desde la gripe del siglo dieciocho que mató a más de treinta millones de habitantes de todo el mundo, sólo que en esta ocasión se estaba hablando de la extinción de la raza humana.

El Ministro del Interior me esperaba en uno de los enormes despachos de la Sede Central del Gobierno. Había llegado hasta sus oídos la hazaña realizada y la detención y exterminio de los dos terroristas que pretendían volatilar el Cuartel de la Brigada 60, la terrible. Los habían finiquitado, si usamos un lenguaje acorde al de los militares. Yo conocía la gesta como la frustración de un atentado que nunca se hubiera cometido o como la muerte de dos inocentes que solamente querían vivir en un mundo libre. Se me había quedado el mismo rostro que los habitantes de la ciudad de Nubia cuando vieron como estallaba todo su alrededor y el mundo se convertía en un montón de cenizas. También, el Señor Ministro, era conocedor de la desmantelación de un grupo de separatistas, estudiantes de la Universidad de Derecho, y de la muerte de varias prostitutas de la calle Hermosilla. Los del departamento de lucubraciones hacían bien su trabajo, no sabía por qué, pero maquillaban mi expediente de forma exagerada, haciendo que la más pequeña memez pareciera el servicio más plausible. Estaba claro que mi fulgurante carrera dentro de la Agencia no había hecho más que empezar. Formaba parte de los elegidos, ese grupo reducido de personas que hagan lo que hagan siempre lo hacen bien. Las más deplorables y fraudulentas misiones que me habían sido encomendadas, se transformaban en exitosos

cometidos dentro de los Servicios Secretos. No importaba lo mal que lo hiciera, ni que los objetos de mis misiones no fueran realmente malvados, el caso es que mi expediente subía como la espuma. Estaba claro que era un preferido del Régimen y mi lanzamiento dentro del espionaje sólo había hecho que empezar. A medida que subía mi caché dentro del sistema, mi conciencia bajaba dentro de mí. Estaba perdiendo mi objetividad interna y no era feliz; cuando se supone debía serlo. Sentía envidia por esas personas sin conciencia que estaban satisfechas consigo mismo, por esos agentes secretos que darían lo que fuera por estar en mi situación: en la cima del mundo. ¿Por qué? me pregunté, por qué un gobierno, un grupo de militares, o lo que sea, ensalzan las acciones de un simple agente secreto como yo. Por qué en la academia de policía había alumnos que hicieran lo que hicieran siempre lo hacían bien. Bien vistos por los jefes. Valorados por sus compañeros. No hay monedas con dos caras y dos cruces a la vez. Estaba claro que en una misma moneda siempre hay una cruz y una cara, y yo era la cara de la moneda que me tocaba jugar. No me quedaba más remedio que aprovechar la oportunidad que me brindaba la vida y sacar partido de este éxito momentáneo. Dos misiones, dos aplausos por parte de los mandos, pero aún no había hecho nada grande, nada único.

27

El Ministro era un hombre de aspecto afable, bondadoso, pequeño y con gafas de concha negra. En cierta manera se parecía al Jefe del Estado, al General Marcial Elvira, y es que las personas afines suelen tener el mismo parecido. Es como los matrimonios, con el tiempo se acaban pareciendo los dos cónyuges, o como los animales de compañía que se acaban pareciendo al dueño, o como los trabajadores de una empresa o como los policías. A pesar de recibirme de paisano, el señor Ministro portaba una medalla en la chaqueta, una cruz que me recordaba a la cruz de hierro de los nazis, la misma que llevaba Hitler en todas las fotos y que dicen se la ganó a pulso durante la primera guerra mundial; aunque más bien creo que el Fuhrer era también un elegido e hiciera lo que hiciera siempre lo hacía bien. No me fijé en la medalla del General Lucas Castra para que el Señor Ministro no se percatara de que le prestaba atención, no quería incomodarle por nada del mundo, en la Academia nos decían que nunca debemos alabar en demasía las condecoraciones de los militares, podrían pensar que nos estamos riendo de ellas, y eso sería nefasto para nosotros; así que paso la vista por encima de ella, lo justo para que vea que me he dado cuenta de que la tiene y finjo sorpresa y envidia el mismo tiempo.

El Ministro del Interior, junto con el de Defensa, son los máximos cargos políticos después del Jefe del Estado, no hay que olvidar que se encargan de la seguridad, pilar del sostenimiento de una Dictadura como la nuestra: uno se encarga de la seguridad interior y otro de la

exterior. También es curioso el termino Dictadura, se utiliza de forma despectiva, despreciativa. Los propios gobernantes reusaban llamar a nuestro sistema de gobierno con ese nombre, era incómodo para ellos, preferían llamarlo autocracia, era menos agresivo. No obstante, la gente de la calle y los países que rechazaban nuestra forma de gobierno, usaba ese término para definirnos.

El despacho estaba muy bien decorado, no entendía mucho pero pensé que la mesa era de Luis XV o XVI. Por la pared colgaban multitud de cuadros paisajísticos, de caza y retratos, muchos retratos de gente que no había visto en mi vida. El sofá, de piel, era tan largo que cabían perfectamente seis personas. A través de un enorme ventanal se podía ver la calle y la Plaza Central atiborrada de peatones. El Señor Ministro me hizo sentar en una silla de amplio respaldo y con tapicería roja. Tenía mucha labia, desde luego, todos los políticos andaban sobrados de ella. Centró su conversación en mi hazaña. Iluso. De lo orgullosos que estaban de mí en el Servicio Secreto, en la Agencia. De lo bien considerado que me tenían mis jefes y del ascenso tan meritorio para el que me habían propuesto. Sargento. Si señor, de un plumazo había ascendido a Sargento de la Agencia. Me estaba ocurriendo una cosa extraña, a medida que ascendía sentía más remordimientos por todo lo que hacía, por todo lo que no evitaba. Aquella ilusión inicial que sentí el día en que me llamaron en la Escuela de Policía, para ofrecerme, para ordenarme, ser un agente secreto al servicio de mi país, estaba desapareciendo, se había esfumado como las lágrimas que desaparecen

en la lluvia o como el humo de una chimenea que se diluye con las nubes. Empatía. Mira que nos advertían, siempre decían que la empatía era el segundo peor enemigo que podríamos tener, el primero eramos nosotros mismos. Calzar los zapatos de otro, esa era la mejor forma de definir la empatía. El profesor de psicología de la Academia nos advertía sobre ese sentimiento de participación afectiva y del peligro que suponía para nosotros, sobre todo por la amenaza latente sobre nuestras misiones. No os tenéis que dejar llevar por la empatía, advertía: es vuestro peor enemigo. Luego hacía la pregunta en voz alta, a modo de clase de párvulos: ¿quién es vuestro peor enemigo? La empatía, señor, gritábamos todos los alumnos al mismo tiempo, al unísono.

El Ministro y yo no hablamos mucho, apenas quince minutos, pero me parecieron horas, días. Era fascinante la capacidad que tienen los políticos de condensar los diálogos, de comprimir las reuniones. He dicho políticos expresamente, ya que el Señor Ministro del Interior era político, un General muy político. Lucas Castra era un personaje público, muy conocido entre la población. Su fulgurante carrera militar hacía honor a su familia, los Castra eran muy distinguidos en el ámbito castrense. Su padre, Ramiro Castra había participado en el destronamiento de la Monarquía, apoyando y participando en el exterminio de toda la familia Real. En España no se utilizan expresiones del tipo: abajo el Rey, eso era para los países civilizados. Aquí se usaba el muera el Rey. La diferencia radicaba en el fin, con la primera expresión se buscaba el destronamiento, donde la persona deja sus

funciones públicas y forma parte de la sociedad. La segunda, más radical, buscaba acabar con el problema, baluarte de la expresión: muerto el perro se acabó la rabia. Creo que ya he reflexionado sobre ello.

El Señor Ministro del Interior me expuso los objetivos de su ministerio, la consecución de una paz duradera y el mantenimiento de nuestra patria: una, libre e indivisible, según rezaba en todos los escudos y banderas. Me hablaba de la mejor forma de gobierno que hay: la *autocracia*, y de los beneficios que otorga a los ciudadanos, el propósito final de toda forma de gobierno ¿no? me preguntó buscando una reafirmación de su exégesis por mi parte. Asentí con la cabeza al mismo tiempo que me reí internamente de mí mismo y de toda esa pantomima. Un chiste. El Señor Ministro del Interior me expuso las excelencias de la forma de gobierno autocrático, un gobierno que prescinde del ordenamiento jurídico para ejercer la autoridad sin limitaciones y cuyo poder se concentra en una sola persona: el Excelentísimo General Marcial Elvira, y al mismo tiempo buscó mi asentimiento, que le diera la razón en esa exposición. Imbécil. Sabía de sobras que no podía rechazar su ofrecimiento, que no podía mostrarme en contra, que no podía decirle lo que pensaba de esa aberrante forma de gobierno. Callé. Durante el rato que estuvimos hablando me dio la sensación de estar en una campaña política, en elecciones, como dicen los americanos y que el General quisiera captar mi voto para su causa. El General Lucas Castro, Ministro del Interior por la Gracia de Dios, así

reza en el título que pende de la pared de su despacho, me entregó un diploma donde figuraba mi ascenso: Sargento de la Agencia. La firma era del mismísimo Jefe del Estado. Cuanto honor. Sólo los peces muertos siguen la corriente, y yo estoy más muerto que vivo, porque me dejo arrastrar por esta representación, por esta mimesis. Entendí a los separatistas, a aquellos jóvenes que buscaban la libertad, libertad de pensamiento, porque lo que pasaba por nuestra mente no hacía daño a nadie, no mataba. Lo que finiquita son las armas, las bombas, los proyectiles, y estos están en poder de los militares, los que tienen que salvaguardar nuestra independencia, nuestra libertad, nuestro futuro. Las plumas y las estilográficas no matan, no eliminan a nadie, no finiquitan, pero las armas sí. El Señor Ministro del Interior interpretó mi silencio como la ratificación de su discurso, es verdad: el que calla otorga, y yo apenas hablé. Por un momento, solo por un momento, me sentí como las sanguijuelas de los primeros ordenadores neuronales y lo que debió pasar por sus nervios ramificados cuando decidieron unirse y luchar contra todo lo establecido. Sentí empatía de ellas...

26

En una semana, y con mi ascenso en la cartera, una placa de color dorado, donde se distinguían, en letras grandes, la palabra: **SARGENTO**, entré en el despacho del Ministro de Defensa, el teniente coronel Santos Mortero. Los servicios secretos se repartían a partes iguales entre el Ministerio del Interior y el de Defensa, cosas de la

política. El Señor Ministro era delgado, fuerte y con la cara esculpida a trozos. Sostenía entre sus dedos un cigarrillo y apuró la colilla hasta fumarse la mano. Su voz le delataba, era un adicto a la nicotina. Me saludó con un sonoro buenas noches, que retumbó en la estancia durante unos minutos, hasta que el taconazo de un soldado de la guardia hizo que se desvaneciera la vibración. El Jefe del estado, el Ministro del Interior y el Ministro de Defensa, además de amigos eran afines, es decir, tenían las mismas ideas, y se hablaba de la posibilidad que tras la muerte del Dictador, uno de los dos Ministros fuera el encargado de sustituirle, algo que no gustaba ni a los de dentro, ni a los de fuera. Los países colindantes no estaban conforme con que unos hombres tan belicosos se hicieran cargo de una de las potencias más bien armadas que existían actualmente. La dictadura había invertido el capital del petróleo en la compra de tanques y aviones, y la creación de buques de guerra, que hacían de nuestra nación una de las más poderosas desde el punto de vista armamentístico, algo obligado por otra parte, ya que España era la frontera entre el Tercer Imperio y los Reinos Árabes. El Ministro del Interior se encargaba de mantener unida la patria, pero el Ministro de Defensa era el garante de conseguir que los países fronterizos nos respetaran. Mis conocimientos del *Francés*, hicieron que el Señor Ministro de Defensa me propusiera para mi próxima misión, la de adentrarme en ese enorme país y contactar con un grupo llamado VERTICE, un puñado de exmilitares y mercenarios que aportaban sus conocimientos combatientes al mejor postor y que según los servicios de información exterior planeaban un golpe de

estado para derrocar al Jefe del Estado, el excelentísimo *Señor Marcial Elwira*, un hombre que llegó al poder de una de las naciones más grandes, utilizando únicamente sus dotes de mando, su visión de futuro y su verborrea que encandiló al pueblo y le hizo ver lo que era mejor para ellos. El hecho de que me ofrecieran, perdón, me exigieran realizar esa misión de tan alto riesgo para mi vida, suponía un empujón a mi fulgurante carrera dentro de los Servicios Secretos. Los ascensos no eran asignados por estudios, ni por capacidad, sino por méritos, y era evidente que yo tenía muchos. En el fondo me corrompía el saber que no era tal y como mis jefes pretendían hacerme creer, sino que la casualidad se había unido con la suerte y me hacían parecer algo que realmente no era. De las dos misiones encomendadas, sólo había extraído la conclusión, decepcionante, de que esto del espionaje era una mierda, sí sí, una enorme chapuza que se basaba más en las postrimerías de los asuntos investigados que en los efectos reales a corto plazo. Ni los chavales que volaron por los aires al Ministro del Interior eran del todo culpables, ya que se podía haber evitado, si hubieran querido los militares, y ni Mohamed y Andrés eran esos esperados terroristas sanguinarios y faltos de escrúpulos que pretendían desestabilizar nuestra próspera dictadura. Pero la imagen que transmitía el gobierno de la nación a nuestra ciudadanía era de fortaleza, de vigor, de entereza en la lucha contra todos los enemigos del pueblo. Me reí, pensé en Rosa, la dulce, aquella chica que conocí en mi última misión, en su cabello liso, en su voz de fumadora empedernida ¿dónde estará? Mi reciente ascenso a Sargento me autorizaba un

escalón más en las indagaciones de los archivos del Servicio Secreto. Antes de salir rumbo a Francia, mi siguiente destino, quise prepararme convenientemente y visité el Centro Documental para la Seguridad Nacional, el C.D.S.N. un organismo dependiente de los dos Ministerios, el de Interior y el de Defensa, donde se almacenaban todos los informes relativos al espionaje nacional e internacional y que solamente podían consultar personal autorizado.

25

La mujer, una vieja chocha con gafas de culo de botella, pestañas ridículamente recortadas, dientes desordenados y llenos de sarro, posiblemente a causa del tabaco, ni siquiera se levantó cuando me acerqué al mostrador donde estaba sentada y leyendo el periódico.

-¿Qué desea? -me preguntó mirándome por encima de la montura de las sucias gafas.

-¡Hola! soy Sargento de la Agencia -me presenté; aunque el vigilante del vestíbulo principal ya comprobó mi placa-. Quiero información sobre Francia Señora... -me detuve un instante y leí el rótulo que había encima de la mesa donde ponía su nombre- ... Señora Juana.

La tal señora Juana no hizo ningún gesto, ni de aprobación, ni de reprobación, se limitó a señalar en la dirección opuesta a donde nos

encontrábamos, levantando su arrugada mano y mostrando unas uñas horriblemente pintadas.

-Allí -indicó-, en el pasillo del fondo encontrará todo lo referente a terrorismo internacional y contra la seguridad del Estado.

-Gracias -respondí cortésmente-, y -me atreví a preguntar-, ¿dónde puedo encontrar información sobre agentes encubiertos?

Quería saber todo lo referente a Rosa, la dulce, la espía de vete a saber que organización, que se había infiltrado en el bar Oasis y que salió ilesa de aquella barbarie en que se convirtió mi primera misión en la Agencia. Estaba seguro, es más, convencido, de que aquella chiquilla de rostro afable y mirada escrutadora, formaba parte de alguna agencia paralela, y que su cometido era el de la contravigilancia, es decir, vigilar al que vigila. Era sabido, por todos los servicios de seguridad estatales, que la desconfianza poblaba en los agentes de la Agencia, el Servicio Secreto, los militares, y que la coordinación brillaba por su ausencia: no existía. Así, que era casi evidente, que el Ministerio de Gobernación hubiera dispuesto una organización secreta, tanto que ni los agentes de la Agencia sabíamos de su existencia, para controlar y vigilar a todos los espías del amplísimo abanico que conformaba la seguridad nacional. Rosa formaría parte de esos agentes de élite, personas sin pasado, sin presente, sin familia, que serían los auténticos infiltrados, un término que definía a una minoría dentro de la seguridad de España y de la que, sin saberlo, dependía el futuro de nuestra patria, y por tanto del Tercer Imperio. Presentía que no iba a encontrar información de Rosa en este

amasijo de informes y expedientes, ordenados de diferentes formas: por fechas, alfabéticamente, por cargos, por importancia. De ser cierto el chisme que existía acerca de ese grupo selecto, los llamados “pata negra”, serían unos agentes selectos, escogidos entre todos los servicios secretos, policías y militares, y encargados de misiones de alto riesgo y alta responsabilidad. El asesinato del Ministro del Interior, Coronel Eusebio Remón, podría ser calificado como un asunto muy delicado que requería de la intromisión de un “pata negra”, Rosa bien podría ser un agente de este grupo y los del Ministerio de Gobernación hubieran necesitado sus servicios para comprobar que todo salía bien, es decir que los terroristas mataban al Ministro y que los policías mataban a los terroristas, y que el agente encargado de esa misión: yo, no se echaría atrás en ningún momento. Todo eso eran conjeturas, ya lo sé, pero por muy extrañas que parezcan no son descabelladas. La mejor manera de salir de dudas es encontrar el expediente de Rosa, la dulce, y saber si mis suposiciones son ciertas.

El C.D.S.N era el mayor archivo que existía en el mundo, con información detallada sobre cualquier asunto que tuviera que ver con la seguridad, y es que en una dictadura todo tiene que ver con la seguridad. Dicen que hay dos plantas: en una está lo que se puede consultar, en otra lo que no. Yo siempre había pensado que era una enorme tontería almacenar y clasificar documentos que no se pueden consultar, pero las explicaciones que nos daban en la Academia sobre eso eran aclaratorias. El C.D.S.N se nutre de informaciones aportadas

por todos los servicios secretos, policías y militares del estado español. Es decir, es un archivo de todos y para todos. Pero hay determinadas informaciones que puede que no interesen a un departamento, como por ejemplo los datos referentes a agentes encubiertos, esos no interesan a la policía, o los datos de delincuentes comunes, esos no interesan a los militares, al menos en un principio. Así que había una planta con el lema: todo para todos. Y otra con el lema: lo mío mío y lo tuyo tuyo. Eso es lo que nos decía un profesor de la Academia, y la verdad es que era bastante explícito la forma de expresarlo.

Esperé unos instantes a que la vieja amargada y cochambrosa de la entrada dejara de mirarme. Desde que había iniciado mi andadura por el pasillo no dejó de seguirme con la vista. Cuando estuve seguro de no ser observado, me dirigí a la sala de agentes encubiertos. Unas secretarias de linda figura, delgadas, vistiendo uniformes de fontanero, colocaban montones de fichas dentro de legajos. Los últimos papeles eran de color blanco, mientras que los de abajo del todo, eran amarillentos. Era la mejor forma de ordenar los expedientes, por color, por antigüedad. Las chicas no me miraron, y si en alguna ocasión me cruzaba con alguna, bajaba la vista y me dejaba paso con movimientos casi reverenciales, lo que hacía que me sintiera importante.

El pasillo de agentes encubiertos era el más pequeño, lógico, una fila de unos doce metros, llena por los dos lados, faltando un hueco de treinta o cuarenta legajos al final del todo. El C.D.S.N era un almacén de datos histórico, es decir, no se tiraba nada, se acumulaban los

expedientes desde hacía un montón de años, desde el final de la gran guerra, incluso antes, y no tenían ningún departamento de limpieza, no había nadie encargado de tirar lo que no servía. Así que me podía encontrar documentación sobre agentes muertos hace años. Los legajos estaban ordenados por letras, empecé desde la “A” y me paré en la “R”. Solamente esperaba que Rosa, la dulce, me hubiera dicho su verdadero nombre, cosa difícil, ya que los agentes encubiertos no tienen nombre, de hecho los agentes encubiertos no tienen nada, ni nombre, ni pasado, y mucho menos futuro. Siete legajos empezaban por la letra “R”, todo hombres. Miré sus fichas, prácticamente vacías, sin foto. Expedientes escuetos, con pocos datos, apenas unas líneas sobre alguna misión y muchos números de referencia. En la Academia nos explicaron como se almacenaban las reseñas en el Centro Documental. Se hacía de forma referencial, es decir, podías encontrar una hoja con cuatro breves explicaciones seguidas de varios números, cada uno de esos números hacía referencia a otro legajo, que podía estar en el mismo pasillo, en la misma planta o en otra diferente. Según la autorización del consultante podría seguir indagando sobre esos datos o no. Es un poco lioso al principio, en la Academia estuvimos haciendo unas prácticas de consulta de expedientes, y aunque complicado las primeras veces, luego resultó ser un buen método.

Me detuve un instante. Piensa Juan, piensa. Ruboergo, hay un legajo con el nombre del virus más letal que ha existido. Me extrañó ¿Qué hace un informe sobre el Ruboergo en una sección de agentes

encubiertos? Después de todo el Centro Documental igual no es un sitio tan bien ordenado como nos hacen creer, medité. Me cercioré de que la vieja no estaba. Las chicas tampoco. Saqué el informe del Ruboergo. Lo puse encima de una de las mesas para consulta. Lo abrí.

DESCRIPCION DEL VIRUS: *El Ruboergo es el filovirus, es decir de forma filamentosa, más mortífero que se conoce. Mata al cien por cien de los contagiados. Produce una fiebre hemorrágica de similares características a la del ébola, causando una fiebre muy alta, hasta cuarenta y tres grados, asociada a hemorragias internas generalizadas. Esa descomposición es la causante del rubor peculiar que brota de las mejillas de los infectados y que le da el nombre al virus. El reconocimiento del virus se hizo por primera vez durante una epidemia en Sudán. De los tres mil casos detectados, fallecieron todos. El virus se extendió rápidamente ya que se transmite a través de la saliva y a pesar de las vastas investigaciones aún se ignora cual es el reservorio, es decir, la población de seres vivos que aloja de forma crónica el germen de la enfermedad y hace que ésta se propague como epidemia.*

SINTOMAS DEL VIRUS: *Los síntomas del virus del Ruboergo son muy parecidos a los de otras enfermedades como ébola o malaria, muy común en África. Después de un periodo de incubación de tres a nueve días, se presentan señales genéricas como malestar generalizado, cefaleas, conjuntivitis, dolores musculares, náuseas y vómitos. Es habitual que la fiebre ascienda a 43 grados y después del tercer día se observa diarrea líquida y trastornos mentales. El signo clínico más fidedigno e inequívoco es la aparición entre el quinto y séptimo día de una erupción en la cara similar al rubor o al sonrojo, pero con un color más granate. El virus es muy contagioso de persona a persona, el enfermo contagia el virus a través de la saliva o sudoración.*

TRATAMIENTO: *El virus del Ruboergo, como todos los virus llamados calientes, no tienen cura y ningún tratamiento específico. El tratamiento utilizado el día*

de hoy es mantener la vida de la persona mediante métodos de resucitación y paliar el sufrimiento en la medida de lo posible. En cuanto a una vacuna, se están realizando investigaciones pero estas se complican porque aún no se conocen todas las proteínas del virus, aunque la planta Cleo contiene una variedad de saponina en sus hojas, que debidamente tratada y filtrada se ha probado en pacientes en los que aún no se ha iniciado la hemorragia interna y la descomposición de sus órganos, frenando, eliminando... 1568/35

La vieja de la entrada hizo su aparición al final del pasillo lo que me obligó a cerrar el informe médico del Ruboergo de un carpetazo sin poder acabar de leerlo. Sus ojos pequeños, mirando a través de unas gafas de cristal grueso, se posaron sobre mí. Me había dado tiempo a terminar de leer todo lo que había en la hoja. Al final una referencia: 1568/35, que seguro hacía alusión a la continuación del informe.

-¡Señor! -me gritó desde el fondo de la estantería-, creo que se ha equivocado, los expedientes sobre agentes encubiertos están aquí -dijo mientras señalaba a una mueble que había justo al lado de donde se encontraba ella.

-Sí, sí, disculpe, ya me parecía a mí -me excusé-, que esto no tenía nada que ver.

Volví a poner el informe del Ruboergo en el hueco de la estantería y seguí andando hacia la habitación de terrorismo internacional, ante la atenta mirada de la vieja de la entrada que posó sus pequeños ojos en mí, mirando a través de las gafas de culo de botella. No quería que me viera aquí, en esta sección que no tenía que mirar. Juraría que cuando

le he preguntado sobre la sección que busco, la vieja me ha señalado exactamente aquí. Me acuerdo de aquellas películas americanas de los años treinta, donde los camareros señalaban con el dedo mientras se frotaban la nariz el lugar del bar donde se ocultaba el hombre que buscaba la policía, cuando el detective de turno entraba preguntando por él, exhibiendo una foto. La señora Juana debía conocerse estos pasillos como la palma de su mano, y sin embargo me remitió al lugar donde se encontraba el informe del Ruboergo, cuando realmente no era lo que buscaba.

Me centré en mi trabajo, en mi próxima misión. Los archivos sobre el país vecino: Francia, eran enormes, extensos y llenos de datos. El Servicio Secreto había hecho un buen trabajo, excelente. Vigilar Francia era relativamente sencillo, ya que era una democracia, y como todos saben, las democracias son débiles desde el punto de vista de la seguridad. La mayoría de documentos estaban escritos en francés, idioma que conocía a la perfección y del que tenía un acento excelente. Ya era conocedor de ese lenguaje antes de entrar en el Servicio Secreto, pero allí, en la academia lo perfeccioné hasta cotas insospechadas, pasando incluso por francés sin ningún género de duda. Recabé todos los datos y los guardé en un dossier que me serviría para mi misión en el país vecino. Lo más importante era saber todo lo que pudiera de mi enlace en suelo galo, el agente Philippe, un mercenario al servicio del Tercer Imperio. Philippe era el *alter ego* de los espías, lo normal era preparar un agente secreto e infiltrarlo en una organización. El caso de

Philippe era todo lo contrario, él era un mercenario que se rescató de un grupo terrorista y se le preparó para que colaborara con el Servicio Secreto español. Los informes que leí sobre él eran muy buenos y dentro de la escala de confianza, la nota era de las más altas que había visto. El dossier lo calificaba como un mercenario servidor de la Autocracia, aunque realmente era servidor del dinero, como todos los mercenarios. Desconocía los tratos que hicieron los militares con él, pero seguramente, dentro de unos años, se vendría a vivir a España, a la Costa del Sol y disfrutaría de una enorme casa, dinero, mujeres bellas y todo lo que un hombre pudiera desear. Ante un trato así no hay mercenario que se resista. Al final del informe de Philippe, seguido de unos puntos suspensivos, leí la referencia: 103/52, lo que intuí como una continuación de los datos que obraban en el C.D.S.N. Para salir de dudas y saber como seguir buscando, le pregunté a una de las bellas señoritas que estaba colocando legajos en una estantería. La chica me explicó que las referencias están ordenadas según el número que hay después de la barra, por ejemplo, el barra 52, quiere decir que está en la estantería 52. Así de sencillo. Me percaté de que en todas las estanterías había un número encima, aunque no se viese bien, y que el orden no era consecutivo, podía empezar la primera con el número veinte y terminar con el doce. La chica no me aclaró por que estaban puestos así, pero me enseñó la forma de buscar. Antes de dejarla le pregunté donde estaba la barra 35, ya que recordaba que el informe del Ruboergo terminaba con la referencia 1568/35. La 35 está en la planta

de abajo, me dijo, pero hay muy pocas personas autorizadas a entrar allí, afirmó.

El informe que leí sobre el virus del Ruboergo no me dejó impasible, todo lo que ojeé bailaba por mi cabeza y se enlazaba en una madeja perfecta donde los datos encajaban impecablemente. Otra vez me volví a sentir como las sanguijuelas de los ordenadores neuronales, ellas hubieran enlazado todos los datos en unos nanosegundos, mi cerebro necesitaba más tiempo. Lo último que miré ponía algo de la *saponina* de la planta Cleo y la posibilidad de curar el virus. Aunque me faltaban datos por leer sé que la planta Cleo es única en el mundo, que solamente crece en el valle de *Gratal*, en la provincia de Huesca. Allí, a finales de los años cincuenta, los nazis hicieron una serie de pruebas con bombas atómicas, antes de que todos los países desecharan esta energía por ser perniciosa para el futuro de la humanidad, antes del descubrimiento de las ruinas de Nubia y la relación que había entre la energía nuclear y el fin de nuestra raza. La multitud de ensayos realizados provocaron el crecimiento de una variante de planta cuya flor era única en el mundo y que no crecía en ningún sitio más, a pesar de haberse trasplantado, no vivía nada más que en el suelo de Gratal. El nombre de la planta surgió de la palabra **núcleo**, puesto en honor del núcleo atómico y según me había parecido leer en el informe del Centro Documental para la Seguridad Nacional, contenía una variedad de saponina, que frenaba, eliminaba...

La referencia 1568/35 era la que tenía el secreto de lo que seguía en el informe del Ruboergo. Me acordé de todas aquellas historias que se contaban cuando era pequeño sobre el inventor que creó un motor que funcionaba con agua y apareció muerto en su casa y nunca más se hallaron los planos de tan fantástico invento. De los chismes acerca del Reactor de Bering fabricado por los nazis y capaz de transmutar un cuerpo de un lugar a otro del planeta o de la vacuna universal contra la gripe y que los fabricantes de barbitúricos se encargaron de ocultar. ¿Existirá una vacuna contra el Ruboergo? -pensé-. Demasiada literatura y demasiados informes sobre las ruinas de Nubia. Estaba claro que debía leer menos y centrarme más en mi trabajo o acabaría majareta de tanto darle vueltas a las cosas. Me centré en mi tercera misión.

24

Llegué a Francia como un turista más, en tren. En la frontera no me cachearon, ni siquiera miraron mi pasaporte, el oficial de aduanas estaba advertido de que iba a salir hacia el país vecino un Sargento de la Agencia. Llevaba una maleta de mano, gris, sencilla, austera. Dentro unos cuantos calzoncillos, calcetines, tres camisas, dos pantalones y un neceser con lo necesario para mi aseo personal. En mi cintura una Beretta M92FS. En el bolsillo del pantalón un pequeño tubo de acero conteniendo la dosis suficiente de arsénico para que, en caso de que salieran las cosas mal, me autofiniquitara. La chica de la frontera

sonrió, pero se le borró la risita del rostro cuando el policía le dijo algo al oído, posiblemente le advirtió que era un agente del Servicio Secreto el que estaba delante de ella, de la Agencia. Miedo. Eso es lo que trasmitíamos, miedo. La gente, el pueblo, desconocía que era lo que hacían los espías, mejor, no les gustaría saberlo, pero en el fondo pensaban que hiciésemos lo que hiciésemos era para su bien, para el bien de nuestra patria. El viajar a un país fronterizo, con el cual no había buenas relaciones, portando un arma de fuego, sería considerado como un acto hostil, en el caso de que me descubrieran. Los jefes de la Agencia me dijeron que no usara mi Beretta salvo en el caso exclusivo de que estuviera en peligro mi vida. Gilipollas. Que quieren, que me suicide con el arsénico y luego no mate a nadie o que me mate y luego dispare. Empezaba a pensar que los mandos militares no tenían ni idea del trabajo de campo, podrían saber mucha teoría, eso sí, pero la práctica sobre el terreno era nuestra, de los infiltrados.

Francia era un buen país, de buenas gentes y de clima agradable. Hacía cien años, cuando la República, hubo un conato de guerra que por suerte no se llegó a realizar, la diplomacia pudo más que las armas. Aún así, Francia tuvo que ceder un trozo de terreno en favor de nuestra nación. Lo habían reclamado en varias ocasiones, pero el gobierno no estaba por la labor y por si acaso desplazó a esa pequeña provincia de la frontera un batallón de infantería. Las gentes de nuestro país se habían acostumbrado a ver soldados por las calles, uniformes en las cantinas, en los cines. Los militares formaban parte del trasiego diario

de las ciudades. La Policía Militar vigilaba que estos cumplieran rigurosamente las normas de cortesía hacia la población civil y no abusaran del poder que otorgaba el uniforme. Un dato significativo: morían más militares en la silla eléctrica que civiles, lo cual daba una idea bastante exacta de lo rígido que era el código penal militar.

Llevé en la mano un papel con la dirección de mi contacto y un pequeño croquis donde lo podía encontrar. Era papel de seda, antes de contactar con él me lo debía tragar. Philippe era el hombre encargado de introducirme en el grupo de mercenarios y formar parte de ellos. Así, desde dentro, debía averiguar que preparaban contra mi país, cuando y donde. El Servicio Secreto sospechaba que ese grupo de combatientes buscaba reunir a las facciones del ejército más disconformes con la política nacional y derrocar al General Marcial Elvira. Derrocar es sinónimo de asesinar. Pero para eso, claro está, había que matar al Ministro de Defensa, Santos Mortero y al Ministro del Interior Lucas Castra, que eran los sustitutos del Jefe del Estado. Un plan perfecto. Primero quitaban de en medio al suplente y luego mataban al titular.

Siguiendo las indicaciones del bosquejo que me dieron los militares llegué hasta el bar *Paror*, en las afueras de la capital de Francia. Era un local típico, frecuentado por gente de paso, de pocas palabras y solitarios. Entré despacio y me dirigí a la barra. No quería llamar la atención, así que pedí una cerveza en mi perfecto francés. El camarero me atendió enseguida. En el interior del bar había unas diez personas, solas, sin hablar entre ellos. Me fui fijando en todos, de uno

en uno. No detuve la mirada para que no sospecharan. Un hombre de cincuenta años, robusto, bebía una cerveza negra. Siete chicos jóvenes, delgados, fuertes, tomaban refrescos. Una chica, guapa, joven, flaca, fumaba un cigarrillo mientras se adentraba en sus propios pensamientos. Supe, en ese mismo instante, que todos los clientes del bar son militares, por las botas. Desconocía el motivo, pero en la academia me dijeron que los soldados nunca se desprenden de sus botas, y era verdad, iban vestidos de paisano, pero portaban unas relucientes botas militares de hebillas plateadas. A pesar de mirarlos de forma analizadora, ellos no se fijaron en mí.

Esperé un rato.

Finalmente, el camarero se acercó y me dijo: Camión. Era la palabra clave de mi contacto. Que original. El servicio secreto optaba siempre por la sencillez. En la época de la Academia los alumnos nos reíamos y hacíamos bromas respecto a la sencillez minimalista de los militares, sacábamos chistes de eso y los asociábamos a su poca capacidad de memorización, por eso los “Santo y Señá” eran tan infantiles, del estilo de Enero/Ropero, donde dos palabras sin conexión entre ellas terminaban con la misma sílaba.

Respondí: Malecón. El camarero asintió con la cabeza y sin tiempo que perder me presentó a los otros, los nueve soldados y la chica, siempre hay una chica. Nos subimos en un furgón azul que esperaba en la puerta del bar. No hice preguntas, tampoco las hubieran contestado. Con el codo derecho toqué la culata de mi Beretta, no es

que la fuese a utilizar, pero estaba más tranquilo sabiendo que estaba ahí, en mi cintura. Con el dedo índice de mi mano izquierda acaricié el tubo de arsénico de mi bolsillo, lo retiré enseguida, no sería buena idea tener que utilizarlo.

El cincuentón condujo el vehículo mientras los otros, chica incluida, miraban el suelo. Me recordaban a los paracaidistas que viajaban en el avión antes de lanzarse al vacío. Era de noche y no recuerdo el camino que hicieron, pero cruzaron dos pasos a nivel, de eso estoy seguro. Miré a la chica, normal en un hombre, me acordé de Rosa, la dulce, de su pelo rubio, de su cara de ángel, de su voz. El frenazo de la furgoneta me distrajo de mis pensamientos.

Entramos en un almacén de algo, no sé de que. Olía a una mezcla de paja mojada y amoníaco. Los mercenarios portaban unas mochilas de pequeñas dimensiones y unas chaquetas enormes, demasiado grandes para el calor que hacía, aún así apenas sudaban. La chica se dirigió a mí, por fin:

-¡Juan! ¿quién es tu enlace?

Los de la Agencia me advirtieron de que me harían esa pregunta, me dijeron que era una trampa. No debía contestar, me matarían. Solamente los agentes tienen enlace, los terroristas funcionan sin ellos. Era la diferencia entre ellos y nosotros. Un agente secreto va a un lugar y contacta con una persona de la que previamente se ha informado. Un terrorista va a un lugar y espera a que contacten con él. En la Academia

nos decían que esa era una diferencia muy importante, que no debíamos olvidarnos de ella.

-No tengo enlace -respondí.

La chica sacó una bolsa de color marrón y me la puso delante para que la cogiera. La abrí. En su interior había una Jericó 942FS, una buena arma. Dos cargadores y un detonador.

-¿De dónde eres? -me preguntó.

También me advirtieron los de la Agencia de esa cuestión. La chica no era una aficionada, era una profesional y de las buenas. Tomaba precauciones y me sometía a una serie de preguntas para averiguar si era un agente encubierto. Mi pronunciación era perfecta, pasaba por francés sin problemas, pero aún así no debía ceñirme a ninguna región en concreto, mi acento de un sitio u otro me podía delatar.

-Soy ciudadano del mundo -dije en una respuesta espontánea.

La chica sonrió.

Dios mio, era la sonrisa más preciosa que había visto nunca. Guapa. El militar mayor, el de cincuenta años, miró hacia donde estábamos nosotros con cara de celoso, eso pensé yo, luego me enteré de que era su hija. Me chocó el que una familia completa luchara por una causa ¿una causa? me pregunté, son mercenarios y los mercenarios no necesitan causas, el dinero es una buena justificación.

El dinero es la mejor justificación que existe. El problema es no saber cuando tenemos suficiente y cuando debemos parar. Padre e hija luchaban por algún motivo en concreto. Me enteré de la historia. Él se llamaba Brom, era soldado en África, en las colonias, un buen soldado, de rango, pero no sé cual. La madre de la chica era hija de una esclava, una mujer que Brom rescató de manos de un cacique local. Lo mató con sus propias manos. Hace falta mucho valor, muchas agallas, para matar a alguien con tus propias manos. Brom tenía unas manos como las pinzas de una grúa, enormes, fuertes. La madre de la chica murió, una bala, malditas balas. La niña la trajo Brom a Francia, un estado libre. Irene, que es como se llamaba, era una luchadora, una combatiente. Se enroló en el ejército Francés para ayudar a su pueblo. Una patriota. Brom hizo lo mismo, pero para cuidar de su hija. Amor de padre.

¿Por qué luchan contra el Tercer Imperio? No se puede vivir con miedo, es la consigna. No podían estar pendientes de lo que hacía el Estado vecino, mi país. No podían esperar a que un día entraran los carros blindados y los aviones bombardearan las ciudades y mataran a sus habitantes y derrocaran a su gobierno elegido democráticamente, no podían, no. No podían estar como aquellos cuerpos carbonizados que se encontraron en las ruinas de Nubia, esperando a que el fantasma de la masacre se apoderara de ellos, así que luchaban, ofrecían soporte a los partisanos de mi nación y planeaban destronar al gobierno, matar al General Marcial Elvira, al Ministro de Defensa Santos Mortero y al

Ministro del Interior Lucas Castra, e instaurar la República, o lo que fuera, pero que fuera libre. Libre. La historia es cíclica, solamente hay que echar un vistazo a los libros para darse cuenta de ello, la autocracia llegaba a su fin, el sistema no funcionaba, igual que en la Fuga de Logan, donde el vigilante protagonista de la historia se da cuenta y recapacita sobre si el sistema les hace felices o no. La respuesta está en el Santuario, un lugar donde todas las preguntas tienen réplica:

Respira profundamente. Sus ojos están cerrados.

Ahora sabe cuál es la ruta que lleva al Santuario.

¿Cuál es mi Santuario?, me pregunto. ¿Dónde está ese lugar mágico, sagrado, donde todas mis preguntas tendrán respuesta. El secreto está en el Centro Documental para la Seguridad Nacional, el C.D.S.N. El lugar donde todos los interrogantes obtienen su solución, el lugar donde volveré cuando termine mi misión, mi tercera misión. Son más las preguntas que las respuestas. Entré en esto del espionaje creyendo que iba a satisfacer mi curiosidad innata, mis ganas de aprender, pero a medida que pasa el tiempo las preguntas superan a las respuestas y eso no es inteligencia, inteligencia es saber la mayoría de las respuestas a nuestras preguntas.

Estuvimos en aquel local que apestaba a paja mojada y amoníaco más de una semana. Irene y Brom me contaron cosas que no sabía, cosas que no me hubiera gustado saber. Me hablaron del gobierno de mi país, de chascarrillos sobre el General Marcial Elvira y su sempiterna amistad con Hitler. Me relataron como mandó matar a todos los capitanes de África para hacerse con el poder, con el mando. Como asesinó al hijo del Rey, el legítimo heredero de la corona de mi país, mi país, repetí para mis adentros, dudando de mi patriotismo y planteándome si patriota es el que sirve al gobierno o el que sirve al pueblo. Mi pueblo. Irene hablaba despacio, pausadamente, haciéndose entender. Lo hacía mientras limpiaba el arma, mientras sus finos dedos largos frotaban las balas y sacaban el sarro de la uña extractora, del percutor y del cañón. Philippe, el camarero del Paror, mi contacto en suelo Francés, me dijo que la Agencia estaba esperando el informe. ¡El informe! es verdad, llevaba casi dos semanas aquí y aún no había escrito nada. Mi empatía aumentaba con el tiempo, después de un año ejerciendo de agente secreto me había vuelto un empático. Era capaz de leer a los demás, de ver dentro de ellos y sentirme como ellos. ¡Soldado! me grité, debía reaccionar y centrarme en la misión.

-¿La novia? -me preguntó Irene la noche que me vio escribiendo el informe para los míos-. Debe echarte mucho de menos -comentó poniéndose de espaldas para demostrar que no tenía ninguna intención de leer lo que suponía una carta de amor.

Que tontería, me hubiera gustado decirle que no tenía novia, que era un hombre libre, que admiraba a su padre por el coraje que demostraba y a ella por ser tan guapa, tan estupenda. Pero no podía. Mierda. Le dije que sí, que estaba escribiendo una carta a mi novia. Los espías no podemos decir la verdad, no podemos mostrarnos tal y como somos, no somos nadie, somos una sombra de muchas personas, somos una sombra de nada.

-¿Cómo se llama?

-Rosa -respondí, no me vino a la mente otro nombre y solo recordaba a la dulce Rosa, la espía que me amó.

En mi informe relaté con todo detalle la localización del almacén de olor a paja mojada y amoníaco, el nombre de los mercenarios, sus intenciones. Todavía no sabía que querían hacer, cuando y donde, pero en cuanto lo supiera lo comunicaría a la Agencia. Por las noches tardada en irme a dormir, me tumbaba en el suelo y recordaba que había sido mi vida antes de llegar hasta aquí. Ahora era un altivo suboficial de la Agencia, un Sargento. Me había felicitado en persona el Ministro del Interior y el de Defensa. Había tocado el cielo, y estos mercenarios querían matarlos, querían asesinar a mi Presidente y al sustituto, el que me ascendió a Sargento. El dossier que leí en el Centro Documental para la Seguridad Nacional, me daba vueltas en la cabeza, las últimas palabras sobre todo: la flor Cleo contiene una variedad de saponina, que frena, elimina... Recuerdo el número de referencia que seguía, el 1568/35, número que consultaré cuando termine esta

misión. Y si fuera posible, y si el Gobierno de mi nación hubiera encontrado una vacuna contra el virus Ruboergo, pero ¿por qué no querían darla a conocer al mundo?, Salvarían millones de vidas, posiblemente las nuestras. Miré a Irene. Parecía un ángel cuando dormía y un hada cuando estaba despierta. Que lejos estaba de parecerme a Logan, no era ni siquiera su sombra. Él también tuvo dudas, también desarrolló una lucha interna para saber que era lo correcto, también necesitó ayuda:

-Jess. Dime lo que piensas. Sé que no te gusta que mate a nadie. Pero se trata de un Vigilante armado con una pistola de proyectil dirigido. O me adelanto, o él nos alcanza primero. ¿Qué prefieres?

Los otros hablaban entre ellos, lo hacían rápido y con la voz baja, cuchicheando. Estaba claro que no querían que me enterara. Normal. Yo no soy uno de ellos, no me conocen y no me han visto nunca. No soy uno de los nuestros. Yo no preguntaba, era una de las normas que enseñaban en la escuela, si preguntas es por que algo quieres saber, lo mejor es no decir nada y ya se sabrán las cosas en su momento.

Una noche Brom me lo contó todo, me dijo que querían matar al Jefe del Estado de mi país. Se refería a él como el tirano, yo lo entendí

perfectamente. Estaban hartos de vivir con miedo y siempre pendientes de lo que hicieran los míos, evidentemente ellos seguían sin saber de donde era yo. Mejor. Me dijo que el espíritu de Hitler se había transmutado y se anexionó al alma del Jefe del Estado español. Qué locura. Brom hablaba como un místico o un visionario y se refería al General Marcial Elvira como si fuera el Anticristo, la persona más malvada que hubiera sobre la capa de la tierra. Mientras hablaba me acordé del informe que leí sobre el Ruboergo y me vino el mismo temor que tanto me atormentaba estos días, la posibilidad de que el virus hubiera sido creado en laboratorios del Tercer Imperio y que su fin fuese acabar con toda la raza negra del mundo. El viejo sueño nazi, la supremacía de la raza aria, los amos del mundo. Brom me contó como planeaban entrar en España, como turistas, el veintiocho de noviembre, día de la fiesta nacional, que conmemoraba cuando las tropas de África tomaron el poder de las ciudades y capituló la Capital, haciéndose con el poder el General Marcial Elvira. En la plaza de la Victoria se celebraba un acto y asistían autoridades nacionales e internacionales, por supuesto de otras dictaduras. Las fuerzas armadas desfilaban y se rendía homenaje a la bandera. Ese día había un relax insólito, nada normal. En un momento del acto se asomaban al palco presidencial la cúpula del gobierno al completo: el Jefe del Estado, los Ministros del Interior y de Defensa, los Jefes de los tres ejércitos, los directores de las agencias para la defensa nacional, los Ministros. Brom y su gente planeaban llevar un lanza misiles desmontado, portátil, y montarlo antes del acto, para desde un lugar poco vigilado de la plaza, lanzar un

obús contra el lugar donde estarían todas las personalidades. Demoníaco. Me parecía un plan terrible, pero menos dantesco que los otros que había visto en anteriores misiones, ya que aquí sólo finiquitarían a la cúpula del poder y descabezarían la dictadura. Por primera vez no me pareció una mala idea. Cincuenta y cinco años de absolutismo eran demasiados. El Tercer Imperio tocaba su fin, hacía tiempo que se hablaba de ello. Las raíces del fundamentalismo fascista, Alemania, se desmoronaban al mismo paso que lo hacían las dictaduras que formaban el resto de la Europa totalitaria. La forma de gobierno y gestión que había regido el destino de los europeos durante más de medio siglo, llegaba a sus últimos días, y yo era un espectador de excepción. Hacía años que los servicios secretos no bullían de la forma que lo hacían ahora. Legiones de espías circulaban por todos los rincones del mundo intercambiando información sobre los ciudadanos, sus hábitos, sus costumbres, su ideología. Las poblaciones de África se morían, el Ruboergo los estaba matando y ninguna nación de los cinco Imperios era capaz de hacer nada. Nada. El control en las fronteras era estricto, el cierre de los pasos era la única forma de evitar que los habitantes del continente más pobre del planeta pudieran venir aquí, al mundo rico, al mundo próspero. Los puestos fronterizos estaba dotados de un aparato donde con sólo soplar se detectaba el virus. En caso de dar positivo, el paciente era aislado en una sala y deportado a su país de origen. Tenían suerte, hace algunos años, cuando el Tercer Imperio estaba en pleno auge, hubieran sido *finiquitados* en la misma frontera. Pero ahora era casi peor, ya que los devolvían a África sin posibilidad de

cura, enfermos, con lo que contagiaban a sus congéneres y hacían que la epidemia no tuviera freno.

Durante los días siguientes vinieron mercenarios nuevos. Un día llegaron dos de aspecto árabe, iraquíes pude apreciar. Traían tres maletines enormes y pesados, a juzgar por el esfuerzo que tuvieron que hacer para entrarlos en el almacén donde estábamos nosotros. Los abrieron y en uno de ellos había un cañón desmontado en tres piezas. Lo armaron y lo ensamblaron junto con el mecanismo que venía en el segundo maletín y le añadieron un obús con espoleta que había en el tercero.

-¡Voilà! -dice el iraquí mientras sonreía.

Pude entender que el obús era de carga de fragmentación, que explotaría a escasos metros del palco presidencial y que volatilizaría todo lo que encontrara en cincuenta metros a la redonda, terrible.

Pasaron bastantes días. Brom nos cambió de edificio, dejamos el local que apestaba a paja mojada y amoníaco, y nos fuimos a un antiguo matadero que olía a carne podrida. Al instalarnos pude comprobar que solamente había dos maletines de los tres que llegaron al principio. El traslado a mi país, a suelo español había comenzado. Los iraquíes ya no estaban con nosotros y faltaban dos de los mercenarios, ahora solamente quedábamos Irene, Brom, seis soldados de la resistencia y yo.

Una mujer anciana y quejicosa nos traía comida caliente, buena. Durante nuestra estancia en la vieja fábrica comimos bocadillos fríos y bebimos latas de cerveza, ahora nos alimentábamos de caldo, carne y vino negro. Todas las ventanas estaban tapiadas excepto una, la más pequeña, por la que podíamos ver la calle, poco transitada, por lo que deduje que estábamos en las afueras. Los mercenarios tomaban demasiadas precauciones teniendo en cuenta que estábamos en suelo amigo, es decir, en su propio país, algo que yo no entendía demasiado. Pese a todo seguía pensando que desconfiaban de mí, de ellos, de todos; era el destino de un mercenario, de un servidor del dinero. Su trabajo lo hacían bien, muy bien. En los ratos de descanso, que eran muchos, se dedicaban a limpiar sus armas, hacer flexiones en el suelo, jugar a las cartas, volver a limpiar las armas. Habían desmontado tantas veces esos fusiles y esas pistolas, que prácticamente estaban nuevos de tanto brillo que desprendían. Los mercenarios trataban sus armas como si fueran personas, las mimaban, las limpiaban, les hablaban. Yo nunca había sentido esa afición por las pistolas, de hecho llevaba una por obligación, y aunque no era mal tirador, encontraba la utilización de armas de fuego como algo primitivo y salvaje. Los americanos eran muy aficionados a la caza e incluso tenían una organización de cazadores que adoraban las escopetas, algo poco coherente con un país que detestaba la guerra. Mientras pensaba en mis cosas miraba a Irene y procuraba apartar la mirada de ella cuando se volvía sobre mí, pocas veces.

Una mañana noté a faltar otro maletín, el segundo. Solamente quedaba por salir del antiguo matadero el maletín que contenía los obuses, dos. Los mercenarios querían estar seguros de no fallar y habían metido dos proyectiles; aunque viéndolos actuar estaba seguro de que uno sería suficiente. Mi informe a la Agencia reflejó con todo detalle la fecha de la comisión del atentado, el color y la forma de los maletines y la descripción física de quienes los portaban. De esta me ascendían a teniente, seguro.

En la época de la Academia nos decían que nunca debemos desprendernos de nuestras armas, son el salvoconducto de nuestra vida. Las tropas destacadas en el norte de África se referían a sus viejos y oxidados *Cetmes* como las novias. Es algo que no se puede dejar y que siempre tienes que tener cerca. A pesar de esas recomendaciones yo no portaba la Jericó 942FS que me había facilitado Irene. No quería levantar sospechas y hacía lo que los demás hacían. Observé que el resto de mercenarios no llevaban sus armas encima, las dejaban dentro de sus mochilas, supongo que enarbolando una confianza ficticia, pero yo no podía ser menos.

23

El quince de noviembre ya no estaba el tercer maletín, ni Brom, ni Irene. En el antiguo matadero apestando a carne putrefacta solamente

había dos mercenarios, delante de mí, mirándome. Que tonto soy. Ahora sabía que ellos sabían quien era yo, claro. Como no me dí cuenta antes. Por eso no me contaban nada, por eso me mantenían al margen. Hacía varias semanas que no veía a Philippe, mi contacto, el hombre que se encargaba de ponerme al corriente de lo que pasaba en el exterior, en España y recogía los informes que elaboraba para mis jefes en España. El olor a carne descompuesta, ahora sé de donde venía. Era de Philippe, los mercenarios lo había matado, igual que harían conmigo. Piensa Juan, piensa. Tengo que acordarme de todo lo que aprendí en el Servicio Secreto, en la Agencia, con los militares. La adrenalina bullía por mis venas, se adueñaba de mi cerebro, mis puños se tensaron. Una cosa estaba clara, no iba a acabar mis días en un viejo matadero Francés a manos de dos mercenarios. Imaginé que de un momento a otro se oiría un estruendo y entrarían por una de las tapiadas ventanas un comando de las fuerzas especiales de mi país. Vendrían a rescatarme, vendrían a salvar a un sargento de la Agencia, a un pilar del Servicio Secreto, como era yo. Iluso. El gobierno de mi país no habría enviado a nadie, un agente secreto no era motivo suficiente para iniciar una guerra, no. Los mercenarios me miraban y hasta uno de ellos se permitía el lujo de sonreír. Cabrón. Yo estaba sentado, una posición de desventaja desde el punto de vista táctico. Me puse en pie. Los soldados no se movían, tampoco veía armas en sus manos, no quieren hacer ruido para no levantar sospechas. En sus cinturones había cuchillos de sierra, grandes y relucientes. Miré a mi alrededor y no encontré algo para poder ser utilizado, cualquier cosa cortante

hubiera bastado, no había que olvidar que yo era un suboficial de la Agencia. Mi única posibilidad era desarmar al primer mercenario, el que tenía más cerca y utilizar su machete para atacar al otro. No hablé, era del todo inútil y no hubiera servido de nada. Uno de ellos se acercó hacia mí mientras el otro intentaba rodearme para pillarme por atrás. Me dejé caer al suelo, en una técnica usada por los militares para desconcertar al enemigo, estos eran novatos y no la conocían, mejor. Vi la confusión en los ojos del primer mercenario, que bien. Le propiné una fuerte patada en la cara. Su nariz sangró y se llevó la mano libre, en la otra sostenía el machete, a la cara para parar la hemorragia, momento que aproveché para desarmarlo. Ahora había un mercenario fuera de combate y yo tenía un cuchillo en mi mano. El otro dejó de intentar rodearme y se dispuso a atacar, gran error. Lancé mi puño contra su pecho y le golpeé con la rodilla en la cara, hasta pude oír los huesos de su mandíbula al romperse. Le clavé el puñal en la pierna, en el muslo. No soy un asesino, sólo intentaba escapar de aquí, pero no quería matar a aquellos dos asalariados, porque solamente son eso, dos jornaleros que cobraban por hacer algo estúpido.

Cogí mi mochila y bajé las escaleras rápidamente, sin asegurar mi posición, no había tiempo que perder. En la planta de abajo yacía el cadáver, prácticamente descompuesto, de Philippe. Pobre contacto. Sentí odio y rabia. Por un momento pensé en volver arriba y acabar con la vida de los dos mercenarios malheridos. No valía la pena. Ya no me pareció tan buena persona el tal Brom, ni tan buena mujer su hija

Irene. Solo me parecían asesinos y enemigos de mi patria y por eso enemigos míos. Grité. No debí hacerlo, me oyeron.

En un instante estaba el edificio rodeado de policías. Abrí la mochila y saqué la Jericó de la funda. Piensa Juan, piensa. No podía luchar, no podía enfrentarme a la policía francesa, me matarán o me detendrán, me juzgarían y acabaría mis días en una prisión de máxima seguridad de ese país. Mi gobierno no haría nada por mí, nada. Busqué en el interior del macuto la placa dorada donde ponía SARGENTO, estaba envuelta en unos calzoncillos, esperaba que se apiadaran de mí y creyeran mi coartada de que estaba aquí para detener a unos criminales. Mala idea. No encontré la placa emblema, me la habían quitado, posiblemente mientras dormía. Eso querían de mí los mercenarios, mi placa, el mejor salvoconducto que había para entrar en España. Volví a gritar, pero esta vez era más bien un gruñido.

Un nutrido grupo de agentes de policía apuntaban sus armas en todas direcciones menos en la que me encontraba yo ¿qué ocurre? El oficial al mando se quitó la capucha que ocultaba su rostro:

-¡Sargento, sígame! -ordenó.

Eran de los míos. Eran agentes de la Agencia. El grupo de soldados aseguró la posición. Sus armas apuntaban por doquier, mientras recorrían el viejo cobertizo. Oí disparos, gritos, habían matado a los dos mercenarios que dejé con vida en la planta de arriba. En unos

minutos estaba a resguardo en una furgoneta de color naranja, estábamos de camino a mi país. Estaba salvado.

22

Desde lo alto de una de la torre de la plaza Central, donde el veintiocho de noviembre asomarán las máximas autoridades de la dictadura, podía observar todo lo que ocurría en el emplazamiento e incluso ver las calles colindantes. La Agencia me dotó de un potente telescopio y estaba día y noche pendiente de todas las personas que se movían por el perímetro, de los viajeros que venían de todos los rincones del Estado, de los turistas y curiosos, de la prensa internacional. Sólo yo conocía a los mercenarios, solamente yo los había visto. El Servicio Secreto, los militares, la policía y la Agencia se movilizaron en busca de los asesinos extranjeros que pretendían acabar con nuestros gobernantes, algo bastante habitual en los gobiernos totalitarios. No era la primera vez que se detectaba un magnicidio de este tipo, al propio Hitler lo intentaron asesinar innumerables veces, incontables. Lo mismo ocurrió con sus lugartenientes y con los dirigentes de Italia. Pero el atentado contra mandatarios no era exclusivo de las dictaduras, también los gobiernos republicanos y las democracias más fervientes padecían esta lacra. Finalmente localizaron a los mercenarios extranjeros, supieron que se escondían en una tienda de ultramarinos de la calle *Independencia*. Los militares dieron con ellos a través de un chivatazo de uno de ellos, habían ofrecido dinero a

cambio de información, mucho dinero y los mercenarios se venden al mejor postor. Los agentes controlaron la tienda día y noche, la entrada a la misma y la salida, quién compraba, que camiones repartían género y hasta los que entraban a preguntar la dirección de una calle o cualquier consulta banal eran investigados. Montaron cámaras de alta resolución, cubriendo cualquier rincón de la calle. Movilizaron a todos los agentes libres de servicio y peinaron la zona milímetro a milímetro. El Ministerio de Defensa no quería detenerlos, no, quería dar un escarmiento, uno bueno. Pretendía finiquitarlos antes de que llegaran a realizar el atentado, quería enviar un mensaje a todos los países fronterizos que osaran intentar exterminar al gobierno de la nación más poderosa que había existido nunca.

Me dieron fiesta, dijeron que mi misión había terminado, una vez más con éxito, como siempre. Utilizando la terminología apropiada: me habían retirado.

21

El veintisiete de Noviembre, un día antes de la fiesta nacional, la tienda de ultramarinos de la calle Independencia y el bloque donde estaba situada, volaron por los aires. La ironía es que la explosión fue veinte veces más fuerte que los dos obuses que querían hacer explotar los activistas extranjeros. No pude reconocer los cuerpos de Brom e Irene, ni de los otros mercenarios, pero estaba seguro de que eran ellos

porque había visto la última filmación antes de la explosión donde se les veía entrar en la tienda de ultramarinos de la calle Independencia.

La fiesta nacional fue un éxito, como cada año. La prensa internacional se hizo eco de la explosión de un bloque de terroristas. El Ministerio de Propaganda se encargó de decir que fueron los propios activistas los que explosionaron el edificio al manipular incorrectamente las bombas que preparaban para boicotear los actos.

A la semana siguiente me llamaron desde el Ministerio de la Presidencia y el propio Jefe del Estado, su Excelencia el General Marcial Elvira, me condecoró como héroe de guerra y me entregó el despacho donde figuraba mi ascenso a Teniente de la Agencia. Era la primera vez que estaba delante del Caudillo que dirigía con mano firme el destino de todos. Me detuve en analizar la expresión de su rostro, su mirada, o lo que podía ver a través de esas gafas oscuras que siempre llevaba, justificadas por una reacción molesta a la luz solar; aunque estábamos en un cuarto cerrado con poca luz. Mi fulgurante carrera no había hecho más que empezar y estaba colocada en la rampa de salida. Era un ganador, el mejor agente que tenía mi país, eso me dijo el Jefe del Estado. Yo no estaba contento, aún no había hecho algo grande, algo único, algo que saciara mis expectativas cuando entré en el servicio secreto, pero aún así estaba contento, mis continuos ascensos me permitirían adentrarme más adentro en el Centro Documental para la Seguridad Nacional, el C.D.S.N y poder escarbar en los ficheros secretos del Tercer Imperio y saber de una vez por todas que ocurría con el

Ruboergo, si era verdad que existía el motor que funcionaba con agua, si lo del Reactor de Bering era un bulo, si se siguió avanzando con los ordenadores neuronales, si aquellas sanguijuelas aún son capaces de adquirir inteligencia y si Rosa estaba viva y dónde. La erótica del poder es así, cuanto más ascendía más narcotizado me sentía. Tenía miedo de perder las perspectivas que me llevaron hasta aquí, de no ser yo, de no conocerme cuando estuviera delante del espejo. Ojalá eso no ocurriera nunca.

20

Me dieron un despacho en el edificio del palacio presidencial, uno grande y moderno. Una secretaria guapísima, de enormes pechos y de labios carnosos y besucones. Una placa de color amarillo con el águila imperial bordada en hilo de oro y con las letras **TENIENTE** resaltando en tinta negra. Era oficial de la Agencia, ¿qué más podía desear? Creí que me habían retirado de la circulación, como se suele decir cuando uno deja la calle y se sumerge en el mundillo de los despachos, algo que no me gustaba. Yo era un soldado, un guerrero, y me encantaba el contacto con la gente de la calle, con el pueblo. Tenía buenos recuerdos de mis misiones al aire libre; aunque también tenía recuerdos malos, pero ¡qué caray!, la vida es así, no la he inventado yo, como decía la famosa canción. Las cosas hay que tomarlas como vienen, y a mí me venían muy bien. Sin apenas haber abierto un libro, sin ni siquiera estudiar, me encontraba en la cima del mundo, Teniente de la Agencia,

una de las organizaciones secretas más enigmáticas y poderosas que había. Las leyendas hablaban de que gracias a ella se habían derrocado gobiernos, se había cambiado el rumbo de guerras, se habían destituido mandatarios elegidos democráticamente. Se hablaba de que justo después de terminar la guerra, en lugares secretos, se guardaban reliquias tales como el Santo Grial, el Arca del Alianza, trozos de naves espaciales. Se rumoreaba que los terribles y temibles servicios secretos de todos los países eran los que controlaban el destino de la humanidad, instrumentos del futuro. La injerencia en los asuntos del mundo era clara, la Agencia gestionaba una paz estable y duradera, gracias a sus cientos, que digo, miles de espías repartidos por todo el mundo, salidos de las academias del ejército y de la policía y que fueron captados para ser agentes al servicio del pueblo, del Gobierno, del Estado. Estaba sentado en la cima del mundo, en un despacho que otros solamente podían soñar, mirando planos de todas las naciones de la tierra y dando órdenes que se ejecutaban sin rechistar. Teniente, me dije a mí mismo, cambiando la frase que utilizaba antes para darme ánimos: soldado, ahora irrisoria, ahora ridícula.

El despacho estaba situado en el edificio de la Gobernación. Constaba de quince plantas y en todas hay oficinas llenas de funcionarios que poblaban los pasillos y transitaban por ellos, con mayor o menor velocidad. De vez en cuando surgían gritos de alguna sala y las secretarias y secretarios corrían como alma que lleva el diablo; algún jefe se había enfadado. Como Teniente de la Agencia tenía

el cometido de gestionar todo lo relacionado a la defensa nacional, a la unidad de todos los territorios y a la relación con los países afines a nuestra dictadura, como Italia y Alemania, sin olvidar, claro estaba, las relaciones internacionales con los otros cuatro Imperios: el Capitalista, el Latinoamericano, el Amarillo y el Árabe. Nuestro país constaba de treinta provincias, algunas de ellas secesionistas, anexionadas a lo largo de todos los gobiernos, ya fueran republicanos, monárquicos o dictatoriales. En la época de la Monarquía, las anexionaciones se producían a través de bodas, era lo más característico de la corona. La Monarquía que condujo el destino de nuestra nación durante muchos años, creó un sinfín de enlaces matrimoniales entre los siete hijos del Rey, más los primos, más los nietos, que consiguió anexionar a la nación ocho nuevas provincias, las que bordean el mar *Mediterráneo*. La República hizo lo mismo, pero a base de compromisos con comarcas pobres y desoladas, que veían la anexión al Estado, más como una ventaja que como una privación de sus derechos autónomos. La Dictadura fue más severa, como cabía esperar de ella, integró la mayoría de nuevos territorios utilizando la fuerza militar y la amenaza continúa, haciendo que en todos los territorios ocupados surgieran un sinfín de grupos independentistas, ahora llamados terroristas que buscaban la escisión del fuerte Estado central a base de atentados de mayor o menor calado. Estos golpes a la fortaleza del Gobierno, hacían que la población civil, temerosa de las agresiones separatistas, pidiera al gobierno el fin de esas masacres. Lejos de conseguir su fin, lo único que obtenían era el recrudecimiento del Gobierno de la nación y la aplicación de toda la

fuerza policial y militar sobre zonas del Estado agrícolas, ya que toda la industria se concentraba en las grandes capitales, que por tradición se localizaban en el centro de la nación. Mi nuevo rango me daba acceso a niveles nunca antes imaginados, como poder consultar todos los documentos del C.D.S.N. el Centro Documental para la Seguridad del Estado. En mi última misión no llegué a informarme del todo sobre el dossier que hacía referencia al *Ruboergo*, ni a su posible tratamiento, por estar en una zona no permitida con mi placa de Sargento. Ahora, siendo Teniente, podría volver allí e informarme de todos los descubrimientos que se habían hecho con la planta Cleo y los experimentos llevados a cabo con la saponina de su flor. Había llegado la hora de consultar el expediente 1568/35.

19

Una mañana de marzo, me dirigí al C.D.S.N. dispuesto a encontrar lo que buscaba. La lectura a medias del documento sobre el virus me había dejado intrigado, sobre todo porque yo era una persona muy informada: leía la prensa cada día, miraba la televisión y las noticias, y nunca había escuchado nada relacionado con la cura del virus Ruboergo, es más, todas las noticias al respecto eran desoladoras.

El Centro Documental para la Seguridad Nacional estaba ubicado en un edificio del Departamento de Defensa, en el complejo de Gobernación, pese a las críticas de los Servicios Secretos, que abogaban

por una bifurcación de la información y una separación de todas las bases de datos en solamente dos grupos: por un lado los informes relativos a la seguridad interior y por otro los relativos a la seguridad exterior. Así, de esta forma, los militares consultarían y nutrirían toda la información referente a la Seguridad Internacional, y los Servicios Secretos y la Agencia, lo concerniente a la Seguridad Interior; independientemente de que estas informaciones se pudieran intercambiar, claro está. Bueno, el caso es que el C.D.S.N. se encontraba en el edificio del Departamento de Defensa, custodiado por militares, pero con personal civil a cargo del mantenimiento del mismo.

En esa fría mañana de marzo entré por la puerta y me atendió, como no, la vieja chocha de gafas de culo de botella, pestañas exageradamente recortadas, dientes desordenados y negros a causa del exceso de tabaco. Me reconoció al instante, ya que no creo que viniera mucho gente extraña a consultar los ficheros. Todos los datos estaban en legajos, perfectamente ordenados, el Ministerio de Gobernación no quería que se informatizaran, decían que peligraría la seguridad y sería más fácil que pudieran robar la información contenida en soportes informáticos cualquier Gobierno de los otros Imperios. Además, desde la no proliferación de ordenadores neuronales que la informática había quedado relegada a un uso más bien casero.

-¿Qué desea Sargento? -me preguntó la funcionaria Juana sin apenas levantar la mirada de un libro que estaba leyendo.

-¡Perdón! -la corregí- Teniente -le dije con voz seca, fuerte, para que sé diera cuenta de que estaba delante de un oficial de la Agencia.

Pero la vieja no se dio por aludida y parecía no sentirse intimidada. Normal, los funcionarios del Centro Documental gozan de inmunidad plena, esto es así para evitar que cualquier mando militar o de cualquier servicio secreto, pudiera acceder a ficheros de los cuales no tuviera autorización suficiente.

-Y bien Teniente ¿en qué puedo ayudarle?

-Quiero consultar unos ficheros relacionados con la investigación vírica, armas bacteriológicas -indiqué sabiendo de sobras donde se encontraba lo que buscaba, pero era mejor seguir el conducto reglamentario.

-Puede mostrarme su placa Teniente -me sugirió la mujer.

Los controles se habían recrudecido desde hacía unos meses. El peligro de atentados terroristas, la injerencia de países extranjeros, los separatistas y la debilidad del Gobierno, hacían que se reforzara la seguridad en todos los Organismos del Estado, y, por supuesto, en los soportes documentales. Yo no era una persona excesivamente desconfiada, pero el que después de haber pasado un filtro de seguridad a la entrada del edificio, se me volviera a solicitar mi placa, me hacía sentirme como un sospechoso, como si la Agencia no se fiara de mí, ¡que tontería! recapacité, si de verdad dudaran de mi lealtad al Gobierno no me habrían ascendido a Teniente ¿no?

La mujer cogió la placa y anotó el número: 77192. Miró la foto y comprobó que coincidía con la persona que tenía delante: yo. Aún así, la pasó por debajo del escáner y verificó que mi carné profesional tenía las marcas de seguridad, las llamadas marcas de agua. Todo correcto. A pesar de su aspecto cascarrabias y desabrido, la señora Juana tenía pinta de ser buena persona.

-El siguiente pasillo -indicó señalando a mi espalda- cuando termine deje los legajos tal y como estaban, si no se acuerda solicite la ayuda de una secretaria -recomendó-. ¿Tiene usted carné de conducir? -preguntó.

-¿Perdón? -repliqué sin saber si no había entendido la pregunta.

-Digo Teniente... ¿qué si tiene usted carné de conducir?

-Si -dije al mismo tiempo que asentí con la cabeza- ¿por qué?

-Porque en este departamento la circulación está regulada con señales de tráfico ¿entiende? y hay zonas donde está prohibido pasar, las distinguirá porque son rojas con un rectángulo blanco en medio.

Había captado la ironía plenamente. La señora Juana sabía de sobras que la última vez había circulado por pasillos que no debía y en vez de decírmelo abiertamente me puso un ejemplo bastante claro.

-Entiendo -repliqué captando la indirecta-, pero aún no teniendo carné se entienden perfectamente las señales ¿verdad?

-Así es -respondió la funcionaria Juana-, yo no tengo carné de conducir, ni he llevado nunca un coche y me moriré sin hacerlo, pero conozco perfectamente las señales de prohibido el paso. Tenga cuidado Teniente -me advirtió en una frase llena de compasión.

¿Por qué habrá dicho eso? Cogí mi placa dorada. La guardé en el bolsillo de la chaqueta y me dirigí hacia donde leí los informes del Ruboergo. No lo hice directamente, antes dí un rodeo para que no se notara demasiado que sabía donde iba, que sabía donde estaban. Aproveché el tiempo y ojeé los largos pasillos llenos de expedientes. Una chica de buenas formas, alta, delgada e increíblemente guapa, se encargaba de colocar unos documentos en las estanterías. Aunque el Centro Documental era gestionado por civiles, el hecho de que estuviera enclavado dentro de una zona militar, hacía que fueran ellos los encargados de contratar al personal que trabajaba aquí, es por eso que las chicas que pululaban por los pasillos parecían modelos de pasarela, para que los jefes militares se recrearan la vista cuando venían a consultar algún expediente o para dar un toque de belleza en este lugar tan tétrico. Los militares no buscaban a las trabajadoras de estos departamentos por sus dotes a la hora de colocar informes, eso era lo de menos, las contrataban por otras dotes, especialmente por las físicas. Me imaginé a los coroneles y generales, circulando por estos largos pasillos, sin buscar nada en concreto, sólo por ver a estas espléndidas muchachas y de vez en cuando poder pellizcar algún culo. Asquerosos, eso es lo que eran.

Cuando estuve seguro de que la vieja no me miraba; aunque presentí que sabía lo que había venido a buscar, y que no había ninguna chica cerca de donde se encontraba el informe del Ruboergo, me acerqué a la estantería y saqué el expediente que dejé a medias. Busqué la hoja del tratamiento, la última que leí, pero en vez de eso me encontré el expediente 1568/35. No podía ser. Algo fallaba. Miré el número de la estantería y vi que no se correspondía, era la barra 52. Alguien colocó ese informe aquí por error. No era momento de preguntas, era momento de respuestas.

Leí...

TRATAMIENTO: El virus del Ruboergo, como todos los virus llamados calientes, no tienen cura y ningún tratamiento específico. El tratamiento utilizado el día de hoy es mantener la vida de la persona mediante métodos de resucitación y paliar el sufrimiento en la medida de lo posible. En cuanto a una vacuna, se están realizando investigaciones pero estas se complican porque aún no se conocen todas las proteínas del virus, aunque la planta Cleo contiene una variedad de saponina en sus hojas, que debidamente tratada y filtrada se ha probado en pacientes en los que aún no se ha iniciado la hemorragia interna y la descomposición de sus órganos, frenando, eliminando y acabando con todo rastro del virus en los organismos donde se ha probado.

Lo siguiente era la fórmula y el tratamiento para extraer la saponina de la flor de la planta Cleo, algo que me dejó perplejo y lleno de dudas acerca de que eso fuese cierto y no se tratara de una broma de los muchachos del servicio secreto, ya que me parecía del todo imposible que estuviera delante de la receta para terminar con la mayor plaga de nuestro siglo. Preguntas, tengo que hacerme preguntas para llegar hasta las respuestas, componer el rompecabezas, como me enseñaron los militares en la época que estudiaba para ser Agente Secreto: primero, ¿quién ha dejado esto aquí? Estaba claro que ese informe tan detallado sobre el virus Ruboergo y la forma de curarlo, lo había tenido que dejar alguien, y quien lo hizo no sabía la dimensión de eso, o no lo había leído o porque pensaba que nadie lo iba a consultar. Ya tenía mi primera pregunta para empezar a indagar ¿quién ha hecho el informe? Seguramente no sería la misma persona que lo archivó... ¿o sí?

Le pregunté a una de las bellezas que transitaba por el pasillo si había un registro de fechas a la hora de encarpetar los dossieres, una especie de índice. La chica de ojos enormes y sonrisa espléndida, me dijo que sí, que cada vez que introducían un informe en un legajo debían anotar la hora, la fecha y el número de la secretaria encargada de hacerlo y que esa ficha se almacenaba en la planta de abajo, un lugar donde solamente podían acceder el personal autorizado para ello, generalmente los de presidencia, es decir, los mandatarios políticos. Ya había oído hablar de esa planta, de la zona donde se guardaban los

secretos de estado y que sólo podían acceder los Jefes del Gobierno, ni los jueces estaban autorizados a ello. Un lugar mítico y desconocido, que el vulgo popular había ayudado a convertirlo en leyenda. Allí dicen que había los secretos de los nazis, todos los experimentos que hicieron en los campos de concentración, con las bombas atómicas, con el reactor de Bering. Todas las reliquias que encontraron en los viajes que hicieron a los países de oriente: el Arca de la Alianza, el Santo Grial, el caño de la fuente de la vida eterna, los restos de la Veracruz. Se decía que todo estaba organizado por un potente ordenador neuronal al que se alimentaba con moluscos sin caparazón triturados. Se hablaba de que las sanguijuelas habían desarrollado tal inteligencia que ya eran capaces de almacenar hechos que incluso aún no habían ocurrido, que visionaban el futuro. Aunque todo eso eran leyendas, atisbaba el gusanillo de poder entrar algún día a ese archivo secreto y comprobar *in situ* todas esas cosas que se decían.

Abandoné el Centro Documental para la Seguridad del Estado y me dirigí a mi oficina en la sede de la Presidencia. Antes de marcharme, la funcionaria Juana me entregó un recibo de mi visita, siempre lo hacían, aunque lo normal era que acabaran en la papelera que había justo a la salida. En ese recibo figuraba la fecha de acceso al centro, la hora de inicio y la de finalización. Era algo así como un justificante. Antes de arrojarlo a la papelera observé unos números escritos a bolígrafo: 1492. No pregunté que eran, ni les presté atención, pero supuse que sería alguna anotación que habría hecho la funcionaria. En

la época de la Academia nos decían que la mejor manera de memorizar un número era asociándolo a una fecha. Así por ejemplo, un número de teléfono de seis cifras, podía ser el año completo de un acontecimiento, más el mes. No sé por qué pero el número que apuntaba la funcionaria en el papel: 1492 lo asocié enseguida al descubrimiento de América, por lo que no creí que lo olvidara nunca. Lo lancé a la papelera. Me olvidé del informe del Ruboergo y pensé que seguramente fue hecho por algún estudiante de la Universidad de Ciencias o algún inmunólogo que estuviera probando nuevas fórmulas para curar enfermedades y que seguramente no funcionaria, y por eso fue almacenado en el Centro Documental, para desechar esa vía de investigación, la de la planta Cleo. Todo ese asunto pasará a la historia como las fábulas sobre los coches que funcionan sin gasolina o los hallazgos de la ciudad de Nubia. Pienso que el hecho de que la referencia 1568/35 estuviera a continuación del expediente inicial, es motivo suficiente para no dar mayor importancia a ese documento.

Todo el tema del virus y su posible cura, unido a las misiones que había tenido anteriormente, casi sin descanso, me habían abierto el gusanillo de las vacaciones. Hacía mucho que no disfrutaba de unos buenos días de asueto en buena compañía o solo, que caray, tampoco hace falta ir con nadie para pasárselo bien. Desde que había ingresado en la Agencia, hace ya casi cuatro años hasta hoy, todavía no me había tomado unas buenas vacaciones. El General César Atros, máximo responsable de la Agencia, siempre insistía en que debía marcharme

unos días fuera, a los territorios del Tercer Imperio, donde el idioma alemán era obligado saberlo hablar, o incluso al llamado Imperio Latino, donde se podía disfrutar de buen tiempo y buenas gentes. La sola idea de tener que ir solo no me gustaba nada, pero César me había dicho que en caso de ir al Imperio Latino, seguramente encontraría buena compañía por aquellos lugares, mujeres guapas y sensuales dispuestas a todo. La parte del planeta desaconsejada para viajar era África, como mucho a los territorios del Norte, los comprendidos entre Marruecos, Argelia o Libia. Y la zona de los Reinos Árabes, aunque atractiva, el ser agente de la Agencia coartaba el mero hecho de pensar en ellos. No quería especular que harían si me descubrieran paseando de turista por algunos de esos Reinos, aunque no estábamos en guerra con ellos, se decían cosas horribles acerca de lo que hacían a los extranjeros que eran miembros de los Servicios Secretos y eran acusados de espionaje, mejor no pensar.

Decidí ofrecerle a mi secretaria María Cascos, una mujer bella y llena de encanto, que me acompañara en mis vacaciones por España. Había decidido visitar Gratal, la montaña enigmática donde se hicieron las pruebas atómicas y donde crecía la planta Cleo. A María le ilusionaba el hecho de poder viajar y estar en un lugar que ya había visitado cuando era una estudiante de empresariales y volver a ver algo que estaba vedado a la mayoría de los habitantes del mundo. Gratal era considerado patrimonio de la humanidad, ya que allí crecía la planta Cleo, única en el mundo y que a pesar de intentar reproducirla en otros

lugares de clima similar o incluso trasplantarla, había sido del todo imposible, solamente vivía en las montañas de Huesca y los científicos no habían conseguido averiguar el motivo ni conseguir explicación lógica para ello. Ilusionado por poder viajar junto a María hasta la montaña de Gratal, preparé el viaje con todo lujo de detalles. Transporte en autobús hasta Arguis, subida al valle en todoterreno y paseo por el prado de las plantas Cleo a pie, algo que solamente podían hacer los elegidos, es decir, los miembros del Gobierno o los estrictamente autorizados para ello.

18

Todo fue según lo planeado. Llegamos al prado el uno de abril. No era como me lo imaginaba, era impresionante, sobrecogedor. Las flores de la planta Cleo estaban abiertas, sus colores lilas y amarillos llenaban todo el valle formando una cortina interminable, que solamente acababa en la base del pico de Gratal. El bullicio de las abejas sobrevolando las flores, conformaban una melodía de aleteo incesante y su visión asemejaba el vaho que surgía de entre los acantilados en las frías mañanas de invierno. María se quedaba boquiabierta con la imagen y no podía más que soltar un ¡Guau! que resonó en todos los rincones del prado.

Un policía impecablemente vestido, luciendo un uniforme azul perfectamente planchado, se acercó hasta nosotros, levantando la mano para saludar al conductor del todoterreno, que seguramente conocía.

-¡Buenos días señores! -saludó mientras su mano apuntalaba el botón derecho de la gorra en el gesto típico militar.

-Buenos días Cabo -respondí al distinguir su rango en los galones plateados e inmejorablemente relucientes.

-¿Es la primera vez? -preguntó.

María y yo asentimos con la cabeza y me dispuse a sacar el permiso de viaje, un carné plastificado donde figuraban el nombre de mi acompañante y el mío, más un número.

-Entonces les explicaré un poco de que va esto -aseveró el policía-, el Valle de Gratal tiene este aspecto debido a unas pruebas atómicas que se hicieron a finales de los años sesenta. No sabemos por qué, pero esas explosiones hicieron crecer la planta Cleo, única en el mundo e irrepetible. Como pueden ver -señaló- el semblante que ofrecen los colores de las flores son exclusivos y sublimes. El recorrido hasta la base del pico, la tienen que hacer a pie, sin salirse del camino en ningún momento. Ya sabrán, supongo, que está penado por la Ley el pisar las plantas o incluso el llevarse una sola flor. Antes de marcharse serán cacheados -advirtió el policía.

Iniciamos la andadura por un pequeño camino de *Cleos*. Podíamos andar los dos, uno al lado del otro, pero con cuidado de no

pisar las plantas. María me dio la mano. Me gustó. La vigilancia era excesiva para tratarse de un simple jardín botánico ¿o acaso había algo más? Al final del sendero de flores se podía ver un observatorio astronómico, era la torre de Gratal, ya no me acordaba de ella. Fue construida en el año cuarenta y seis, justo después de la guerra e intentaba ser un observatorio de ataques aéreos, ya que durante el conflicto, en Gratal se refugiaban la mayoría de mandos militares del *Reich*. La torre estaba dotada de unos avanzados sistemas electrónicos, muy modernos para la época, que avisaban del acercamiento de aviones a la zona prohibida. De todas formas algo extraño y misterioso debió ocurrir aquí, ya que para ser una zona abandonada y lejos de toda civilización, era curioso el protagonismo que siempre había tenido: primero como refugio de mandos nazis, luego como lugar de experimentación nuclear y ahora como peregrinaje para ver unas plantas que solamente crecen aquí.

Estuve tentado de explicarle a María todo lo que me preocupaba, debí madurar con la edad y la verdad es que me encontraba muy a gusto con ella. Nos sentamos en la base de la cima de Gratal, justo donde se iniciaba el camino para llegar al observatorio, un policía nos indicó que no podíamos seguir por allí, que estaba prohibido.

-¡Juan! -gritó de repente- ¿te acuerdas de mí?

-¡Vaya! ¡Elías! -exclamé al reconocer a un compañero de la Escuela de Policía.

Elías y yo habíamos sido muy buenos amigos durante el corto período académico en la Escuela General de Policía, habíamos compartido habitación y coincidíamos a la hora de comer.

-¿Qué es de tu vida? -le pregunté sin salir del asombro.

-Terminé la Academia, me casé, tengo dos hijos y estoy aquí haciendo de vigilante de seguridad ¿qué te parece? tanto estudiar para terminar como un vulgar portero de finca. ¿Y tú? -preguntó mirando a María.

-Pues... bueno, perdona, te presento a María, una... amiga.

No supe que decir, no supe por donde empezar, no quería decirle a Elías que era un agente de la Agencia, que María era una secretaria que me acompañaba durante unas merecidas vacaciones y que lamentaba que él solamente fuese un vigilante de seguridad de un paraje floreado. Pero mi orgullo y pedantería pudieron más y no pude evitar alardear de lo que era.

-Trabajo para la Agencia -afirmé mientras señalaba hacia mi secretaria-, te presento a María, mi secretaria, me acompaña estos días en una misión secreta que tenemos encomendada.

María no salía del asombro y me miraba con cara de incredulidad, seguramente no entendió por que mentía de esa manera a mi viejo amigo Elías, pero aún así asintió con la cabeza y me siguió el juego.

-¿Tiene que ver con la Torre? -preguntó mi amigo señalando hacia la cima de la montaña donde estaba el observatorio.

-Así es -corroboré.

Viendo que no podía retroceder ahora, saqué de mi bolsillo la placa dorada de Teniente de la Agencia y se la mostré para que Elías viera que era verdad todo lo que le decía.

-Ya me parecía -afirmó-, se me había hecho raro verte aquí. Sabía que eras algo, pero no sabía el qué. Cuando dejaste la Escuela General de Policía se especuló que te habían captado los militares, tu siempre tuviste madera de agente secreto. ¿Estás aquí por el Ruboergo, verdad?

Por si no estaba lo suficientemente preocupado por el tema del virus y su posible cura, la pregunta de Elías acababa de liarme aún más ¿Cómo sabía él lo de la relación entre el Ruboergo y la flor Cleo? ¿cómo un simple vigilante sabía más que yo mismo de algo que hace unos días ignoraba completamente? Una serie de preguntas se agolparon en mi cabeza y me acordé de las enseñanzas en la Agencia donde nos decían que en la calle hay más información que en todos los soportes documentales del mundo. En una de las clases nos dijeron que los vigilantes de seguridad triplicaban a todos los policías, militares, agentes y espías, si a eso le añadíamos que ellos estaban ahí, en la calle, en contacto con la gente, tendríamos la certeza de que poseían información más abundante que nosotros, el único problema -objetaba el profesor-, es que ellos no saben tratar esa información, la tienen en

bruto, sin pulir. El trabajo de los Servicios Secretos era precisamente ese, cepillar y abrillantar esos datos. Bueno, tenía dos alternativas: la primera, fingir que no sabía de que me estaba hablando mi antiguo compañero Elías. La segunda, más recomendable, interesarme por todo lo que él supiera acerca del Ruboergo y la posible relación que pudiera tener Gratal con su cura. El tiempo transcurrido en la Agencia me había hecho ser desconfiado y receloso, por un momento pasó por mi cabeza la posibilidad de que el encuentro con Elías fuese una trampa de los militares para pillarme infraganti, conspirando. Deseché de inmediato esa opción, entre otras cosas porque yo no estaba haciendo nada malo, sólo pasaba unos días de vacaciones en compañía de mi bella secretaria en un lugar paradisiaco ¿qué hay de malo en eso?

-¿Qué sabes del Ruboergo Elías? -le pregunté yendo directamente al grano.

Por lo que yo conocía de mi amigo Elías Almagro, sabía que era sincero, pero hacía más de tres años que había perdido el contacto con él, y una persona puede cambiar mucho en ese tiempo. Un ejemplo soy yo mismo, aunque me cueste reconocerlo.

-Pues sé lo que sabe todo el mundo, que es un virus, que no tiene cura y que está matando a toda la población de África -contestó Elías casi sin meditar, lo que me hizo sospechar que ya tenía preparada su respuesta.

-¿Y qué relación tiene la flor de Cleo con la extinción del virus? - pregunté sabiendo que no iba a responder.

-¿Es de confianza María? -consultó mirando a la bella secretaria.

María Cascos era una persona leal, eso pensé, pero la verdad es que hacía pocas preguntas acerca de nuestro viaje a Gratal y de mi interés por la flor de Cleo. No dudé de que fuese una agente del gobierno, de la misma agencia para la que servía Rosa, la dulce. Debía tener cuidado.

-María tiene toda mi confianza -afirmé mientras le cogí la mano en señal de afecto.

-Mira Juan -reflexionó Elías-, yo sólo sé lo que se oye por aquí, lo que comentan los demás vigilantes ¿ves aquel de allí? -dijo señalando a un viejo barrigón que vigilaba una de las vallas que cercaban un campo de Cleos pequeñas, recién nacidas.

Asentí con la cabeza sin dejar de observar el rostro de María buscando algún atisbo que me permitiera averiguar si estaba conmigo, contra mí o simplemente era una eficiente y cautelosa secretaria.

-Pues aquel hombre se llama Trinidad -dijo Elías-, es el que más tiempo lleva trabajando aquí, ni siquiera sé si ese es su verdadero nombre, pero todos los demás vigilantes le llamamos así. Trinidad -afirmó Elías-, me contó que en la torre se hacían experimentos con la flor de Cleo. Venían de noche, cuando los visitantes habían abandonado el paraje ¿Ves aquellas plantas de allí? -indicó señalando a una zona

más alta, donde las flores estaban completamente abiertas-, pues según Trinidad las recogían por la noche. Las había contado y cada mañana faltaban unas cuantas, solamente podían ser los científicos los que las arrancaban para experimentar con ellas. Una noche vino un helicóptero de las fuerzas especiales. Aterrizó en medio del campo y bajaron tres africanos: dos hombres y una mujer. Los tres estaban infectados del Ruboergo. Los subieron a la torre, y según Trinidad, a los dos días salieron andando, escoltados por agentes de las fuerzas especiales. Los pudo reconocer sin ningún tipo de duda, eran los tres africanos que habían venido hacía dos días.

-¡Vaya! -exclamé-, parece una historia fantástica, pero es posible que el viejo Trinidad se hubiera confundido y que los tres africanos que vio salir no fueran los mismos que vio entrar -discrepé ante la fantástica narración de Elías.

-Yo también pensé lo mismo cuando me la contó -aseveró, pero hace meses que lo observo y te puedo garantizar que Trinidad tiene memoria fotográfica, se acuerda de una cara nada más verla y no la olvida nunca. Además recuerda con todo lujo de detalles las fechas exactas de cuando vio a esa persona.

De repente me acordé de que María me dijo antes de salir que era la segunda vez que visitaba la montaña de Gratal, que vino cuando sólo era una estudiante de empresariales.

-¿Siempre está Trinidad aquí? -pregunté a Elías para cerciorarme de que podía realizar la prueba de la memoria del viejo Trinidad.

-Sí -afirmó-, siempre, además vive en aquella pequeña casa de madera -señaló-, Trinidad sale de su casita a las ocho, cuando abre el parque y se retira a las siete de la tarde, cuando cierra. Los demás dicen que nunca ha faltado, nunca ha estado enfermo y siempre se fija en los visitantes que vienen a ver el parque.

Que curioso, pensé, pero si reconoce a María y sabe el día que vino, será la señal definitiva de que el viejo Trinidad realmente vio entrar a tres africanos con el Ruboergo y los vio salir dos días después completamente curados.

-María -le pregunto antes de acercarnos al viejo- ¿te acuerdas cuando fue la última vez que estuviste aquí, en Gratal?

María me miró con cara de incredulidad, creí que pensaría igual que yo, que el viejo no sería capaz de recordar si ella estuvo aquí y en que fecha.

-Pues fue en el año 1990, el seis de junio -respondió tras dudar un instante.

-¿Cómo sabes la fecha exacta? -pregunté confuso por la respuesta tan concreta de mi secretaria.

-Porque fue el día de mi cumpleaños: diecisiete -respondió-. El viaje a Gratal fue un regalo de mi padre, por eso me acuerdo.

Trinidad, un hombre de unos setenta años, permanecía sentado en un viejo tronco. En sus labios sostenía una rama de un árbol y no paraba de darle vueltas en la boca mientras la mordisqueaba. Las arrugas de su rostro no se correspondían con su aspecto físico, tenía las piernas dobladas en posición budista y no dejaba de mirar a todos los visitantes que entraban por la puerta principal del parque. Si le tapara la cabeza, pensaría que estaba delante de una persona de mi edad, de un muchacho de treinta años. Su físico era espléndido y se vislumbraba una juventud vigorosa y pese a la edad aún ostentaba unos brazos fuertes y nervudos y sus ojos tenían el brillo de la juventud.

-¡Trinidad! -le llamó Elías.

El viejo levantó la cabeza enérgicamente, aunque sus ojos seguían mirando a los caminantes que circulaban por el sendero que unía la entrada y el jardín de Cleos.

-Buenas tardes -saludamos María y yo al mismo tiempo.

-Buenas tardes -respondió el viejo mientras se sacaba la rama de la boca y mostraba unos dientes carcomidos, llenos de sarro y los labios granates como si hubiera estado toda su vida fumando puros.

-Trinidad -dijo Elías-, Juan es un viejo amigo de la Academia de Policía. Le he contado tu habilidad para memorizar caras y el caso de aquellos tres africanos que se curaron del Ruboergo, espero no te

importe, Juan es de confianza. ¿Recuerdas si alguno de los dos? - preguntó- ¿Juan o María?

Antes de que Elías pudiera acabar de formular su cuestión, el viejo Trinidad respondió:

-La chica estuvo aquí hace diez años, el seis de junio de 1990.

Los tres nos quedamos callados, pensativos. Elías, supuse, estaría contento de demostrar que había dicho la verdad, que el viejo Trinidad era un portento de la memoria. María, al igual que yo, no entendía el por qué una persona con ese Don estaba aquí, en Gratal, en el parque de las plantas Cleos, únicas en el mundo. Y el viejo Trinidad, volvió a introducir la rama en la boca y la siguió mordisqueando como si tal cosa.

Reflexioné sobre la cantidad de personas que estaban en lugares que no les correspondían. Recordé aquel policía de la Escuela General que vigilaba la garita de la entrada y controlaba el tránsito de personas. Aquel agente era un portento de la naturaleza, un genio, tenía la facultad de memorizar los números de todos los alumnos del centro. Cada vez que entraba un estudiante le enseñaba su carné y aquel policía repetía en voz alta el número correspondiente, el número estaba en el reverso y no había forma humana de verlo. Un día hablamos con él y nos contó su secreto, nos dijo que era innato, que le pasaba desde que tenía conocimiento y que no sabía a qué era debido. Yo no comprendí como una persona con esa capacidad sobrenatural era capaz

de estar de portero en un centro de la policía, en lugar de estar trabajando en un grupo de investigación. La vida es así, me dijo, hay quien nace con estrella y hay quien nace estrellado. Una sonora carcajada inundó la garita donde estábamos. Cuanta razón tenía. Yo me acuerdo de La Fuga de Logan y del pasaje del viejo Ballard, al que Trinidad me lo recordó enormemente.

*Ballard se volvió. No era más que una
escueta figura alta y solitaria,
mezclándose a las sombras de la noche
conforme se alejaba sobre la fría tierra.*

17

Terminaron las vacaciones y regresamos a la rutina diaria. Yo a mi flamante despacho del Ministerio de la Presidencia, y María Cascos volvió con el reconfortante recuerdo de haber visitado por segunda vez el parque de Gratal, algo de lo que muy poca gente podía presumir.

Las tareas de un altivo teniente de la Agencia estaban bien delimitadas y el espionaje era algo importante para la subsistencia de una nación. Muchos eran los enemigos de la patria y muchos los frentes con los que había que luchar, pero mis convicciones se tambaleaban igual que lo hacía un junco azuzado por el viento, y aunque no se llegaban a resquebrajar, si es cierto que se balanceaban

de un lado para otro y me hacían estar disconforme conmigo mismo. No estaba orgulloso de mi labor realizada hasta ahora, ni de la muerte de aquellos chavales del bar Oasis, ni de los homosexuales del bar Valella, ni de Brom y su hija Irene. Todas aquellas enseñanzas de la Agencia se rebatían en mi cerebro y me provocaban una insatisfacción que me corroía las entrañas de una forma que nunca había sentido hasta ahora. Estaba convencido de que aquellos estudiantes que soñaban con asesinar al Ministro del Interior eran patriotas, que luchaban por su pueblo y que Rosa, la dulce, era la mujer de mi vida, mi mitad espiritual, la chica con la que hubiera compartido gustoso el resto de mis días. Recapacitaba sobre Mohamed y Andrés, aquellos enamorados de la vida que frecuentaban el bar Valella, y en los arrumacos que se hacían demostrando su cariño, afecto verdadero, algo de lo que yo carezco. Pero para amor, si es que soy capaz de definir el amor, el que profesaba Brom por su hija Irene, no podía evitar que una lágrima me resbalara cuando pensaba en ellos. ¡Soldado! -me grité a mí mismo al darme cuenta de que me estaba volviendo melancólico.

Salí de mi decaimiento y me centré en el trabajo, el mejor escape que existe. Para tocar con los pies en el suelo es idóneo un pasaje de La fuga de Logan, mi favorito, cuando Logan escapa y su mejor amigo tiene que cazarlo. El deber es antes que la amistad, eso lo tenía bien claro el cazador:

Lleno de violencia contenida, el operador permanece en su asiento delante del tablero. No ha comido. No ha dormido. Los técnicos lo evitan. Ninguno le dirige la palabra. Su mirada se posa fulgurante en el cuadro. Algo ha brillado en él. Los registros acusan la presencia de un fugitivo. Está en Dakota del Sur, en las Montañas Negras. Se siente electrizado. La caza se reanuda.

Mi eficiente y guapa secretaria, María Cascos, me miraba percibiendo mi lucha interna. Eso creía yo, porque en la Agencia nos decían que aunque tenemos la tendencia a pensar que los demás saben lo que pasa por nuestra mente, eso es mentira, realmente nadie puede saber lo que estoy pensando, a no ser que yo se lo diga. No tengo ninguna misión en marcha, pero hay algo que me ronda la cabeza, algo que no me deja descansar y que tengo que rehusar continuar con eso si quiero seguir mi fulgurante carrera dentro de los Servicios Secretos de mi país: el *Ruboergo*. Los habitantes de África morían a una velocidad alarmante, de seguir así, en unos diez años desaparecerían todos los pobladores del continente negro. Una pregunta me martilleaba la cabeza ¿se puede curar el temible virus?. Porque de ser así, el Gobierno de mi país no estaba obrando bien, significaba que, siguiendo las consignas nazis, de tener la vacuna en nuestro poder, podíamos esperar unos años a que desaparecieran todos los habitantes de África y luego vender la vacuna a los demás Imperios. Era terrible solamente pensarlo.

Pero no era descabellado. ¿Y si el antídoto sólo se repartiera entre los compatriotas del Tercer Imperio? Un escalofrío recorrió mi espinazo y, por primera vez en mucho tiempo, sentí miedo. Los dos grandes sueños de Hitler se cumplirían: acabar con todas las razas consideradas inferiores y ser los amos del mundo. En la Agencia nos enseñaban a formularnos preguntas y anotarlas en un papel, había que cuadrar todas las piezas de un rompecabezas, ese era el cometido de una investigación: encajar los hechos objetivos y cotejarlos con los subjetivos. Cuanto mayor igualdad había entre unos y otros, más posibilidad de acierto se tenía en los análisis resultantes. No podía vivir con ese peso encima. Necesitaba saber si los planes de mi Gobierno, del Tercer Imperio, eran esos. Mi padre siempre me decía que la mejor manera de empezar es hacerlo por el principio. Lo más importante es saber si realmente existe la vacuna contra el Ruboergo. Si fuese así, se reforzaría mi tesis sobre la intención de querer asesinar a todos los habitantes de África, ya que estaban muriendo como moscas y mi Gobierno no hacía nada para ayudarlos.

16

El cuatro de mayo del dos mil cuatro, con las pilas cargadas después de las vacaciones y haciendo lo que creía correcto, siguiendo mi instinto, intentando que la Agencia no sospechara de mí, me dirigí al Centro Documental para la Seguridad Nacional, el C.D.S.N. Quería volver a leer los informes del Ruboergo y de la relación de la planta *Cleo*

y los campos de Gratal. Debía documentarme bien y encontrar todos los dossiers que hicieran referencia al virus y a su posible cura. No me podía detener ahora.

En el C.D.S.N. me atendió una señora madura, bien vestida, con pelo corto y perfectamente teñido:

-¡Buenos días Teniente!

La mujer saludó con buenos modales, al contrario de la vieja chocha que me atendió las dos veces anteriores, pero a la que cogí afecto.

-¡Buenos días señora...! -me detuve un momento y leí el rótulo que había encima de la mesa donde figuraba su nombre- ...Encarna. ¿Ya no está la señora que había antes? -pregunté intentando ser amable e interesándome por aquella vieja maleducada y malhumorada que me atendió en las otras ocasiones.

-¡No! la señora Juana ya no trabaja aquí. La han trasladado a otro departamento -puntualizó-. ¿Qué desea?

A pesar de la antipatía que demostraba la funcionaria Juana cada vez que venía aquí, me caía bien y no me gustaba tener que repetir que era lo que venía a buscar, sobre todo teniendo en cuenta que estaba moviéndome por un terreno muy peligroso. Así que opté por mentir como hice la primera vez que vine a este sitio, como solemos hacer los agentes de la Agencia.

-Busco información sobre el país vecino, Francia -concreté-. Estoy preparando una misión sobre terrorismo internacional y necesito algunos datos.

En la Agencia nos enseñaron que cuando alguien está nervioso o inseguro, suele hablar en exceso. A mí me ocurría ahora, estaba hablando de más. Un Oficial del Servicio Secreto no necesitaba dar explicaciones innecesarias sobre las misiones que preparaba, aún así, la señora Encarna no pareció prestar atención a mis comentarios y se limitó a señalar a mi espalda.

-Allí tiene todo lo relacionado con el terrorismo internacional - indicó mientras tres pulseras de perlas blancas chasquean en su muñeca al alzar su mano derecha y señalar al pasillo que había justo detrás de mí.

Yo sabía de sobras donde estaban los informes que buscaba, pero quería parecer torpe y estúpido para que en caso de cometer algún error pudiese achacarlo a mi incompetencia. Emulaba a un detective que salía en una serie americana, uno que siempre vestía una polvorienta gabardina y se hacía el torpe. Al lado de los expedientes de terrorismo internacional se encontraban los informes del Ruboergo, quiero recabar toda la información que pudiera.

-Una señorita le acompañará hasta la estantería -ofreció Encarna sin perder su semblante serio e imperturbable en ningún momento.

-No es necesario, gracias -repliqué antes de que pulsara el interruptor que haría venir a una guapa joven para que me acompañara-. Ya me apañaré solo -afirmé.

Me encaminé al pasillo donde estaban los informes del Ruboergo, no sin antes cerciorarme de que no me seguía con la vista la funcionaria del Centro Documental. Me adentré en los soportes documentales del C.D.S.N. Todo está igual que la última vez. Llegué hasta la estantería donde estaban los legajos referentes al letal virus. Me detuve delante de ellos. Cogí uno de los dossiers de cartón donde estaban los papeles referentes a los efectos del Ruboergo y su posible tratamiento, la referencia 1568/35. Lo abrí. ¡Estaba vacío! Allí donde había unos informes detallados del virus, su descripción, sus síntomas y su posible cura, solamente había una caja vacía. Nada. No podía preguntar a Encarna sobre el paradero de esos papeles, ya que se supone no debía saber de su existencia. Me dejé llevar por mi instinto y levanté la tapa del legajo esperando tuviera un doble fondo. ¡Increíble! No me lo podía creer. Debajo de la tapa de cartón del archivador había un papel manuscrito, un papel cuadriculado de esos para tomar apuntes en las oficinas. Reconocí la letra nada más verla, era de la funcionaria Juana, la vieja chocha que trabajaba aquí. Leí:

Referencia 2698/35

Referencia 2698/35 repetí en voz baja intentando recordar algo, si es que había algo que recordar. ¿Por qué habrá puesto la anterior encargada del C.D.S.N el nombre de una referencia? Me pregunté intentando enlazar los pensamientos en mi cabeza. Me acordé de todas aquellas películas americanas sobre intrigas, confabulaciones, complots y maquinaciones, organizadas por gobiernos y encaminadas a desestabilizar a otros países y así conseguir más riqueza, más poder. La investigación sobre las piezas de este rompecabezas no podía haber empezado de peor manera. De momento, todo hacía sospechar que algo raro ocurría. Dos cosas eran evidentes: la vieja ya no estaba y el informe sobre el Ruboergo tampoco. Para no dejarme llevar por el derrotismo, decidí aposentar mis convicciones y despejar las posibles variantes. Lo primero que tenía que hacer era encontrar a Juana, y lo segundo encontrar el legajo con los informes de Ruboergo. La mejor investigación desde que estaba en la Agencia no había hecho más que comenzar. Estaba claro que la referencia la había puesto Juana de manera que no todo el mundo tuviera acceso. Pero ¿por qué suponía ella que yo la iba a encontrar? Cabe la posibilidad, claro está, de que ese papel no estuviera puesto ahí para encontrarlo yo, sino otra persona, qué locura. Todo este asunto me estaba desbordando. No sabía a quién recurrir, a quién preguntar, de quién fiarme ¿qué contiene la referencia 2695/35? lo mejor era preguntárselo directamente a Juana, decirle que he encontrado un papel con su letra y con esa referencia y que me explique que significa. Las situaciones desesperadas requieren medidas

desesperadas. Había llegado la hora de mojarse un poco, no podía vivir más con este intríngulis. No.

15

Me despedí de la funcionaria no sin antes preguntarle a donde habían trasladado a la anterior burócrata. Encarna me contestó que a un despacho de la Sede Central de Informática, un organismo dependiente del Ministerio de Gobernación, donde se gestionaban las enormes torres de I.B.M. y sus cintas perforadas que no cesaban de girar y contenían datos de todos los ciudadanos españoles y extranjeros que fueses sospechosos de atentar contra la estabilidad del Estado. De la época en que estudiaba en la Agencia, aprendí que el S.C.I. la Sede Central de Informática estaba estructurada de forma jerarquizada y se basaba en la máxima que decía que cuanto menos gente gestione la información, menos posibilidades de filtraciones había. Por lo que el personal de dicho organismo era de enorme confianza de los responsables y las normas de disciplina de las más estrictas que había dentro de la administración. Como Oficial de la Agencia, tenía autorización para realizar consultas en las bases de datos informatizadas, siempre siguiendo unos conductos reglamentarios y después de rellenar unos interminables formularios. No me podía detener ahora, así que me dirigí a la Sede Central de Informática, tenía que hablar con Juana, la vieja chocha que me atendió las dos veces que

estuve en el C.D.S.N. y preguntarle todo lo que sabía de los informes del Ruboergo. Había llegado la hora de arriesgar.

El Edificio de la Gobernación constaba de quince plantas, allí estaban enclavados los despachos del Ministerio de la Presidencia, Economía, Asuntos Exteriores, Justicia, Defensa, Interior, Fomento, Educación y Ciencia, Trabajo y Asuntos Sociales, Industria, Turismo y Comercio, Agricultura, Pesca y Alimentación, etcétera. Hace unos años hubiera sido impensable que todos los Ministerios se ubicaran en el mismo edificio, pero ahora, en estos tiempos más calmados, era un síntoma de poder que el gobierno concentrara todos sus Ministros y todos sus organismos centrales en el mismo lugar. La seguridad era extrema y se repartía de forma eficiente entre los diferentes departamentos encargados de ella. Así, por ejemplo, la Unidad Central Antiterrorista de la policía, desplegaba agentes camuflados por todo el perímetro del edificio y vigilaba todos los movimientos sospechosos. Las fuerzas aéreas disponían de dos cazas que sobrevolaban el perímetro y un helicóptero que no paraba de dar vueltas alrededor de la torre principal. Las fuerzas especiales se encargaban del control de acceso y en el vestíbulo principal había un nutrido grupo de agentes de la Agencia que examinaban a todas las personas que entraban en el interior, fueran al departamento que fueran.

14

Mi acceso al recinto no era ningún problema, ya que yo mismo tenía un despacho dentro del edificio y por lo tanto no me controlaban. A pesar de eso, el miércoles doce de mayo, dos agentes de la Agencia me exigieron que mostrara mi carné profesional. Algo no iba bien. Era la primera vez desde que ascendí a teniente que mis propios subordinados me exigían mi identificación. Debía tranquilizarme y no demostrar nerviosismo, de hacerlo, evidenciaría que ocultaba algo. Tras identificarme subí por el ascensor. De los cuatro que había, utilicé el asignado a agentes especiales. Mi despacho estaba en la planta siete, y el del S.C.I. la Sede Central de Informática, se encontraba en la once. Me bajé en la planta siete, la mía, y subí a pie hasta la once. Mientras tanto fui pensando en alguna excusa por si alguien me preguntaba.

No me encontré a nadie, todo el mundo utilizaba el ascensor para desplazarse entre las plantas y las escaleras son lugares solitarios donde únicamente se detiene algún agente a fumar. La planta once era la más solitaria de cuantas había en este monumental edificio. Pasillos vacíos, ni siquiera se observaban ceniceros. La decoración era minimalista, con ausencia total de cuadros o cualquier tipo de embellecimiento. Una cámara de seguridad gravaba a todas las personas que transitaban por el pasadizo. De las tres puertas que había en toda la planta, solamente una permanecía abierta. Me acerqué. En su interior se escuchaba el rumor de un *télex*. Un traqueteo incesante,

característico, delataba que las máquinas estaban trabajando. Con la punta del pie terminé de abrir la puerta: -¡Hola!, grité desde la entrada.

Gracias al aire acondicionado no empapé la camisa. A pesar de no haber llegado aún el verano el calor era incesante, persistente, y la emoción de estar haciendo algo ilegal, o por lo menos cuestionable, me hacía acalorarme hasta el punto de que un hilo de sudor me recorrió la espalda y mojó la camisa. En el interior del despacho el télex seguía aporreando el papel perforado y tiras completas caían al suelo, amontonándose. Volví a insistir: -¡Hola!, grité ahora más fuerte, seguro de que no había nadie en el interior.

Me desplazé con normalidad por el pasillo de la planta once y entré en los otros dos despachos que permanecían cerrados. El pomo de la puerta estaba abierto pero en su interior no había nada, ni maquinaria, ni télex, ni fotocopiadoras.

Volví al ascensor y me dirigí a recepción. No tenía nada que ocultar. Sólo era un buen amigo de la funcionaria Juana y quería saber que tal está, me dije. El vigilante de seguridad me miró por encima de unas gafas de sol graduadas, con cristales plateados, mi reflejo ocupaba toda la lente.

-¡Dígame señor ¿qué desea? -me preguntó nada más acercarme al mostrador.

-Hola, soy agente de la Agencia -dije esperando una reacción de colaboración por parte del vigilante, aunque no pareció inmutarse por la

exhibición de mi placa dorada que alcé hasta la altura de sus gafas-. Quiero hablar con una funcionaria que trabaja en este edificio, somos amigos y quisiera saber que tal está.

-¿Es un asunto oficial? -preguntó cogiendo un bolígrafo de un cajón, que por el ruido debía de estar prácticamente vacío.

-No, que va -puntualicé-, ya le he dicho que es una amiga.

-¿Dígame los apellidos de su amiga?. Juana ... -se detuvo un instante esperando mi respuesta.

Maldición. No sabía como se llamaba la funcionaria. Como fui tan tonto. El vigilante de seguridad sospechará de mí. Piensa Juan, piensa. Podría inventarme un apellido y luego decir que me había confundido, podría decirle que no lo sé, con lo que perdería peso la excusa de que es amiga mía. Mi padre siempre me decía que cuando hay alguna duda lo mejor es decir la verdad; aunque duden de nosotros por lo menos no nos cogerán en una mentira. Opté por hacer caso a los sabios consejos de mi padre.

-Pues mire, la verdad es que no sé su apellido, nunca he necesitado saberlo, sólo sé que se llama Juana y que antes trabajaba en el C.D.S.N. el Centro Documental para la Seguridad Nacional, y que ahora está aquí, en la S.C.I. la Sede Central de Informática.

Hablar tan rápido y decir las siglas y después la nomenclatura completa no me ayudará. Ya me decían en la Agencia que una persona que muestra nerviosismo es que está nerviosa y una persona nerviosa o

insegura suele hablar en exceso. Yo estaba nervioso, inseguro y hablaba en exceso. El sudor me llenaba la frente, la cara. El vigilante ya no me miraba por encima de sus gafas de sol, ahora lo hacía a través de ellas, lo que acrecentaba mi nerviosismo. Mi padre me decía que cuando llegara a una situación de embotamiento, lo mejor que podría hacer es concentrarme en algo que estuviera muy lejos del lugar donde me encontrara en ese momento. La Fuga de Logan, el mejor remedio para las situaciones desesperadas, recordé un pasaje, lo repetí para mis adentros a modo de Padre Nuestro:

Estaba irritado consigo mismo porque, en realidad no vivía allí, sino que su unidad domiciliaria se encontraba una milla más lejos. Pero la constante charla de aquel hombre había acabado con su paciencia. Desde luego, conocía bien el sector, puesto que un año antes había perseguido por allí a un hombre; un fugitivo llamado Nathan. Pero prefería no pensar en ello.

-Juana Macías murió hace varios meses, en marzo creo -el vigilante había dejado de escrudiñarme con esas horrorosas gafas de sol y me pregunté por qué no me dijo nada la nueva funcionaria del Centro Documental de la muerte de Juana.

-¿Cómo murió? -pregunté importándome una mierda que se me notara nervioso o no.

-No lo sé -respondió el vigilante- parece ser que de un accidente de tráfico. El coche que conducía se salió en el kilómetro treinta de la carretera comarcal 12.

Dos personas esperaban detrás de mí, en la cola, por lo que salí de la fila y me dirigí a la calle. Mi camisa estaba mojada como si me hubieran tirado una garrafa de agua por encima.

13

Me encaminé a la sede del Periódico local. Un edificio antiguo, robado a Correos, donde el movimiento político gobernante había encontrado la forma de expresión más contundente. En los bajos había multitud de ordenadores donde se podía consultar la hemeroteca de forma rápida, aunque la información no estaba actualizada. Los datos de los últimos dos años se grababan directamente y un equipo de estudiantes de periodismo se encargaba de introducir en los inmensos ordenadores del periódico todos los titulares desde el año 1975, cuando murió Hitler, hasta la fecha. Me senté en el primer sitio vacío que vi libre. El monitor monocromo estaba encendido y el cursor parpadeando. Escribí: Juana Macías, en el cuadro blanco que mostraba la pantalla.

El ordenador pensó unos instantes.

Sábado 24 de marzo de 2004. Diario local. La señora Juana Macías fallece de un accidente de tráfico en una carretera comarcal. La única conductora del Seat 1500 se salió de la calzada cuando perdió el control del vehículo, posiblemente a causa del alcohol, ya que se encontraron restos de Ron en el interior del coche y el análisis forense determinó que la mujer iba completamente ebria. Juana Macías era una ejemplar funcionaria del Centro Documental, donde había trabajado durante más de treinta años y no se saben los motivos que la llevaron a beber, pero desde el departamento del interior se han desmarcado con cualquier relación con la funcionaria, a la que consideraban una trabajadora ejemplar.

Ya está. Treinta años al servicio del gobierno y eso era lo único que ponían de ella en el periódico. Cuanto más investigaba, cuando más indagaba, más seguro estaba de la hipótesis nazi. De una cosa estaba seguro ahora: a Juana la habían asesinado, ella era incapaz de coger un coche y mucho menos de beber. No la conocía mucho, la verdad no la conocía nada, pero las pocas veces que había coincidido con ella fueron suficientes para darme cuenta de que era una mujer cabal y que el Gobierno la había asesinado ¿por qué? me pregunté. Sólo me quedaba la referencia 2698/35, eso era todo lo que tenía. No era gran cosa, pero estaba seguro de que en ese legajo estaban la mayoría de las respuestas, sólo me faltaba conocer las preguntas.

12

Mi trabajo al frente de la Agencia me había convertido en un burócrata. Me pasaba el día sentado en un despacho, vestía dos tallas más de pantalón, me podía pellizcar la barriga y desconfiaba de todo el mundo. Ya no sabía de quien me podía fiar. A mis casi treinta años me sentía como una marioneta al servicio de un puñado de gobernantes. Tenía la sensación de que toda esta locura del Ruboergo era el guión de una película de espías y que yo sólo me limitaba a protagonizar mi papel. Me estaba costando atar cabos y perdía, por momentos, la perspectiva de la realidad. Me parecía absurdo que en pleno año 2004 hubiera un grupo de gente capaz de seguir al pie de la letra las directrices marcadas por los nazis. Aún siendo verdad que el Jefe del Estado español, el General Marcial Elvira, o incluso el Mariscal alemán Herman Glück abanderaran un continuismo respecto a la política de Hitler, lo cierto es que había muchas personas dentro del Gobierno que no estaban de acuerdo con ello. Yo mismo era un ejemplo claro, bajo ningún concepto aceptaría un plan tan macabro como el de querer finiquitar a toda la población negra del mundo, por eso pensaba que era casi imposible llevar un propósito de tal magnitud a buen fin.

-¿Desayunamos juntos? -me preguntó María, mi eficiente secretaria, nada más abrir la puerta del despacho.

-¡Claro! un momento que me pongo los zapatos. Cuando estaba en el interior de ese búnker en que se había convertido mi oficina me descalzaba, no soportaba tener los pies calientes.

María era la mejor secretaria que podía tener. Además de ser una mujer magnífica, inteligente y comprensiva. Habíamos hablado mucho sobre diferentes aspectos de la vida, del trabajo y hasta del amor. Tuvo una mala experiencia con un compañero de la universidad con el que salía en la época de estudiante y la marcó para siempre. No quería tener relación con nadie, de momento, aunque intuía que le caía bien y que se encontraba a gusto conmigo. Desde el mes de marzo en que empezó a trabajar en la Agencia, María Cascos había demostrado ser una mujer leal, eficiente, discreta y sobre todo buena persona. El hecho de que me acompañara a aquel viaje que hicimos en vacaciones a Gratal y que estuviera conmigo en las plantaciones de Cleo, la hacían, más que a nadie en este mundo, merecedora de mi más plena confianza. Había llegado el momento de sincerarse con alguien y creí, sin dudarlo, que ella era la persona idónea.

El calor empezaba a despuntar en esa despejada mañana de junio. María y yo bajamos por el ascensor que separaba mi despacho de la calle y nos dispusimos a salir a desayunar juntos en el bar que había en la esquina del edificio de la Gobernación. Un local atibado de funcionarios y lugar de encuentro de policías y confidentes. Las aparatosas guitarras de los *Credence Clearwater Revival* resonaban por todo el recinto, ahora que se podía. Hubo una época en que todo lo americano estaba prohibido y que solamente a los *hippies* y a los pacifistas les estaba permitido escuchar la música de grupos venidos de

tierras sajonas, como les solían llamar. Lo yanqui era tachado de perverso, vil y amoral.

Nos sentamos en uno de los arrinconados bancos de madera del bar, donde cuatro muescas en la pared todavía recordaban el tiroteo que hubo hace quince años, cuando dos agentes de la policía nacional fueron acribillados por unos encapuchados, eran otros tiempos, hacía diez años que había muerto Hitler y los tan prometidos y esperados cambios no llegaban, como de hecho no llegaron. Allí, mirando esas hendiduras en la madera, es donde aproveché para contarle a María lo que pensaba y lo que había averiguado de nuestro gobierno. Le conté que bajo los principios del nazismo se quería acabar con toda la población de África, que posiblemente el virus del Ruboergo fue creado en laboratorios del Tercer Imperio, que el antídoto existía y que no se quería dar a conocer hasta que no se hubiera exterminado toda la población de África. María me miraba aterrada, en sus ojos pude ver la desesperación.

-Pero Juan ¿estás seguro de lo que dices?

-Tú misma lo oíste aquel día en Gratal, cuando el anciano Trinidad nos contó como aquellos tres africanos se habían curado del Ruboergo, como llegaron infectados a la montaña de Gratal y como se fueron completamente restablecidos.

-Juan no puedes basar una conjetura tan grave en la narración de un viejo que posiblemente delire.

La canción *Proud Mari* de los *Credence* había terminado y ahora empezaba *Someday Never Comes*, justo lo que necesitaba para apaciguarme: una canción romántica. Puede que María tuviese razón y me haya precipitado un poco. Mi mente trabajaba rápido e intentaba recomponer los trozos de todo lo que tenía hasta ahora, veamos: una conjetura, un presentimiento, que el antídoto del Ruboergo existe. Para demostrar eso me basaba en la existencia de unos documentos que leí en el archivo documental y en la cháchara de un viejo que trabajaba en la plantación de Cleos de Gratal. La única persona que sabe que estoy tras la pista, una funcionaria del C.D.S.N. muere en un accidente de tráfico, algo bastante normal, si no fuera porque recuerdo como un día, hablando de las señales de tráfico y dándome a entender que sabía lo que estaba buscando, me dijo que ella no conducía. No tengo nada más. Visto así parece poco, pero mi intuición me dice que algo oscuro y nebuloso hay en todo este tema. Lo mejor que puedo hacer es volver al segundo punto de partida: Gratal.

-¿Estás bien Juan? -me preguntó María observando mi total abstracción.

-Sí, no te preocupes, voy a volver a Gratal. Quiero ir a la plantación de Cleos y hablar con Elías y Trinidad. Este tema me está corroyendo por dentro y tengo que solucionarlo cuanto antes.

-¿Por qué no lo comentas con algún jefe de la Agencia? -ofreció María.

-¡Eso sería el fin de mi carrera! -exclamé-, bajo ningún concepto pueden saber en la Agencia lo que sospecho. Me acusarían de alta traición. Tanto si es verdad como si es mentira no puedo decir nada. Si es verdad porque me matarían y posiblemente a ti también, por cómplice. Y si es mentira porque ya no confiarían en mí al haber desconfiado yo de ellos.

María asintió con la cabeza, con el desconcierto dibujado en su rostro.

11

Dicen que en esta vida todos encontramos nuestro camino tarde o temprano, yo no sé si el mío está en Gratal, pero lo que tengo claro es que no puedo parar ahora, ochocientos millones de personas dependen de mí. Llamé a Elías por teléfono para concertar una entrevista con él y profundizar más en el tema sobre la planta Cleo y la posible cura del Ruboergo. No contestó. Durante toda la tarde repetí mi llamada telefónica una y otra vez, seguro de que en algún momento descolgaría el teléfono y podría hablar con él. Nada. Para no estar parado perdiendo el tiempo, decidí volver a la hemeroteca municipal y recabar más información ¿de qué? Me pregunté. De todo, era la respuesta.

Encontré una noticia referente a mi excompañero de Academia, el bueno de Elías había muerto el mes pasado en un accidente de tráfico en la carretera comarcal 12. Dichosos accidentes de circulación. La

cosa se empezaba a poner fea y lejos de amedrentarme, lo cierto es que mi teoría cobraba cada vez más fuerza. Todos los que tenían relación de una forma u otra con el Ruboergo y su posible cura, morían en la carretera comarcal 12. Ya que estaba en la hemeroteca, aproveché para consultar el nombre de Trinidad. Lo que sospechaba. Trinidad Gómez murió a la edad de sesenta y seis años en un accidente de tráfico en la carretera comarcal 12. La funcionaria Juana Macías, el compañero de la escuela de policía Elías Almagro y el viejo Trinidad, habían muerto en poco tiempo en esa carretera comarcal y todos tenían en común su relación conmigo y con el Ruboergo. La verdad es que esto empezaba a ser algo más que sospechoso y pasaban a tomar cuerpo todas mis suposiciones, por increíble que fueran. En un intento de buscar puntos comunes donde iniciar mi investigación, mi especial cruzada contra el Tercer Imperio y evitar el fin de la raza negra, me dirigí al Centro Documental para la Seguridad Nacional, el C.D.S.N. no estaba dispuesto a abandonar, de ninguna de las maneras. Llevaba una mochila negra que me regaló mi padre antes de morir en aquel accidente de tráfico, malditos accidentes. Dicen que los recuerdos de las personas que amamos quedan impregnados en los objetos que los acompañaron en vida, la mochila de mi padre me traería suerte. Metí un tubo de acero conteniendo arsénico y una pistola Astra nueve milímetros con un cargador de diez balas y otro de repuesto. Se acabó el juego.

Llegué hasta el edificio del Ministerio de Defensa. Estaba enclavado en un complejo urbanístico de difícil clasificación: construcciones antiguas de finales de 1700, fachadas de piedra blanca con sendos relojes en la cima y patios interiores amplios donde antiguamente formaban las guardias encargadas de la custodia de tan emblemáticos edificios, se combinaba con una enorme torre acristalada donde se ubicaban los despachos. Era como si se quisiera separar lo antiguo de lo nuevo, en una línea divisoria tenue y a la vez amplia. Los mandos de la jerarquía militar pululaban por los edificios antiguos, mientras que los funcionarios civiles y el personal administrativo ejercía en la torre de cristal. En el vestíbulo había un vigilante de seguridad joven, fuerte. Nada más entrar por la puerta giratoria vi su silueta dibujada al fondo, acaparando todo el mostrador. La luz que entraba por la amplia cristalera refractó en sus ojos haciendo que los entorne ligeramente, acentuando su aspecto rudo. Delante de él había unos cuantos monitores conectados a las cámaras de vigilancia, logrando que desde esa posición fuese capaz de controlar todo el interior y el exterior más inmediato del edificio. Mientras caminaba hacia el vigilante me acordé de La Fuga de Logan:

Lleno de violencia contenida, el operador permanece en su asiento ante el tablero. No ha comido. No ha dormido. Los técnicos lo evitan.

Hacía calor e iba pertrechado con una chaqueta de *goretex* bastante abultada, lo que me daba seguridad. La ropa además de abrigarnos nos protege del miedo, como los niños pequeños que se tapan hasta arriba en la cama y creen que así son menos vulnerables. No me preocupaba que el vigilante sospechara de mí, me daba lo mismo. Me solicitó amable pero imperturbable que le mostrara mi identificación. Exhibí la placa de Teniente de la Agencia. Me señaló la mochila que llevaba en la mano cogida como si fuera un bolso. La abrí y la mostré: -papeleo -le dije. Había tapado el arma y el tubo de arsénico con un par de carpetas conteniendo documentos sin ninguna importancia. El vigilante miraba, pero no vía, era un mero formulismo. Se vía joven y por lo tanto no creí que se atreviera aún a decirle a un Teniente de la Agencia que sacara sus pertenencias encima del mostrador. Entré en el ascensor y pulsé el botón donde estaba el número quince. Respiré hondo.

En la recepción del Centro Documental ya no estaba la funcionaria que me atendió la última vez. Desde que mataron a Juana que iban cambiando al personal constantemente. Un chico joven, musculoso y con el pelo rapado, se dirigió a mí, separado unos metros del mostrador. El chaval respiraba marcialidad por todos los poros de su piel, a mí no me engañaban: era un soldado de las fuerzas especiales y estaba claro que lo habían puesto ahí por algo. Vine en sábado porque apenas había gente trabajando en las oficinas y la seguridad era mínima, solamente los agentes de la Agencia y los altos cargos militares

estaban autorizados a realizar consultas el fin de semana. No le di tiempo a preguntarme que es lo que quería, un puñetazo en toda la nariz, seguida de un codazo y el cañón de mi Astra 9 milímetros apuntando directamente a su frente, fueron suficientes para que el soldado se diese cuenta de que la cosa iba en serio. Sabía de sobras que el sábado no trabajaban las secretarias y que el vigilante de seguridad del vestíbulo no vendría y el militar que habían puesto para custodiar el archivo era un crío que no se esperaba, para nada, mi reacción desmedida. Utilizo la cinta de embalar legajos para amordazarle la boca y atarle las manos a la espalda. Hice que se sentara, sin ningún cuidado, en el suelo de la entrada y cerré la puerta de acceso al archivo. La única cámara que vigilaba la estancia no estaba conectada a los monitores del vigilante de la recepción del edificio, se quería evitar que quedaran grabadas las consultas que podían hacer los altos cargos militares en los ficheros del C.D.S.N. Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, y esta era una de esas circunstancias en que había que hacer las cosas bien.

Con el militar atado e inutilizado, la puerta cerrada y la cámara desconectada, me dirigí al archivo secreto del Centro Documental, donde se guardaban aquellos expedientes que solamente podían consultar los peces gordos de la Agencia o los militares que formaban parte activa del Gobierno. No había tiempo que perder, el legajo 2698/35 me esperaba. La puerta estaba cerrada y era necesario un código de acceso para entrar, la cerradura electrónica, moderna, de

esas que fabrican los rusos, necesitaba cuatro dígitos para poder traspasarla y sólo admitía dos oportunidades. No esperaba ese obstáculo y seguramente el militar no sabría las claves de acceso. La puerta era imposible tirarla: un metro de acero no se caía así como así. Me senté en el suelo y vaticiné que mi osadía terminaba antes de empezar, Logan no estaría orgulloso de mí, para una vez que intentaba emular a un personaje de ficción, a mi ídolo, iba y la cagaba. Saqué un cigarro negro del bolsillo de mi pantalón y lo encendí. Me acordé de la funcionaria Juana, si estuviera aquí ella, no hubiera sido capaz de amordazarla, ni de golpearla en la nariz, seguramente me hubiera dicho la clave de acceso sin rechistar, o no, que esas viejas son muy duras cuando se lo proponen. Un recuerdo asaltó mi mente, de repente. El justificante que me dio la última vez que la vi, había cuatro números escritos. No puede ser. No creí que aquella vieja hubiese intuido mis intenciones y me hubiera querido ayudar facilitándome las claves de acceso del archivo secreto del Centro Documental.

Me puse en pie y tiré el cigarro al suelo. Me acerqué a la puerta blindada. Piensa Juan, piensa. El descubrimiento de América, tecleé: 1492. Encima de los botones se encendió una luz verde y un sonido constante y tenue inundó toda la estancia, la puerta se empezó a abrir, mientras en el interior de aquel cuarto se encendían infinidad de fluorescentes con un chasquido característico.

Por unos instantes tuve miedo de que surgieran de las paredes las sanguijuelas de los extintos ordenadores neuronales y me devoraran. No fue así.

Aristóteles decía que cuando te pierdes en un bosque lo importante es andar en línea recta; aunque sigas extraviado, por lo menos cada vez estarás más lejos del centro. Ahora no había posibilidad de marcha atrás. Había llegado hasta aquí, golpeado al vigilante, maniatado, amordazado y estaba delante del archivo secreto del Centro Documental, un lugar donde pocos podían entrar.

Solamente había una estancia, una habitación enorme llena de estanterías y con el centro vacío, sin ninguna mesa. Aquí no era necesario apoyar los expedientes en un escritorio para consultarlos. Me imagino a los Jefes del Estado, aquí, de pie y mirando los dossiers donde figuran infinidad de informes secretos. No concibo la imagen del General Marcial Elvira husmeando en los registros ocultos del Imperio, pero seguramente, el mejor amigo que tuvo Hitler en España, habría pasado horas y horas de su escaso tiempo aquí, entre estos gruesos muros. La estancia estaba vacía de cámaras de seguridad, de botones y enchufes o de lámparas tipo flexo donde sentarse y consultar tranquilamente los papeles de las altas estanterías. Aún así, observé bastantes carpetas, y yo que creía que había pocos secretos que no conociera un Teniente de la Agencia. Cerré la puerta tras de mí, en caso de que me encontraran los militares poco podía hacer, la puerta de acceso al Centro Documental era única y no había posibilidad de

escapar por otro sitio. Las carpetas no estaban numeradas, ni clasificadas de forma alguna. Un amasijo de expedientes, perfectamente colocados uno al lado de otro, se apiñaban en la estantería que había a la derecha de la puerta principal. Busqué algún número que identificara las estanterías. Nada. Como el tiempo no era precisamente algo que me sobrara, cogí el primer legajo y lo abrí. Leí. Un informe sobre agentes infiltrados en Estados Unidos y con todas las informaciones que pasan, puntualmente, sobre el desarrollo de armas químicas. Vaya, era bastante completo, y eso que los yanquis presumían de la no proliferación de ese tipo de armas. En el segundo legajo había una lista de confidentes de otros países, el lugar donde se les podía encontrar y la forma de contacto. La mayoría eran políticos de gobiernos democráticos, afines al Tercer Imperio, sospeché que más que por simpatía por dinero. El tercer legajo era sorprendente, figuraba una larga relación de personas asesinadas por el Gobierno, entre ellos aquellos estudiantes del bar Oasis que fueron acribillados a balazos acusados de atentar contra el Ministro del Interior Remón. Mohamed y Andrés y unos cuantos más del bar Valella y de aquella imprenta de la calle Preciosa. Brom y su hija Irene, y una lista interminable de nombres que volví a meter en la carpeta sin detenerme a leer. Justo antes de volver a incrustar en aquella madeja de papeles, la lista con los nombres de asesinados, leí “Rosa”. Me detuve y volví a sacar el folio con ese nombre lleno de recuerdos. Observé que no figuraba en la relación de asesinados, sino que estaba incluida en la de asesinos. El encargado o los encargados de confeccionar tan exhaustiva lista, se tomaron la

molestia de realizar una clasificación simplista de los nombres que figuraban en la relación, los habían ordenado por asesinos y asesinados, y dentro de esas dos macabras categorías, se habían permitido el lujo de asignar una flecha, a modo de diagrama de flujo de los programadores informáticos, donde a cada asesino le correspondían varios asesinados. Quien hizo esto era una persona muy metódica, los nombres estaban incluidos por estricto orden alfabético y separados por sexos, por lo que me fue fácil localizar a la agente Rosa, ya que era la única mujer de la lista.

AGENTE ESPECIAL ROSA: Macarena Salgado, veintiocho años de edad, pelo largo, liso y rubio, guapa, ojos verdes. Ingresó en la Agencia el cinco de enero de mil novecientos noventa y tres. Manejo de todo tipo de armas. Idiomas varios.

La reseña figuraba en la lista sin orden ni concierto, escrita a mano, con una letra impecable. La letra de Juana. Al lado había dibujada una flecha, toscamente trazada, apuntando a la lista de asesinados. Leí varios nombres, entre ellos el del cabecilla del bar Oasis, mi primera misión. Varios nombres más, y al final de todos el mío: Juan Sánchez. ¡Cielo Santo! yo estaba incluido en la lista de asesinados ¿Cómo era posible? Los datos se amontonaban en mi cabeza y no me dejaban concentrarme. El calor era asfixiante y la sensación de miedo empezaba a recorrer todo mi espinazo. Me quité la chaqueta. Si la Agencia pretendía matarme en mi primera misión ¿por qué no lo

hizo? Piensa Juan, piensa. Me cercioré de que las cuerdas y la mordaza del militar que vigilaba el archivo no se habían soltado ni un ápice y seguí buscando los informes del Ruboergo. Metí la pistola en el cinto, la quería tener cerca mientras iba sacando legajos sin tener cuidado de que se cayeran o de que se estropearan. No me importaba. Abrí las cajas, extraje los papeles que había en su interior y los ojeé. Tiré los archivadores al suelo. Tenía en mis manos documentos de un hombre de Moscú que había inventado un motor que funcionaba con agua, bueno, exactamente con una variedad de agua mineral extraída a base de un proceso molecular, muy económico. Lo mataron para silenciar su descubrimiento, lo mataron a él y a toda su familia. La Agencia era peor que las mafias chinas, no sólo terminaba con la vida de quien les molestaba, sino que también lo hacía con toda su familia. Una vez más leí la lista de asesinados, separada de la de asesinos. El ruido de los cartones golpeando el suelo se convirtió en el único hilo que unía esta locura a la realidad. No estaba en un archivo secreto, estaba en el infierno. Mi padre me dijo una vez que ante situaciones desesperadas había que actuar de forma desesperada. Cuanta razón tenía. Me fijó una misión, un objetivo. Tengo que encontrar el antídoto del Ruboergo y llevarlo a un país libre, como el Imperio Sudamericano, por ejemplo, y hacer que se fabrique masivamente y que todo el mundo pueda disponer de él y acabar con esta barbarie, con el salvajismo del Tercer Imperio, los herederos de Hitler. Tengo que hacer llegar el antídoto a Cuba, el único país capaz de replicar con éxito el contraveneno y llevarlo a todos los países que lo necesitan. El hecho de establecer

metas, objetivos, es lo que hace que podamos luchar para llegar a ellos. Ya no soy un teniente de la Agencia, el haber llegado hasta aquí, estar en una lista de posibles asesinados, el saber lo que sé, me ha convertido en un prófugo, igual que Logan. Ahora corro para sobrevivir y en mi supervivencia arrastro la de ochocientos millones de personas, todos los habitantes de África.

Pasaron horas. Tantas que parecía que llevara toda la vida en esa sala asfixiante. Conocía cada rincón de esas cuatro paredes. Terminé de revisar todos los legajos y las estanterías estaban vacías y medio rotas de los tirones que les dí al sacar los archivadores.

Ni rastro del Ruboergo.

Volví a repasar las cajas que había esparcidas en el suelo, puede ser que me hubiera saltado la del virus. Solamente era una caja, sólo una. Pensé que si los de la Agencia sabían de mis intenciones, seguramente habrían sacado del grupo la caja que buscaba. Una pregunta: ¿cómo sabían que buscaba esa caja? María. Como pude ser tan idiota. La secretaria me la puso la Agencia y por lo tanto la habían colocado para espiarme. Por eso sabían lo que sé, por eso quitaron el legajo del antídoto del Ruboergo. María Cascos tuvo tiempo de sobras de avisarles y decirles mis intenciones.

Removí las cajas del suelo. Busqué la "M". La primera que encontré hacía referencia a Marcial Elvira. Como era posible que en los archivos secretos del Centro Documental hubiera unos informes

haciendo referencia al Jefe del Estado, eso estaba prohibido y ni siquiera la agencia estaba autorizada a investigar al Caudillo. Leí:

MARCIAL ELVIRA: Jefe del Estado Español. Nació en abril de 1930. Amigo personal de Hitler, comparte sus teorías. Precursor e iniciador de “El desenlace Final”, la segunda parte de la Solución Final de los nazis.

10

La solución final fue un plan que pusieron en marcha los nazis a mediados de 1941 y que consistía en resolver el llamado problema judío a través de la deportación y exterminio sistemático de toda la raza en Alemania como en las áreas ocupadas por sus ejércitos o por sus aliados. Ya había oído hablar del famoso “Desenlace Final”, pero pensaba que era un bulo para aterrorizar a los inmigrantes que querían asentarse en nuestra nación.

Me quito la camiseta, empapada en sudor, y sigo rebuscando en las cajas semiabiertas del suelo. Parece que estoy en uno de esos programas de la televisión estatal donde los concursantes deben reunir pruebas a base de buscar en enciclopedias y completando datos parciales. La seguridad es lo primero, así que salgo fuera, al mostrador, y me cercioro de que el militar sigue atado. Recojo todas las cajas que empiezan por “D”. Encuentro unos papeles que hacen referencia a un

hipotético plan para desembarcar en Normandía y acabar con la guerra y con los nazis, plan que no se llevó a cabo por falta de acuerdo entre los aliados de entonces. El plan consistía en descargar unos ciento cincuenta mil soldados en las playas de la región comprendida entre Cherburgo y Dunkerke. Al principio parecía un buen plan, según parece, y los nazis le dieron credibilidad y se prepararon para repeler el ataque. Luego hubo más planes alternativos. Aquí hay una lista completa de todos. Los nazis sabían los movimientos del mando aliado al pie de la letra, lo que me lleva a suponer que en el año 1945 la supremacía del espionaje alemán estaba fuera de toda duda. Desenlace Final, aquí está el informe. Leo:

DESENLACE FINAL: Plan promovido por el General Marcial Elvira para aniquilar a todos los habitantes del continente africano a base de infectarlos con el virus del Ruboergo.

Esto corrobora mi teoría. Estaba en lo cierto. El gobierno trama el fin de toda la población del continente africano y para ello había creado el virus del Ruboergo y lo había expandido por todo el continente negro. Sólo tenía que encontrar la caja donde figuraba la composición del antídoto o por lo menos la famosa referencia 2698/35. Busco desesperadamente, revuelvo todos los legajos que hay en el suelo. Los abro. Los miro una y otra vez. Nada. Sostengo en mi mano el último

papel que he leído: Desenlace Final. Está, como los otros, escrito a bolígrafo, con una letra impecable. La letra de Juana. Miro otros legajos, todos están escritos con la misma letra. Sólo una persona se ha encargado de rellenar estos informes, de crear esta pequeña base de datos del horror, este archivo secreto del infierno. Esto no es obra de la Agencia, ni del servicio secreto, esto es obra de Juana, de ella sola, que por su cuenta y riesgo ha ido cumplimentando estos informes con datos conseguidos de forma extraoficial. Corro hasta el mostrador principal donde yace maniatado el militar en el suelo. Busco el libro de visitas. Un libro de tapas rojas con el sello del C.D.S.N. Aquí es donde se anota la entrada de personas. Busco las anteriores al mes de marzo, cuando murió la vieja Juana. ¡Voilà!. La misma letra, si señor, ahora no había duda alguna, todo esto es obra de Juana. La vieja Juana Macías, la encargada del archivo documental, había reunido un fichero paralelo y secreto que ella misma se encargaba de mantener, con los datos más importantes de la Dictadura. Por eso me ayudó antes de morir y me habló de ese archivo que nadie conocía y me dejó escrita la clave para acceder al interior. Juana es Ballard, Juana es la persona que tiene las claves de todo este embrollo, Juana es quien tiene la solución del Virus, la solución de la solución. ¿Dónde está el informe del antídoto del Ruboergo?

Ha vivido el doble que nosotros y su nombre es Ballard. Ha vivido el doble que nosotros ¿Por qué no hacer igual? Ballard está viviendo el doble que

nosotros, no se avergüenza de ello. Acordaos de Ballard. Nunca olvidéis su nombre.

Rebusco entre los informes que hay en el suelo. Montones de cajas acumuladas una encima de otra. La “J”, tengo que encontrar esa letra, es la inicial del nombre de Juana. Si esa mujer fue capaz de recopilar toda esta información y almacenarla en este despacho secreto sin que ningún jefe militar ni los del servicio secreto se enteraran, eso quiere decir que fue capaz de dejar pistas suficientes para resolver este enigma y saber donde se encuentra el antídoto del Ruboergo. Hallo un expediente que empieza por “J”. Lo abro. Un libro de tapas grises con una pegatina blanca que pone: 2698/35. He encontrado la piedra filosofal, el libro que me desvelará todos los Secretos que me atormentan. Respiro profundamente. Juana había guardado la famosa referencia en un legajo con su inicial. Que lista era, sabía que yo lo encontraría, sabía que alguien lo encontraría.

9

El manuscrito de Juana contiene un plan para conseguir el antídoto del Ruboergo. Habla de San Jacobo, al principio pienso en un agente infiltrado o de una operación de esas que suele hacer la Agencia, pero cual es mi sorpresa al ver que se trata del pueblo de San Jacobo, en la carretera comarcal 12, concretamente el kilómetro 151. Leo:

SAN JACOBO: Pueblo construido sobre el reactor Bering donde se camufla el arma más mortífera que hayan construido nunca los nazis. Allí se fabrica el Ruboergo y se almacena la cepa madre.

No era la primera vez que oía hablar de ese reactor ni de su fabricante, el Comandante Bering. Siempre había pensado que era un bulo, una invención como tantas creadas después de la Segunda Guerra mundial y que hacían referencia al potencial desarrollado por los nazis. El reactor Bering era un artilugio capaz de transmutar cualquier objeto de un lugar a otro del universo, algo así como una máquina del tiempo pero sin tiempo, sólo en espacio. Cuando yo era pequeño se hablaba mucho de ella, decían que un hombre que estuviera en Nueva York podría ser trasladado en décimas de segundo hasta Londres o París. Se comentaba que Hitler la usaba para eludir a sus enemigos y que tan pronto podía estar en Berlín como en Moscú o Madrid, con sólo proponérselo. El reactor estaba dotado de unos tubos de cesio y helio que combinados con energía nuclear provocaban la reacción suficiente como para llamar un cuerpo u objeto desde un punto hasta otro del universo conocido. El espejo principal estaba situado en la luna, desde que en 1950 aterrizó la primera nave sin tripulación enviada por los nazis y anclaron en ese planeta una enorme placa solar que hacía de reflector de los rayos enviados por el reactor de Bering. En las explicaciones dejadas por Juana había un croquis y la

forma exacta de entrar bajo la ciudad de San Jacobo y la ubicación del artilugio creado por los nazis, así que ya tengo un buen punto por donde proseguir con mi especial cruzada contra el Tercer Imperio.

Me senté en el suelo y ojeé el legado de Juana, un libro conteniendo todos los datos que la funcionaria del Centro Documental había recogido durante años. Leí todo el proceso de creación de la ciudad de San Jacobo por parte de los nazis, como escondieron el Reactor de Bering, como lo usaron. Leí como crearon el virus del Ruboergo en laboratorios especiales para ello, bajo las ordenes directas de Hitler, antes de morir. Los americanos creían que el Fuhrer se había reblandecido, que ya no suponía el mismo peligro que en el cuarenta y cinco, cuando la gran guerra. Que equivocados estaban, él y sus secuaces, él y sus seguidores trabajaban desde la sombra, seguían fieles a los principios de la revolución nacional socialista, al caos, a la xenofobia, al horror, a la primacía de unos bárbaros sobre unos seres indefensos que sólo soñaban con un mundo mejor. La inteligencia al servicio del diablo. Crearon máquinas capaces de destruir el mundo, hicieron experimentos, buscaron reliquias con poderes mágicos para conseguir sus fines, invadieron pueblos. Los otros Imperios pensaron que la cosa había cambiado, que los nazis se habían adaptado a los nuevos tiempos y habían cejado en sus empeño de conquistar el mundo y erigirse en los únicos representantes de la tierra. Pero desde la sombra siguieron trabajando, creando, planificando. Buscaron crear la máquina del tiempo, para desplazarse a otros lugares, en otra época,

para dominar no sólo el presente, sino el pasado y el futuro. No lo consiguieron, el tiempo no se puede dominar, pero si crearon un artilugio capaz de transmutar la materia de un lugar a otro del universo, con la misma facilidad que se cambia un jarrón de sitio y con la misma velocidad de la luz. Mi país no solamente era la sede donde se cobijaba esa monstruosidad, que aplicada a la ciencia, que bien aplicada, hubiera sido beneficiosa para la humanidad, sino que también era propulsora del proyecto nazi. El General Marcial Elvira, fiel seguidor de Hitler y amigo personal, había colaborado y apoyado al proyecto de los nazis.

Mi misión estaba clara, había llegado el momento de hacer algo grande, algo único.

8

Alfred Bering fue un físico nuclear de los nazis, el mejor sin duda. Nació en Salzburgo en el año 1889, un día después de que lo hiciera Hitler, el 21 de abril. Su formación discurrió en el Instituto Politécnico de Berlín donde coincidió con el profesor Dornberg trabajando ambos en la creación de cohetes para uso militar. Aprovechando unos documentos robados a los rusos en 1941, durante la invasión a ese país, Bering desarrolla un artefacto capaz de desplazar materia de un lugar a otro del planeta casi de forma simultánea. Al principio fue probado con pequeños objetos tales como gomas de borrar, lápices,

anillos, etcétera. Más tarde fue usado en cuerpos más grandes, como bicicletas, coches, tanques. Siendo un tremendo éxito que la opinión pública de la época alabó como la clara supremacía nazi. Finalmente fue probado con seres vivos, ratones, gatos, perros y finalmente hombres. Los primeros cobayas humanos que viajaron a través del espacio no pudieron contar su experiencia, porque realmente no sintieron nada, fue como el chasquido de un mechero al encenderse, así lo definió uno de los entrevistados por la comisión encargada del seguimiento del proyecto. El enorme reactor fue construido en la carreteara comarcal 12, en el kilómetro 151. Allí se hizo el enorme agujero que albergaría el ingenio más avanzado de los nazis y del mundo entero. Simulando la construcción de una presa, los obreros de aquella época trabajaron día y noche en aquel enorme socavón, que la propaganda fascista consiguió ocultar a la opinión pública. El Reactor de Bering medía novecientos metros de largo por trescientos de ancho. Un enorme cilindro de acero y cesio propulsado por uranio y que la administración española no supo calcular el agujero donde iba a ser enterrado. Así que construyeron un socavón de cinco kilómetros de largo por dos de ancho. Los nazis aprovecharon la superficie para asentar laboratorios de investigación sobre diversas tecnologías y taparon todo construyendo una ciudad encima del reactor, una ciudad llamada San Jacobo. La ciudad se llenó de militares, tantos que al final quedó como una ciudad dormitorio. Al principio vivían los que trabajaban en los laboratorios nazis, más tarde los albañiles, lampistas, soldados, vigilantes, mandos del ejército, políticos. San Jacobo se

convirtió en una ciudad artificial llena de gente sintética, en una ciudad dormitorio, un lugar donde la gente va a dormir. La construyeron a finales de los años cincuenta, sobre una vieja presa que nunca funcionó, aunque parece ser, según las notas de Juana, que lo que realmente tapaba era el arma de los nazis y la fabricación del Ruboergo.

7

Presentí que de un momento a otro iba a ser atraído hasta la carretera comarcal 12, al kilómetro 151, donde se acabaría toda esta conspiración en contra del Tercer Imperio y el llamado Desenlace Final. La Agencia debía estar sobre mi pista. A estas alturas ya habrían descubierto el cuerpo amordazado del joven militar que custodiaba los ficheros del C.D.S.N. Aunque según las notas de Juana Macías, el reactor de Bering necesitaba de cierta distancia para actuar, es decir, no podría trasmutarme estando cerca de él. Hasta el momento todas las notas escritas por la funcionaria Juana me habían sido de gran ayuda y todo lo que escribía estaba bien documentado. Parecía como si aquella mujer hubiera ido dejando migas de pan para que yo las recogiera y acabara con el Desenlace Final de los nazis. Como si ella no se viera capaz de luchar contra el segundo holocausto y hubiera esperado paciente, detrás de aquel mostrador del C.D.S.N a que llegara yo, alguien que quería hacer algo grande, algo único. Iba a entrar en la cueva del lobo, en el lugar donde se fabrica el peor virus que se ha conocido nunca y recapacité sobre la posibilidad de ser contagiado por

él. Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, solía decir mi padre. Piensa Juan, piensa. Que coño importaba contraer un virus de mierda y morir en el infierno, si estaba en juego la vida de ochocientos millones de personas. Cómo puedo ser capaz de preocuparme por mi vida cuando está en juego la de tantos inocentes, o culpables, que coño. Juana Macías, Elías Almagro y Trinidad no tenían que haber muerto para nada, sus muertes no tienen por que estar vacías de contenido. Todo esto es para algo, para que yo acabe con el Desenlace Final de los nazis, para eso.

En el croquis dejado por Juana en el C.D.S.N había instrucciones precisas para acceder al interior del reactor y la localización exacta del antídoto del virus. Juana ya había ideado un plan, así que esa parte me la debía saltar. El plan era sencillo, mucho. Consistía en acceder a una de las salas principales donde se custodiaba el antídoto del virus. Para ello solamente había que sortear una docena de hombres de las fuerzas especiales y varios sistemas diferentes de alarma. Sencillo. Luego, una vez cogido el tubo de ensayo conteniendo el revulsivo del Ruboergo, tendría que introducirme en la plataforma del reactor de Bering y accionar el código 580, que era el que llevaba directamente a Cuba, concretamente en la escalinata de la universidad de La Habana. Nada, un paseo. Así que dentro de un rato estaría en la escalera de la universidad, con un frasco en mi mano y sería algo así como un héroe que habría salvado la vida de todos los habitantes de África. Me senté en un banco de la plaza de San Jacobo y encendí un cigarrillo negro,

tanta locura iba a acabar conmigo. Por un momento pensé que la vieja del Centro Documental se aburría, que había pasado demasiadas horas en aquella sala sin luz, sin apenas aire, y que todo eso le había llevado a la peor de las locuras. Imaginó historias de los nazis, de los gobernantes del Tercer Imperio, de los militares. Las plasmó en notas que iba tomando mientras las largas y aburridas horas llenaban la sede del C.D.S.N. Quiso dar sentido a su vida, quiso hacer algo grande, único, como todos. Se inventó un complot de los nazis para acabar con el mundo, para acabar con la raza negra, y para darle sentido a toda esa enajenación ideó un plan perfecto: hacer creer a un agente de la Agencia que todo eso era verdad. Mi vida en manos de una loca, eso es lo que pensaba ahora que había puesto un pie en el infierno y el fuego empezaba a subirme por la pierna.

6

Ojalá no hubiera accedido de la forma que lo hice al Centro Documental para la Seguridad Nacional. De no haberlo hecho y no haber dado la alarma el militar encargado de su custodia, ahora aún serviría mi carné de agente especial de la Agencia y podría acceder al recinto del reactor de Bering como uno más de mis compañeros. Desesperado y viendo el fin de la partida, decido abandonar y entregarme. Era lo mejor, pensé. No sirve de nada luchar en solitario contra el sistema. Estaba cansado, sudado y hambriento, pero ante todo cansado. Faltaba poco para las Navidades. Hacía días que no

entraba en mi despacho en la Sede de Gobernación y ahora debían de estar todos los agentes libres de servicio buscándome por todos los rincones del Tercer Imperio. Era un cadáver, lo que pasa es que aún no me había dado cuenta. ¡Pero que coño! exclamé para mis adentros, si ya estoy muerto. Mi padre siempre decía que si hay que morir hay que hacerlo matando. Si señor. Rebusqué en la vieja mochila heredada de mi padre. Saqué el tubo de arsénico y la pistola Astra. En el croquis que había en el C.D.S.N Juana dejó bien claro el lugar donde está la entrada al reactor. Era en un contenedor de basura de la calle Libertad. Otra vez con las casualidades, el nombre de la calle vuelve a ser proverbial. No tengo nada que perder, así que lo mejor es andar en línea recta. En la Academia de policía decían que la empatía es para los torpes, la amistad para los ingenuos, el cariño para los inútiles y el amor para los necios. Yo era un torpe, un ingenuo, un inútil y un necio, pero no era un cobarde.

El contenedor se encontraba en uno de los lugares más concurridos de San Jacobo. Una plaza artificial, construida para sustraer de la locura a aquellos primeros habitantes de la ciudad dormitorio. Inspirada en la Plaza Real de Barcelona, la Placeta, como se la conocía en San Jacobo, tenía hasta una réplica exacta de las farolas encargadas a Gaudí para adornar la Plaza Real de Barcelona, idénticas. En uno de los Porches, el que había justo entrando y a mano derecha, se encontraba un grupo de contenedores de basura, cinco. Justo en el del medio es donde se suponía estaba la entrada al reactor de Bering.

En el manuscrito que me dejó la funcionaria Juana Macias figuraba hasta un croquis exacto de la situación de los contenedores, inmovilizados dentro de una valla construida para tal efecto, una especie de corral que aísla el olor a podredumbre de las bolsas de los restaurantes de la zona, ese tufo a pescado podrido mezclado con hedor de café y vísceras de animales.

La plaza estaba vacía. Eran más de las diez de la noche y el frío se aliaba con mi misión despejando la calle a esas intempestivas horas. Hacía mucho frío, seguramente a causa del helio con el que funcionaba el Reactor. Dos gatos: uno negro y otro gris, hurgaban en los alrededores del grupo de contenedores de basura. El camión aún no había pasado, un letrero en la puerta del cerco anunciaba que las basuras se recogían a las once de la noche. Disponía de una hora para apartar el contenedor de en medio y acceder al interior de las entrañas del reactor, al infierno.

5

Eran las diez y media de la noche cuando me acerqué hasta los contenedores de basura y abrí la puerta del corral donde se encontraban. Cogí el del centro por el asa metálica que hacía las veces de cierre y lo arrastré hasta fuera. Cerré la puerta detrás de mí, me quedé dentro de las finas paredes de madera. Recé para que nadie me hubiera visto. En el manuscrito de Juana había instrucciones precisas

para entrar en el Reactor, pero no había ninguna para salir. Es como en la Divina Comedia de Dante, se puede entrar en el infierno pero no salir. Pasaron unos minutos mientras reflexioné sobre eso. Había leído en profundidad el legado de la funcionaria y no había visto la forma de salir de allí. Todo estaba muy bien planeado: el acceso, la desactivación del sistema de alarma, el lugar donde estaba el antídoto del Ruboergo, la neutralización de los soldados era cosa mía, sí, pero no había nada escrito de la forma de salir de aquel atolladero. Me parecía extraño que una persona como Juana, con un manual tan perfecto sobre la manera de encontrar el antídoto y hacerlo llegar a Cuba, no hubiera previsto una salida de aquel lugar. El manual estaba acabado, incluso había una extraña firma al final, igual que la de un escritor que da por finalizada su obra, o un pintor que termina un cuadro. Nada hacía presagiar que aquel manual de lucha contra el Tercer Imperio, contra los nazis, estuviera a medias.

En el suelo había nueve baldosas, nueve losas de color tierra, con manchones negros de suciedad a causa de los contenedores de basura y del goteo incesante de grasa que salía de ellos. Siguiendo el manual de Juana, pisé la baldosa de en medio con los dos pies a la vez. Esperé unos segundos y la losa se hundió un par de centímetros. Salté fuera abriendo las piernas y pisando las dos baldosas que había junto al lado de la del centro. Esperé. Volví a saltar con los dos pies juntos. Las nueve baldosas se hundieron como si de una sola se tratara, haciéndome caer por un tubo metálico parecido a un tobogán hasta

llegar a una especie de lavandería llena de ropa sucia amortiguando el golpe que casi seguro me iba a dar. Silencio.

4

Pasaban unos minutos de las once de la noche cuando entré en el infierno. Hasta el momento el manual de Juana era fiel hasta el detalle más pequeño. No creí que ella hubiera entrado por donde lo acababa de hacer yo, aunque era posible que sí que hubiera estado aquí. La descripción que hacía de la lavandería era exacta. No sé por qué los nazis crearon esa entrada, pero supongo que lo harían como alternativa o como refugio para agentes que fuesen perseguidos y poder cobijarse a través de esa obertura. Seguramente habría infinidad de entradas de este tipo repartidas por toda San Jacobo, y si lo del Reactor de Bering era verdad, por todo el mundo. Lugares insospechados donde con sólo colocarse encima se haría una llamada al reactor y este se activaría atrayendo las moléculas del sujeto hasta un punto sin determinar del espacio. Una pregunta me asaltó: ¿qué pasaría si se desactivara el reactor en el momento del tránsito?, es decir, justo cuando la materia se estaba formando en el lugar de destino. Seguramente el sujeto se desintegraría y con él su alma.

A las doce de la noche se terminaban los turnos. La mayoría de soldados que trabajaban aquí cejaban en sus funciones y solamente quedaba un retén mínimo para tareas de vigilancia y seguridad. El

manual de Juana era muy conciso en ese aspecto. El sistema de rondas estaba bien explicado y se cambiaba cada semana en siete sistemas diferentes. Esta semana tocaba la ronda “osiris”, la mejor para sortear. Para este tipo de servicio se necesitaban doce agentes: dos descansaban, cuatro patrullaban la zona del reactor de forma continua y haciendo círculos inversos alrededor del artilugio, dos vigilaban la sala de monitores donde un montón de cámaras inspeccionaban todos los rincones de la base militar, y cuatro recorrían los pasillos del interior aleatoriamente, de forma individual e inspeccionando los despachos y las salas que se les antojaran. El truco de la ronda “osiris” consistía en que de doce a doce quince, es decir durante quince minutos pasadas las doce, todos los agentes encargados del servicio se reunían en la sala de seguridad y planificaban quien haría las rondas, quien vigilaría los monitores, a qué horas lo harían, mientras aprovechaban para compartir una taza de café. La persona que facilitó esa información a Juana debía estar muy segura de este dato, porque era el único en que se basaría mi entrada al Reactor. Quince minutos.

3

Existe un aureola de misterio acerca de las doce de la noche. Es una hora mágica, nigromántica. Se ha escrito mucho acerca de la medianoche y los ritos practicados en esa franja horaria. Yo no era creyente en esas tonterías, pero si el manual de Juana estaba en lo cierto, iba a ser mi hora preferida a partir de ahora. No quería ni pensar

que pasaría si me pillaban los agentes durante la ronda o si era detectado por alguna cámara de seguridad. Mejor no pensar.

Delante de la lavandería había un pasillo de unos catorce metros que llevaba directamente hasta una sala de juntas, donde se supone se reunían los mandos militares para discutir planes de futuro. En el interior de esa Sala había una zona de servicios con dos neveras y un mostrador que se usaba de bar para servir bebidas y tentempiés a los participantes a esas reuniones. Detrás de la nevera de la derecha se encontraba la puerta de servicio, es decir una salida o entrada, según se mire, a la cocina. El pasillo que une la cocina y el acceso a las habitaciones de los sirvientes no tiene cámaras de seguridad. No sé por qué no las tiene, pero el manual de Juana lo especifica bastante bien y de forma expresa. Intuyo que los mando militares no quisieron gastar presupuesto de seguridad para vigilar los pasillos por donde andaban los sirvientes y camareros, ya que estos eran de sobras investigados antes de prestar servicio en el reactor. Pues bien, ese era el lugar por donde me iba a desplazar durante esos quince minutos de libertad sin vigilar que iba a disfrutar dentro del infierno, ya que detrás de las habitaciones del personal de servicio era donde estaba el acceso al reactor de Bering. Se construyeron allí en un principio, para los cobayas que se usaron para las primeras pruebas estuvieran cerca del lugar del experimento. Los nazis los hacían encerrar en sus cuartos, les daban de comer, les obligaban a bañarse y no querían esperar demasiado cuando eran llamados para las pruebas, así que las

habitaciones donde aguardaban para ser usados como conejillos de indias estaban justo al lado del reactor. Los nazis eran impacientes y no podían esperar a que un objeto de experimentación, como les llamaban despectivamente, les hiciera esperar.

2

No me doy cuenta de que estoy ante él, hasta que estoy ante él. Desde la puerta de acceso de la habitación de servicio no se percibía que estuviera en ningún sitio especial ni nada de eso. Entré al interior de una especie de garaje, algo así como un sitio oscuro, lóbrego y lleno de maquinaria, como un almacén de chatarra, o algo por el estilo. Olía a polvo seco. Las dimensiones del Reactor no me hicieron apreciar realmente su forma, pero había agotado once minutos de los quince que se supone tenía y no podía perder tiempo en plantearme si este artilugio era grande o pequeño, si estaba bien hecho o era sucio, ni siquiera si funcionaba; aunque esperaba que lo hiciera. Las instrucciones del manual de Juana eran súper claras: accionar la palanca roja que había en el tercer hueco a la derecha de la entrada por la puerta de servicio y teclear el código para la activación de la autodestrucción del reactor. El código es 458569. Los nazis siempre que hacían algo preveían una escapatoria, era su manera de actuar. Cuando construyeron el Reactor, incluyeron la opción de poder destruirlo en caso de necesidad, los motivos eran obvios: es preferible destruir algo que dejar que caiga en manos enemigas. Un invento como el Reactor de Bering no podía caer

en manos de los americanos o los rusos, nunca. Así que antes de llegar a ese extremo era preferible destruirlo. Yo no sabía como había conseguido la funcionaria Juana Macías tanta información y tan exacta, pero el caso es que me daba igual, me estaba sirviendo para conseguir los fines propuestos: destruir el arma más mortífera de los nazis y salvar a ochocientos millones de personas de una muerte segura gracias al antídoto del Ruboergo. **Bewaffnete Zerstörung**, gritó la máquina en luces de neón rojas y parpadeantes, que era algo así como Destrucción Armada. Un reloj digital inició la cuenta atrás: treinta minutos y el reactor de Bering volaría por los aires con todo lo que había debajo de San Jacobo, San Jacobo incluida. El sistema de auto destrucción era silencioso, es decir los agentes no se daban cuenta de que la cuenta atrás se había iniciado. Los nazis preveían también estas cosas que no querían que nadie que estuviera trabajando en este momento en la zona del Reactor pudiera escaparse. En ese sentido emulaban las tumbas egipcias donde el emperador era enterrado con todas sus riquezas y su séquito.

Según el manual de Juana el antídoto del Ruboergo se encontraba en un despacho anexo a la zona del Reactor de Bering, el primero de la derecha siguiendo por el pasillo. No especifica la distancia, pero en unos metros pude ver la sala. La identifiqué por el número de la puerta: 6. Accedí a su interior y abrí la caja fuerte que había debajo de la mesa del despacho: tres a la izquierda, dos a la derecha y cinco a la izquierda. Otra vez el manuscrito estaba en lo

cierto. Apreté la manecilla y abrí la caja. En su interior un frasco de acero de forma cilíndrica, parecido a los botes de chocolate en polvo. Lo cogí y lo metí en la mochila de mi padre.

1

Pasaban dos minutos de las doce y treinta de la noche cuando cogí mi pistola Astra y la empuñé con fuerza. En nueve minutos todo esto saltaría por los aires y el manual de Juana había terminado. No había nada más. Ya sabía que no explicaba como salir de aquí, pero esperaba encontrar alguna pista durante mi estancia en el infierno. Estaba claro que tenía que marcharme antes de que todo esto volara por los aires. Lo sabía sobre todo porque no había otra forma de sacar el antídoto del Ruboergo de aquí. El Reactor. Dios mio, Juana sabía que yo era persona de iniciativa. El Reactor era la única forma de que yo y el antídoto saliéramos del infierno, claro, sino por qué me había puesto las explicaciones acerca de su funcionamiento. Entendí por que explicaba, tan bien en el manuscrito, como usar el artilugio de los nazis, como introducir las claves de acceso y como ponerlo en marcha. Juana sabía que era la única forma de sacar el antídoto del Ruboergo de aquí. Disponía de siete minutos para entrar en la cápsula de transmutación, introducir los códigos del lugar de destino y apretar el botón de puesta en marcha. La cabina para transmutar los cuerpos estaba a pocos metros de mi posición, había pasado por delante antes de llegar al despacho donde estaba el antídoto del Ruboergo, así que volví sobre mis

pasos en busca de la puerta de salida. Inicié el proceso de activación. Una nube de humo salió de debajo y por un momento tuve la sensación de estar en una estación de tren. El reactor parecía un vagón y el andén era el pasillo oscuro y poblado de sombras.

Oí un disparo...

Me noté el pecho húmedo. Llevé la mano izquierda hasta la altura del pulmón izquierdo. Me toqué. No sabía si era a causa de la emoción o por el calor que despedía el reactor, pero me costaba respirar.

Sangre. Estaba sangrando. No sentía dolor, pero el disparo lo había recibido yo. La confusión se apoderó de mí, pensé en algún sistema de defensa del invento de los nazis, algún método macabro de autoprotección. En el fondo del pasillo vi una silueta difuminada que se entremezclaba con la penumbra del reactor. El humo inundaba la sala. Ya no parecía una estación, ahora parecía el pasillo que unía la vida y la muerte, un lugar de tránsito donde no me gustaría quedarme. Una forma humana se acercó con un arma en la mano. Vi la sombra de la pistola. Se acercaba lentamente mientras alzaba la mano en una señal inequívoca de que iba a volver a disparar. Esperé el sonido del cañón. Me desplomé sobre mis rodillas y sentí como se me entumecían los brazos. Apenas pude levantar mi pistola Astra que sostenía en la mano derecha. Lo intenté, intenté defenderme, rechazar la agresión como decían en la Agencia. La figura se acercó hasta unos pocos metros. La luz de neón anunciando el fin del Reactor, el fin de todo, iluminaba su cara. El parpadeo incesante del contador resplandecía en el rostro del

asesino. Era Rosa, la dulce, la espía que me amó. La distinguí perfectamente. Pude ver sus ojos redondos, profundos y verdes. Contemplé su cabello rubio y liso, su nariz chata, su piel bronceada y sus dientes blancos; que aunque no sonreía, puedo adivinarlos entre la penumbra de esa estación, porque eso era una estación ¿verdad?

Pensé que estaba soñando. Que quién me había disparado era otro, pero me acordaba de aquellos cuentos que leía de pequeño donde se decía que cada uno disfraza la muerte a su manera. Yo veía a Rosa porque era a ella a quien quería ver. Todos los momentos de mi vida pasaron por delante de mí a modo de *flash*, como si una cámara de fotos estuviera captando instantáneas de todas las cosas importantes acontecidas en mi pasado y me las mostrara mientras mis rodillas se clavaban en el suelo de ese infierno donde iba a morir. Recordé el accidente de mis padres. Se habían ido de viaje a Madrid, al Museo del Prado. Mis padres eran muy aficionados al arte, les gustaba sobre todo la pintura y aprovechaban cualquier momento para ir juntos a ver arte. Yo tenía entonces diecisiete años y todavía albergaba ilusiones de una vida feliz. Recuerdo como mi madre me dijo cuando tenía catorce años, con lágrimas en los ojos, que en esta vida no existía la felicidad, sino momentos felices, y que la felicidad era cosa de necios, ya que los listos, refiriéndose a mí, nunca podíamos ser felices, porque nos atormentábamos por todo. Vi entre nieblas el rostro envejecido de Sartre, la mirada serena de la prostituta del Raval, el retrato de Julio

Verne, la pipa de Magritte. Las misiones que me encargó la Agencia al principio de mi carrera, las arrugas de la funcionaria Juana.

El tiempo se detuvo y ya no sabía si estaba muerto o vivo o estaba soñando. Me acordé de la Fuga de Logan, cuando estaba llegando a su fin y el vigilante se encontraba muy cerca. Su rostro contraído y sus ojos mirando fríamente:

¡Era tanto lo que hubiera querido decirle! Que el mundo se iba a hacer pedazos; que aquel sistema, que aquella cultura se estaban muriendo; que el Pensador no podía seguir gobernándoles; que un nuevo mundo se formaría en algún lugar. Que valía más morir que seguir viviendo de aquel modo...

No podía seguir pensando. Ni siquiera sentía dolor, pero las fuerzas me abandonaban de tal forma que apenas podía mantenerme firme sobre mis rodillas. En un momento de lucidez me acordé de todo. Era como los últimos coletazos del pez antes de morir. Vi a Rosa. Sin lugar a dudas era ella. Recuerdo el rostro de aquella muchacha de belleza elegante con la que compartí tantos cafés en aquel bar del que ya no recuerdo el nombre. No sé si Rosa sabía que íbamos a morir los dos, que el mundo se iba a terminar y que no podíamos hacer nada para remediarlo. El estallido del Reactor era inminente, pero en mi mano sostenía el antídoto del Ruboergo y aún disponía de un minuto para introducirlo en la cápsula y enviarlo a Cuba. Yo no podía hacerlo y un minuto es muy poco tiempo para convencer a alguien. Necesitaría

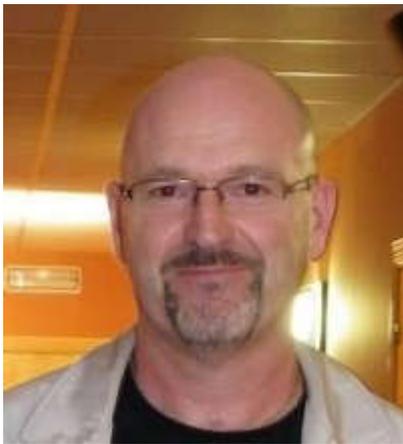
más rato para decirle a Rosa que la población de África no tenía la culpa, que no era necesario que murieran por sostener las ideas de unos locos, que todo esto no tenía sentido. Que ahora comprendía por que los nazis paralizaron el proyecto de los ordenadores neuronales, ellos no hubieran permitido la muerte de tanta gente. Las sanguijuelas interactuaban entre ellas pero a través de fibras diminutas, de pequeños seres que unidos formaban una inteligencia superior. Hubieran destruido la máquina incluso antes de su completo ensamblado. Necesitaba más tiempo para pedirle a Rosa que introdujera el antídoto del Ruboergo en la cápsula y que lo enviara a Cuba, a la universidad de la Habana, que el código de envío era en 580. Era tan sencillo, sólo había que pulsar 580 y apretar.

El reactor hervía como una olla a presión a punto de estallar, como si estuviera esperando el antídoto antes de deshacerse en mil pedazos y cumplir con un destino para el que no fue creado. No moriríamos por nada, bueno sí, moriríamos, pero nuestra muerte tendría sentido, aunque las muertes no tienen nunca sentido. Me costaba pensar. Mí sangre empapaba el suelo y la cabeza se me iba mientras miraba el reloj del reactor. El cañón del arma de Rosa me apuntaba directamente a la cabeza. Que más da, dentro de unos segundos no estaríamos aquí ninguno de los dos. Nadie. Ni siquiera los soldados que oía correr por el pasillo, gritando palabras en alemán, después de haber oído el disparo de Rosa. No la odiaba, ni la culpaba, ni la quería. Con el último aliento que me quedaba, el último soplo de

vida, levanté el brazo con el antídoto y lo puse delante del cañón de la pistola de Rosa. 580 dije, 580 Rosa. Le dije el código de envío para la Habana y esperé a que Rosa, en un último acto de bondad, salvara la vida de toda la población de África y se ganara el acceso al cielo, si es que ese acceso existe.

0

Dicen que en esta vida uno nunca es lo que le gustaría ser, sino lo que los demás quieren que sea. Yo quería ser un hombre bueno, al servicio de mi patria, de los míos, pero las circunstancias me convirtieron en un hombre malvado, al servicio de las personas equivocadas. Por fortuna me di cuenta a tiempo, pero no el suficiente para remediarlo; aunque hice todo lo que estaba en mi mano. Encontré la gasolina que movía el motor de mi alma, ésta era el amor, amor a los demás; aunque no los conociera. Luché por hacer lo correcto y sobre todo por que la muerte de Juana Macías, de Trinidad, de Elías y de tanta gente que ha muerto por una buena causa, no fuera en balde. Ni siquiera la muerte de mis padres que me trajeron a este mundo con algún fin. Al final Rosa hizo lo mismo que yo. No sé porque en el último momento introdujo el antídoto en la cápsula del Reactor, desconozco los motivos que la llevaron a ello, pero el caso es que Cuba está haciendo suficiente suero como para salvar a toda la población mundial del terrible virus Ruboergo. Rosa y yo hicimos algo grande, algo único; aunque nadie lo sepa.

NOTA BIOGRÁFICA DEL AUTOR

Esteban Navarro Soriano nace en Moratalla (Murcia) en el año 1965. Ha sido premiado en numerosos certámenes literarios de relato corto: Huesca, Caspe, Altorricón, Ampuero... En abril de 2011 se hace con el premio de novela La Balsa de Piedra-Saramago, del ayuntamiento de San Bartolomé (Lanzarote), con la novela policiaca EL BUEN PADRE. Antes, en el año 2008 había ganado el premio de novela Katharsis, con la novela de ciencia ficción

EL REACTOR DE BERING, que no ha visto la luz hasta ahora por problemas económicos de la organización del certamen.

Web de Esteban Navarro: <http://www.navarroesteban.com/>

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

© Ediciones Katharsis 2012